

# TRADICIONES DE MI PUEBLO



LAS  
*Culturas*  
*Populares*  
DE JALISCO





*Culturas*<sup>LAS</sup>  
*Populares*  
DE J A L I S C O

## TRADICIONES DE MI PUEBLO



# TRADICIONES DE MI PUEBLO

SECRETARÍA DE CULTURA  
GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO  
2008

La Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco agradece a Editorial Ágata, a *El Informador* y a la Dirección General de Culturas Populares del Conaculta por su apoyo para la realización de la colección *Las Culturas Populares de Jalisco*.

Primera edición en español, 2008

Por los textos:

D.R. © Sus autores

Por la edición:

D.R. © Secretaría de Cultura

Gobierno del Estado de Jalisco

Av. de la Paz 875, Zona Centro

44100 Guadalajara, Jalisco, México

ISBN 978-970-624-592-2

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*

## ÍNDICE

LAS CULTURAS POPULARES DE JALISCO	11
EL ALMA DE JALISCO CON ÍNTIMO DECORO	13
EL GRAN AMOR RUBÉN CASTILLO CORTÉS	17
LA LIBORIADA ENRIQUE SÍGALA MURILLO	23
LA FIESTA DEL SEÑOR DEL MONTE DE JOCOTEPEC MANUEL FLORES JIMÉNEZ	27
FIESTAS DEL SEÑOR DE LA MISERICORDIA DE TEPATITLÁN MARTHA PATRICIA AGUIRRE CORDERO	35
EL RITO DE LA SIEMBRA SERGIO DÍAZ SANDOVAL	39
MEZQUITÁN: TRADICIONES Y LEYENDAS OLVIDADAS CARLOS SALDAÑA CHÁVEZ	45
LAGUNILLAS Y SUS TRADICIONES FERNANDO VILLASEÑOR ULLOA	55

LA SIEMBRA TRADICIONAL DEL MAÍZ EN EL SUR DE JALISCO ANTONIO CAMPOS APARICIO	61
PEREGRINACIÓN EN HONOR A LA VIRGEN DEL FAVOR JOSÉ RAÚL ROBLES BAÑUELOS	69
TENDIDO DE CRISTOS MARTHA ELVIRA GARCÍA GONZÁLEZ	75
LA MATINÉ FRANCISCO RODRÍGUEZ PEÑA	81
LOS MOROS DE ZACOALCO JOSÉ CASTRO GUTIÉRREZ	85
UNA JUDEA INIGUALABLE NICOLÁS ARREDONDO CASTRO	89
LAS CRUCITAS MARÍA DEL ROCÍO MANZANO HERNÁNDEZ	95
TRADICIONAL DÍA DE CAMPO MARIO BERNARDO RODRÍGUEZ GARCÍA	101
ENTRE DULCES Y CONFETI EFRAÍN RAMÍREZ CASILLAS	105
LA DANZA DE LOS SONAJEROS ISIDORO JIMÉNEZ CAMBEROS	111
LOS <i>PAIXTES</i> : UNA DANZA INSÓLITA, EXTRAÑA ISIDRO JIMÉNEZ CAMBEROS	119

¡AL RATO LLEGA EL JUDAS!	
FRANCISCO JAVIER VELÁZQUEZ FERNÁNDEZ	125
RELATOS Y TRADICIONES DE MI PUEBLO	
MARÍA DEL ROSARIO MORALES MORALES	131
CAMINO A LAS TINAJAS	
JOSÉ LUIS BRAVO ROTH	135
UNA EXPERIENCIA	
ELVIA RAMÍREZ ZEPEDA	139
EL MAÍZ Y LA PEREGRINACIÓN DEL HAMBRE	
GEORGE PÉREZ SOTELO	143



## LAS CULTURAS POPULARES DE JALISCO

Con orgullo, históricamente Jalisco ha destacado como una tierra de hombres y mujeres de gran talento y creatividad, con gran capacidad de producir expresiones artísticas y populares que se han convertido en símbolos que nos unen, identifican y representan.

En los tiempos actuales, donde las expresiones culturales trascienden fronteras imaginarias que se mezclan para producir nuevas formas de pensar y de concebir el mundo, rescatar la esencia de los pueblos, sus costumbres y tradiciones, cobra especial importancia, ya que esto permite mantener la identidad y promover el desarrollo integral de las personas y los pueblos.

Por ello, reconociendo la importancia de la preservación de las tradiciones populares de nuestro estado y con el fin de inspirar nuevos trabajos artísticos en las futuras generaciones, la Secretaría de Cultura de Jalisco, a través de la Dirección General de Actividades Culturales y la Dirección de Culturas Populares, además del valioso apoyo del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y de su Dirección General de Culturas Populares, continuará en la presente administración con el proyecto de publicar la colección *Las Culturas Populares de Jalisco*.

Esta colección tiene el objetivo de incrementar el conocimiento sobre los usos y costumbres, las tradiciones, los cantos y las danzas, las expresiones lingüísticas, la música, la arquitectura, la religiosidad popular, la gastronomía, la literatura y el teatro, la medicina tradicional, las artesanías, el arte popular y todas aquellas manifestaciones que fortalecen nuestra identidad como jaliscienses.

Para cumplir este objetivo se han conjuntado los esfuerzos y la experiencia de un grupo de reconocidos investigadores y especialistas; se ha reci-

bido el apoyo de las más prestigiadas instituciones académicas del estado, así como aportaciones de diversas dependencias gubernamentales y privadas, además del valioso patrocinio del diario *El Informador*.

El tomo que el lector tiene en sus manos es el resultado del Certamen Estatal de Relato Testimonial al que convocó la Secretaría de Cultura de Jalisco, con la intención de preservar los relatos de la tradición oral de nuestra gente por medio de la difusión de 23 escritos procedentes de diversas regiones de nuestro estado. Estos textos describen las tradiciones populares que aún prevalecen como parte de la vida cotidiana o algunas que se han perdido con el paso de los años, pero siguen presentes en las conversaciones de los adultos mayores.

Deseamos que esta obra se convierta en un registro de la historia oral en la que están vigentes los valores, los sentimientos y las tradiciones con los que los ciudadanos viven y recuerdan cotidianamente la diversidad cultural del pueblo de Jalisco.

Emilio González Márquez  
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

## EL ALMA DE JALISCO CON ÍNTIMO DECORO

Corren en nuestra patria vientos de vida, alimentos de animación. El mundo se mueve al impulso del pensamiento, de las palabras, de esa fuerza maravillosa de la comunicación y de los comunicadores. Una misma cosa, un mismo pensamiento se pueden decir de los más diferentes modos. Quienes van al día en el acontecer de la vida de los pueblos y de las personas, quienes dan la pauta a seguir, la reflexión, el rumbo por donde han de caminar los pueblos y las personas, pueden emplear diversas maneras de decirlo.

Vienen los sabihondos. Los que engolan la voz, los que traen el retruécano más enredado, los que fueron a buscar palabras al diccionario, los que usan de elaborada retórica y de barrocas expresiones, los que quieren decir y presumir que lo saben todo y que tienen ingenio y erudición para ganar el interés de oyentes y lectores...

Y también se da el otro caso, el caso del que dice las cosas con la sencillez de quien habla, de quien platica temas de interés o novedad, y los expone con sencillez. Habla y escribe para que el otro le entienda y reciba una información o una idea o una orientación. O para dar cuenta de un incidente que vivió, una historia que quiere traer, el modo de vivir de los pueblos, la fiesta, el riesgo, una historia de aparecidos, una esperanza que resplandeció una vez: tantas y tantas cosas que componen la historia.

Cuando don Luis González quiso dar cuenta de la historia de su pueblo, San José de Gracia, Michoacán, anduvo a caza de los testimonios vivos que recogió de los vecinos de relumbre social, y también de los humildes, de huarache al pie, puesto que entre unos y otros componían el tejido del vecindario.

Luego fue a los archivos que tenían los que a lo largo del tiempo pudieran reunir testimonios de los sucesos que compusieron el entramado de los tiempos. El documento oral, el documento escrito, la referencia de viejos autores que alguna vez hicieron referencia a los acaeceres de su pueblo y ya está: esa, la materia prima, ahí el migajón para el paste, ahí los elementos para componer lo que él quiso, lo que él pidió que hicieran en todos los pueblos en lo que llamó la microhistoria: que cada uno compusiera la parte de información referida a su mismo pueblo y juntas las de éste, ése y aquél, formaran entre todos el sarape luminoso y colorido de la historia nacional.

Faltaba poner título al trabajo, faltaba darle nombre a la criatura y no por cierto necesitó estirarse los pelos en la nuca. La cosa esa simplísima. Aquí está el pueblo, lo levanto en peso, lo presento como es, lo muestro a mis paisanos y a todos los mexicanos en su auténtica imagen. Así de simple: un pueblo en vilo para que lo vean los que quieran asomarse a nuestro tiempo, a las nubes blancas y a los cielos azules, a los vientos fríos y a la fragancia de estos pinares, al dolor y al gozo, a la fiesta y al llanto que se enmadejaron a lo largo de los años para decir todo lo que puede decirse de este pueblo que planto aquí a la mirada pública.

Esto mismo es lo que hace aquí la Dirección de Culturas Populares de Jalisco en una feliz ocurrencia del licenciado Ignacio Bonilla. Así aparece al correr de estas páginas el santo y seña, lo más íntimo, lo más válido, los más vivo que se puede decir de Jalisco, en un libro que cierra la colección espléndida que pertenece a las Culturas Populares.

Allá queden los eruditos de la galana escritura, allá los que traban párrafos de envidia y sabiduría. Y se revuelven en modismos académicos y en alarde de elegancia literaria, en metáforas y en pensamientos que traen de lo más hondo de sus pruritos como un regüeldo que no les cabe en el pecho.

Lo de acá es otra cosa, es el sentir claro e ingenuo, es la esencia viva, es el latido cálido de la sangre, es el recuerdo o la vivencia, es la narración de aquellas cosas que se hacían en los pueblos, los que se sombream en el vigor de una gallarda vegetación, los que se esconden en la hondanada de unos cerros, y los que se tienden en la llanura infinita golpeada en el azote del sol o de la helada.

Aquí están las gentes de Jalisco, en todos los escenarios que presta nuestra ancha, hermosa y variada geografía; aquí está el correr de los tiempos con todas las peripecias que pusieron una señal en la comarca, aquí está el paso de las gentes por los polvorientos caminos que se entrecruzan de un pueblo a otro, aquí está Jalisco en fuerza, sangre y aliento, el más vivo que puede traerse de los jaliscienses.

Las cosas están dichas sin el rebuscado afán de los que se adornan de lucida sabiduría, tiene la gracia y el tono, la sencillez y la verdad, de aquel «román paladino en el cual suele el pueblo hablar con su vecino» como quería el maestro Gonzalo de Berceo.

Son los temas de acá, los que se escaparon a la búsqueda de la solemnidad académica o de la investigación de los historiadores, de los requilquios de sociólogos, psicólogos y políticos; son los temas, los hechos, las vivencias que componen esa otra parte de nuestros pueblos y de nuestra vida, la parte más sutil, más escondida, más honda: latir de la vida, temblar de las fibras escondidas del ser jalisciense.

Ramón López Velarde siempre pensó que los valores de México están en el recodo oculto del corazón. Aunque para cantar a la patria en registro alto, quiso una vez, como dijo, «alzar la voz a la mitad del faro», pero anticipó que él siempre buscó, quiso y se regaló en la exquisita partitura, el tono menor, el delicado acento, la idea esbozada en una línea sutil.

Esto, dijo Ramón, es hablar y sentir a México en lo hondo, en la autenticidad del sentimiento más puro, más diáfano y más propio. Ahí está el íntimo decoro de un pueblo.

Y aquí están hoy por obra y gracia de la Dirección de Culturas Populares de Jalisco, las aportaciones recogidas en voz de jaliscienses que en sencillez y verdad, en gracia y emoción, dibujan en íntimo decoro el alma de Jalisco y de los jaliscienses.

Luis Sandoval Godoy



# EL GRAN AMOR

RUBÉN CASTILLO CORTÉS

## INTRODUCCIÓN

Los misioneros franciscanos, desde el principio de la evangelización de este pueblo de Techaluta de Montenegro, infundieron la devoción a la santa cruz a los habitantes indígenas de estas tierras.

## LA CRUZ DEL ERMITAÑO

Aun en nuestros días hay muchas personas que viven en este pueblo y que son originarios de este lugar, que no saben quién fue el ermitaño y se han tejido diversidad de leyendas en torno al mismo.

Según datos tomados del Diccionario Porrúa: historia, biografía y geografía de México, el ermitaño se llamaba Gregorio López, era de origen español y llegó a México en 1562.

Vivió varios años en el convento de Techaluta (destruido por un fuerte terremoto, por aquellos años), y de ahí se remonto a la sierra de Tapalpa. Tenía entonces unos 24 años.

Existe en el filo de la sierra, arriba de Techaluta, sobre la antigua vereda a Chiquilistlán, una cruz conocida como la del ermitaño que los lugareños reemplazan cuando se pudre. También hay una cueva cerca de la cruz donde el ermitaño se guarecía de la lluvia y dormía durante el día, y parte de la noche hacía oración.

Antes vivió en la ciudad de Zacatecas y en el convento de Guadalupe donde se encuentra una pintura de cuerpo entero de él.

Y como en este valle de Sayula en donde se encuentra enclavado Techaluta desde tiempos muy antiguos llueve muy poco o casi nada en el mes

de agosto, los habitantes comenzaron a ir en peregrinación a la cruz del ermitaño para pedirle que nos mandara la lluvia.

Pasada la revolución cristera, comenzaron de nuevo a ir en peregrinación el día 14 de agosto, víspera de la fiesta de la Asunción de la Virgen al cielo.

La primera vez que fui, yo tenía unos cuatro o cinco años, mi papá que estaba algo tomadito, no me quería dejar ir que porque no llegaba, y al fin accedió.

Al lado poniente del pueblo está una capilla. De ahí hasta la cruz del ermitaño se fueron descalzos los señores y muchachos grandes, en señal de penitencia y de sacrificio.

A dos kilómetros al poniente del pueblo se encuentra un rancho que se llama Los Ruices, yo ahí ya no podía caminar y un hermano tuvo que llevarme en hombros en ratos, al igual que a otros chiquillos sus papás o hermanos los tuvieron que cargar; todo el camino fuimos rezando el santo rosario y al comenzar las letanías nos poníamos de rodillas y descansábamos un rato y seguíamos caminando cuesta arriba, hasta que por fin llegamos a la cruz como al mediodía. Por el camino también iban cantando y echando cohetes.

Después de descansar un rato y de volver a rezar, nos pusimos a comer unos tacos de frijoles que se me hicieron bajados del cielo y antes de venimos cantamos el alabado (un canto que trajeron los franciscanos y que se cantaba en los velorios de difuntos) y se formaba una cruz con sombreros. Nuestros antepasados decían que hasta donde se escuchaba, se ahuyentaba el demonio, y es por eso que se canta lo más fuerte posible; por desgracia esta devoción y tradición se va perdiendo porque a las nuevas generaciones ya no les interesa.

Todo este recorrido que por primera vez hice, fue por el camino de la Meza y todo es cuesta arriba y es muy pedregoso; antes por ahí bajaban con carbón de encino y se le conocía como camino de la herradura. También bajaban vigas de madera en burros y en caballos.

De regreso nos venimos cantando alabanzas y llevamos y trajimos la cruz de la sana misión. Al llegar al pueblo nos formamos de dos en dos y entramos cantando alabanzas y rezando el santo rosario hasta el templo parroquial en donde nos recibió el señor cura J. Félix Prieto, de feliz memoria. Todos trajimos ramas de pino y las depositamos al pie del altar.

En ese entonces, iban muchos señores grandes y los que organizaban eran los hermanos Cortés Velázquez, sobre todo don Arnulfo, un hombre de dios, que transmitía su entusiasmo y muy querido por nuestra gente y que nuestro padre dios lo recogió pronto.

Además del 14 de agosto, íbamos también el 3 de mayo, día de la santa cruz, y esta ida peregrinación, la organizaba don José Sánchez y su esposa, la señora Hipólita Pintor.

Don José se encargaba de apuntar la cooperación para el siguiente año de los que estábamos ese día en la cruz; unos en ese entonces un peso, otro una veladora o una docena de cohetes o según lo que podríamos dar. El año siguiente, con tiempo salía a recoger lo que habíamos prometido y él hacía la birria y su esposa llevaba las tortillas hechas a mano y *El Chusa* (así se le conoce a este señor que se llama J. Jesús González) se encargaba de llevar el pulque del rancho La Pila, que se encontraba cerca de la ceja del cerro y algo retirado de la cruz. Y yo entrando un poco más grande y cuando no podía irme con los demás alcanzaba al *Chusa* en el rancho y le ayudaba con una balsita de pulque y llegábamos a la hora de la comida. A pesar de lo cansado me sentía muy contento y disfrutaba de ese hermoso panorama en donde se divisa, a lo lejos, parte del lago de Chapala, el cerro de García, Teocuitatlán de Corona, Atoyac y varias rancherías, la vista maravillosa de nuestra playa de salitre. Parte de mi poema a Techaluta dice:

De la cruz del ermitaño  
ser divisa el panorama  
a la cual subimos cada año  
a contemplarlo con calma.

Don José hizo una peña y una cruz de material (cemento, piedra, cal, arena, etcétera.) y la cruz la colocó encima de peña. Hace como unos cuarenta años se terminó esta peregrinación porque se quemó parte de la sierra porque un cohete cayó prendido y tuvo varios problemas.

## RESURGIMIENTO

Un tiempo estuve estudiando fuera y por motivos de salud regresé con mis

padres en 1975. Se me ocurrió organizar las peregrinaciones a la cruz del ermitaño el primero y el último sábado de agosto, y junto con Bartolito Espinoza, Miguel González y Cornelio Nodal (ya difuntos), y con el permiso del señor cura Pablo Ríos, salimos a coleccionar dinero para los cohetes, flores y para la misa. Esto causó revuelo y entusiasmo y la gente cooperó en la medida de sus posibilidades. Llegado el día, a las seis de la mañana, emprendimos dicha peregrinación; esta vez nos fuimos por el camino que se le llama el Teco y llevamos un crucifijo de hueso, no dejando que se adelantara nadie del que llevaba la imagen. El tiempo normal que se hace en dicha peregrinación es de tres horas o poco más y vamos rezando, cantando alabanzas y cortando flores silvestres y las depositamos al pie del altar, de la cruz que es de madera. Ésta tiene tres metros de altura más o menos. Nuestros antepasados la bañaban con tequila y alcohol para que lloviera y a veces llovía y a veces no. El siguiente año se me ocurrió pintarla de color aluminio en vez de bañarla con alcohol y así se sigue pintando hasta la fecha; así que a partir del 75 aumentó el número de jóvenes a la peregrinación, unos por curiosidad, otros con devoción y otros la tomaron como día de campo. Como nomás asistíamos puros hombres, pidieron las mujeres que las dejáramos ir con nosotros, y así, en el 78, fueron por primera vez a dicha peregrinación. Ya el camino es muy pesado.

El 4 de julio del 92, el padre Lupillo (originario de Techaluta) nos acompañó a la cruz y por esta vez se anticipó la peregrinación y nos pidió que hiciéramos un altar para celebrar cada año la santa misa allá. Para octubre de ese año, con la ayuda de Carmelo Pulido y los anteriores compañeros antes mencionados, lo hicimos, pero como quedó bajito, al siguiente año lo hicimos más alto; fue toda una aventura por lo difícil que fue llevar el material, pero valió la pena. Después de la ida del primer sábado de agosto del 93 el padre Lupillo bendijo el altar; cuatro o cinco años siguió viniendo, después por sus múltiples ocupaciones ha dejado de venir. En lo personal, organicé dichas peregrinaciones más de 25 años, pero ahora por motivos de salud ya no me es posible.

Ha habido varios organizadores, pero no duran. El año pasado se puso una cruz de polines como de tres metros de altura y se siguió pintando de color aluminio y desde la carretera, cuando el sol le pega de frente, se divisa un puntito blanco en la cima del cerro, esa es la cruz del ermitaño, la que nos cuida y nos protege.

Los del barrio del Espíritu Santo llevan cada año otra peregrinación a la cruz y no han querido juntarse con los del barrio de San Miguel ni con los de San Sebastián.

En el pueblo también se benera desde hace muchísimos años a la santa cruz en los barrios y se le hace novenario. Éste comienza el 25 de abril y termina el 3 de mayo, día de la santa cruz; a las cinco de la mañana se reza el santo rosario y al final se reparte café y canela con galletas, y al que gusta con alcoholito; por la tarde a las siete se reza el santo rosario, la novena y se cantan las alabanzas propias de la santa cruz. Los organizadores con tiempo acomodan los días con los vecinos y en la tarde, después de rezar, reparten sabrosa agua fresca de frutas naturales. Después del novenario, el sacerdote celebra la santa misa en las diversas cruces, como son la cruz de Chive, la cruz de Cándido, la cruz de la Capilla, la cruz de Gollita (ya difuntos), la cruz de Chole. En esta cruz el día 3 de mayo queman un castillo y hacen kermés. En esta fiesta popular se queman más cohetes en el año que en las fiestas patronales de San Sebastián y de la Virgen de Guadalupe.

Este es el gran amor que el pueblo de Techaluta de Montenegro le tiene a la santa cruz. No se escatiman esfuerzos para festejarla, para honrarla y para que nos mande la lluvia.



## LA LIBORIADA

ENRIQUE SÍGALA MURILLO

Existen en mi pueblo personajes tan importantes en la vida cotidiana, cuya permanencia van dejando ráfagas de trascendencia a través de quienes los conocieron y convivieron con ellos. Personajes que no obstante su humildad manifiesta y afán de pasar desapercibidos en su grupo social, barrio, vecindario o lugar de origen, agigantan sus acciones cada una de sus celebridades. Al dejar fluir su lenguaje, atraen esos recuerdos que nos permiten plasmar nuestras tradiciones en una extraordinaria obra de arte, su figura humilde crece y pasa a ser una figura central del diario acontecer de la gente de mi pueblo.

Era Liboria una pobre mujer que junto con su esposo tenían que dar de comer a 12 hijos. Parece ser que en su tiempo no existían los televisores, de manera que no había otro entretenimiento más que el de hacer chilpallates, porque se acostaban temprano para levantarse antes del amanecer. ¿Pero?... ¿Qué hacían en realidad? ¿Quién sabe?... Este atrayente relato se puede escuchar por toda la región, en el extranjero, pero sobre todo en las generaciones que se formaron por allá por los años sesenta. ¿Qué es lo que estás haciendo? ¡Aquí!, en la Liboriada, sinónimo de chisme, palabra nueva creada en el lenguaje de los regionalismos, ¡ya te vi, en la Liboriada!, ¡estabas en la Liboriada!

En busca de una trascendencia de estas expresiones, encamino mis pasos entre el empedrado de la calle Obregón para alcanzar el pórtico de la parroquia de San Francisco de Asís, que bajo un frondoso Tabachin de fino follaje, Liboria utilizaba un espacio asignado para acomodar un carrito de dos llantas de bicicleta, mismo que se abría en dos aletas para hacerlo más ancho, Liboria, persona de bajita estatura, trato fino pero eso sí, con una gran capacidad para conversar, confesaba a todas las personas que se atravesaran en su

camino, sobre todo de los acontecimientos acaecidos el día anterior. Su trabajo consistía en lavar con sus manos auxiliadas por un sartén las aletas del carro, para transformarlo en un pequeño paraíso de delicias al paladar infantil, un chile espeso, mezclado con puro jugo de limón, poca sal, pero que permitía que la saliva se transformara en un torrente de agua. Muchos tenían la osadía de pedirle permiso de echarse en la palma de la mano un charco de esa delicia, para después saborear a lenguetazos ese sabor picoso y agridulce que se le untaba a la rebanada de jicama; el olor penetrante de las ruedas de piña, colocadas sobre la alfombra verde de las ramas de alfalfa, estilando aroma y sabor; la blancura de la rebanada de coco, que mas bien se compraba por el rojo color del chile que le cambiaba su presentación

Así, aquella pequeña mujer de cadera ancha y abultada, pasa a formar parte de esos personajes que dejan huella en las generaciones al paso del tiempo. Después de darle el espacio a cada fruta, adornaba como corona de sabor, aquellos mangos entre verde y amarillos, llorando dulce ácido, sin faltar los blancos pepinos que dejan ver sus aperladas semillas formadas en fila esperando ser consumidas por las bocas golosas de los escolares. Quién no recuerda aquellas botellitas de azúcar cargadas de alcohol que las manos artesanales del esposo fabricaba con pasión para el deleite del paladar infantil, ese aroma apetitoso del cacahuate con sal y chile que crujía al paso de la maquinaria dental al ser triturados, se confundía con las voces risueñas y traviesas de todos los escolares, que aprovechando un supuesto descuido le robaban el agridulce chile picoso de la vasija. Ella se hacía la disimulada, que no los veía, para darles la oportunidad de que saborearan su exquisito sabor tan especial al paladar, que de acordarme, las glándulas salivales segregan más liquido, se me entumen las quijadas al recordar ese sabor ácido del limón mezclado con sal.

Antes que el sol estallara en luz por el centro de la ciudad, ella ya tenía barrido y regado, esperando el paso del chiquillero, que se apresuraban para regresar por la única puerta de la escuela al Colegio Resurgimiento y a la escuela José Ma. Mercado.

Algunas veces suceden cosas raras en la vida, en ocasiones las personas llaman la atención por su manera de ir formando su personalidad, figuras que no obstante su humildad se quedan a vivir en el corazón de quienes conviven con ellos.

Mari, fue una niña que cinceló el recuerdo en mi memoria, sobre todo en el origen de la expresión oral que distinguió toda una época añeja de la sociedad ahualulcense, donde las tibias voces infantiles llenaban la mañana: ¡Libo!, me apartas jicama, pero no se te olvide. A la salida de la escuela te la pago, ¡andale! ¡Ya sabes! Si no me la pagas, se la cobro a tu padre. ¡No, Libo! No hagas eso, yo te la pago, y haciendo la señal de la cruz con sus dedos la besaba, como reafirmando su obligación.

Mari tenía una voz que contagiaba alegría, como si nunca la vida le hubiese pagado mal muy buen humor manifestaba la canija, sin darse cuenta que en el aula y con su vivencia infantil fue utilizando a manera de aprecio la frase «¡no seas Liboria!», para hacer referencia a la persona que siempre le brindaba amabilidad. El sol a esa hora estaba en lo alto del firmamento, permitiendo embarrar su propia sombra en los cuerpos que saliendo en tropel de infantes gritando por primera vez: ¡No seas Liboria! ¡Hea! ¡Llegaron a la Liboriada! Al principio estas expresiones incomodaron a la señora Liboria, dando su rostro una expresión de mal humor y como demostró enojo, la raza aprovechó para difundir un nuevo vocablo que trascendería en el tiempo y el espacio de este lugar, dejando como herencia lingüística una expresión humilde, que hasta la fecha sé que vivirá en la mente de nuestra gente «liboriada».

Al paso del tiempo las autoridades municipales le prohibieron seguir con su pequeño negocio en ese lugar con su carrito, transformándolo en un vehículo que soportara los aguamaniles llenos de trozos de calabaza, que hacía llorar el dulce de su miel al tomarlos con el tenedor, camote enmielado en su punto y sazón, tejocotes cubiertos de miel que estilaban al ser consumido por el más exigente paladar. Al pasar el tiempo, hasta el tabachín que cobijaba a Liboria, entristeció, sus ramas quedaron desnudas, esperando para siempre el vestirse del rojo anaranjado de su petalos en flor. Así murió aquel tabachín a la salida del templo, cobijo de algarabías, anhelos y voces tibias de los escolares de mi pueblo.

Liboria seguía recorriendo, junto con su compañero, las calles, barrios y casas de todo el pueblo, ofreciendo un dulce que alegraba la vida, sin faltar la expresión de ¡Liboriada! Al encontrarse con cualquier persona, porque todos la conocían, se paraba y comunicaba quién había muerto o qué suceso había acontecido durante el periodo de sueño. Era una mujer sencilla, que por su

carácter y personalidad dio vida a un regionalismo. Quién no recuerda esos caminos del Paso Ancho, llenos de algarabía de gritos de esta mujer: ¡Camote! ¡andale! ¡No seas mala! Cómprale camote a tu viejito, pobrecito, tanto que trabaja, bien merecidas se tiene esas bolas de tejocote, casi transparentes por la miel y el fuego que los cocinaba. Libo, de mirada serena, voz tranquila, paso cansado por los años, abandonó las calles, para refugiarse en el nuevo hogar que logró tener de peregrinar por toda la vida.

Mari sigue teniendo risa de amor y entrega a su familia, hoy solo son dos figuras opuestas, una es una figura social y Libo una figura del recuerdo de mi pueblo.

## LA FIESTA DEL SEÑOR DEL MONTE DE JOCOTEPEC

MANUEL FLORES JIMÉNEZ

Le dicen el Señor del Monte y es el patrono de este antiguo pueblo de Jocotepec. Desde siempre se le ha conocido con ese nombre, aunque dicen que antes del año de 1833, año en que pegó muy duro la epidemia del *cólera morbus*, se le llamaba el Señor del Bautisterio porque su imagen estaba precisamente allí, donde bautizaban a cuanta criatura nacía en estas tierras.

Antes se hacía una «Función» (así se le llamaba a su fiesta anual) más sencilla y más solemne; con sus jamases se hizo esta festividad para hacer negocio.

Lo que contaba era la gran devoción de los de aquí y de los de fuera, que venían a quedarse por lo menos la víspera de la Función, el mero día en que sacan al Señor del Monte por las calles de este pueblo, que venía a caer el tercer domingo de enero, y ya entrados en ganas se quedaban hasta el día siguiente para ir a «voltear las ollas».

Así era esto de la fiesta de enero de Jocotepec, donde tenemos un santito muy bueno para hacer milagros. Con decirle que a los primeros que se lo concede es a los más incrédulos de las cosas de Dios.

El mero 8 de noviembre de 1833, la gente de por aquí juró con letras escritas en un papel que si les hacía el milagro de aplacar los estragos de la epidemia de la pestilencia lo tomarían como el mero patrono principal de sus vidas. Y se los cumplió cabalmente porque sus lágrimas que lloraron todos juntos lo conmovieron y entonces cesó el mal.

Y luego la gente se organizó para empezar con esta tradición y hacerle su primera Función en enero de 1834, en el día del Dulce Nombre de Jesús. Y de ahí hasta hoy no ha parado porque la gente de antes inculcó

con mucho celo a sus descendientes el agradecimiento que se le tiene a nuestro santito.

Lloviera o tronara había que pasearlo por las calles, y no faltaba la gente que se organizaba en sus cargos y compromisos. Aunque también hubo años en que lo regresaban al templo todo empanturrado de agua, por eso de las lluvias que caen en enero y que por aquí les nombramos las «cabañuelas».

De lo que sí me acuerdo es que la Función comenzaba con la «entrada de la cera», en la que las autoridades del municipio, acompañados del contingente de vecinos del pueblo, llegaban en peregrinación hasta el templo parroquial, y allí se leía el juramento antiguo para seguirlo renovando. Hasta la fecha eso se sigue haciendo, y es un momento muy emotivo porque de las entrañas del pasado surgen las voces de los primeros que juraron un compromiso y es bueno que se siga haciendo.

De esta fiesta que le platico ya se cumplieron 173 años sin parar y se sigue celebrando. Y es como le digo, que es juramento serio el hacerla. Así nos dijeron nuestros antepasados mayores y así le seguimos haciendo.

Las remembranzas de aquellos días aciagos en que pegó con tanta dureza esa terrible epidemia, conmovió las mismas entrañas de nuestros ancestros, que se acostaban con el mal encima pero ya no despertaban. Ya bien entrada la canícula del verano de 1833, el cólera estaba en sus meros apogeos en toda esta región, y ni quien se escapara. Sólo que la Divina Providencia hiciera caer su piedad en algunos, solo así se salvaban. Y es que al que empezaba con torsones luego se le juntaban los retorcijones y las bascas, para después venirse el quebrantamiento de huesos y los fríos que pronto mermaban su salud y acababan con sus pocos alientos.

No alcanzaban los sacerdotes para atender a tanto moribundo que se tenía que santoliar, porque luego luego había que enterrarlos hasta en fosas comunes, por puños, porque la tierra del panteón ya no alcanzaba ante tanta mortandad.

Después ordenaron a todo el vecindario que regara cal por todas partes, lo mismo en las calles que en los corrales porque en aquel entonces cuál chaqueta de baños.

No se daban abasto los familiares de los enfermos para preparar tantos atolitos y cocimientos de malvas con que aplicaban de cinco a seis lavativas

revueltas con almidón, amén del polvo de carbón que mezclaban con agua enlimonada para detener las desenfundadas solturas de estómago. Y cuando la cosa estaba grave y empeoraba, de plano les daban jugo de limón revuelto con polvos de azufre que parcialmente detenía las evacuaciones. Dicen que el pueblo era un puro quejido y la gente nomás traía el Jesús en la boca. Ni el tiempo les ajustaba para cantar tanto Alabado. Ya de eso ni se acordaban con tanta mortificación.

Pasó la canícula y luego vino septiembre y octubre y el mal seguía con mayor intensidad. Los vecinos de Jocotepec, al ver que su patrono San Francisco no podía remediar las calamidades, decidieron en su desesperación ir a llorarle al santito del bautisterio. Le lloraron todas sus lágrimas, todas las que tenían, porque no había poder humano ni de las alturas celestiales que calma ese mal.

Y se dio el milagro: quiso la Providencia que el Cristo misericordioso se apiadara de esa gente que le mostraba su impotente desesperación, y desde entonces se convirtió en el santo patrono de este pueblo de San Francisco Jocotepec.

Esa epidemia no respetó condiciones de ninguna índole. Con decirle que hasta el mismo párroco se murió de este mal. Así fue: el mero 26 de septiembre de 1833 rindió cuentas al Creador, don Francisco Medrano, cura de esta parroquia, y diecisiete días después mandaron al nuevo cura, don Domingo Álvarez Tostado.

En representación de las autoridades estuvo el alcalde, don José Ornelas, y acompañó al nuevo párroco junto con un buen grupo de vecinos que firmaron la escritura pública donde se comprometían a celebrar como señal de enorme agradecimiento, «todos los años futuros, una Solemnísima Función, costeadada por el vecindario».

Así firmaron Nicolás Palos, Rafael Ochoa, Feliciano Chavoya, José Secundino Corona, José María Hermosillo, Bruno Gutiérrez, Mariano Chacón, José María Patiño, Domingo y Francisco Valencia, José Rivera, Francisco Pamplona, Salvador Torres y Juan José Castillo.

Así nació esta fiesta tan mentada. De un mal nació un bien. Aunque también le voy a decir que el motivo principal bien se puede olvidar, si no se les recuerda a los más jóvenes el origen de esta tradición.

Los que vienen de fuera a pagar sus mandas riegan con lágrimas de agradecimiento al santito de nuestro pueblo, que les brindó ayuda en sus momentos de mayor necesidad. Lo reciben de rodillas desde varias cuadras atrás cuando lo sacan el mero día de su Función. Y lloran mucho al encontrarlo, pero lloran de alegría al ver su rostro bendito de padre bueno que calmó sus aflicciones y mandó el bien a sus cuerpos y a sus almas.

Por eso le dan las gracias, porque se lo merece de a de veras. No por otra cosa. Y también hay que decir que hasta los que no pagaron sus mandas en vida, Dios les da licencia de regresar después de muertos. A muchos los han visto con su sonaja danzando en medio del gentilismo que se agolpa para acompañar al Señor del Monte el día de su procesión.

Esta fiesta patronal de Jocotepec siempre ha sido famosa. Desde que yo me acuerdo vienen a ella gentes de toda la región. Cuando había pocos carros la gente se venía cruzando a pie o a caballo los cerros que rodean a este pueblo. Las veredas conducían desde la madrugada a los peregrinos que traían sus bastimentos para durar varios días celebrando la Función.

En todas partes alojaban a los romeros que venían de Zacoalco, de San Marcos, de Teocuitatlán, de Trojes o de Potrerillos. Muchos se dormían en los portales de la plaza o en casas de los vecinos que les abrían sus puertas para hospedarlos mientras permanecían aquí, porque en esa época las lluvias de enero duraban muchos días.

Doña Adelaida Zúñiga fue una mujer muy hospitalaria que recibía a mucha gente en su casa. Nomás se veía el tenderete de personas en los pasillos de su casa. Acostados en petates o en el suelo, es decir, como se pudiera.

Fue la época en que la Plazuela se llenaba de mujeres alegres que venían a ofrecerse. Tú te has de acordar de ese solar terregoso. Allí levantaban sus tendidos y se quedaban varios días del novenario, en ese baldío grande donde estaba el rastro y donde luego se construyeron las escuelas de niños y de niñas y la terraza municipal, que si mal no recuerdo la vino a inaugurar el presidente de la república, don Adolfo López Mateos. Así es como le digo que se hacía esa fiesta.

En los días del novenario era celebrado nuestro patrón con cuetes y castillos; después de las misas nomás tronaba el cueterío y el impacto de las ristras estremecía los muros de cantera del templo parroquial, al ser quema-

dos en su lugar conocido como «el catecismo». Por eso decían en otras partes que este pueblo era muy alegre.

Las vendimias de loza, dulcerías, comida y juegos mecánicos se agolpaban en la plaza de este pueblo, ahí se congregaba el vecindario para disfrutar de las serenatas de la música de aliento de la banda de San Cristóbal Zapotitlán.

El templo era adornado con elegantes y vistosas cortinas que colgaban y ondeaban hasta media nave o hasta el piso. El centro del altar se llenaba de floreros llenos de gladiolas y nardos que enmarcaban con su belleza y su aroma la imagen del Señor del Monte, ubicado en su nicho.

El día principal de su fiesta se oficiaba la misa de función a las doce del día. Misa pontifical a la que venía el cardenal o el obispo y que se concelebraba hasta por casi una veintena de sacerdotes, que impasibles permanecían de pie con las manos entrecruzadas en un ambiente vaporoso y aromático que despedían los incensarios, en las nubosas figuras de incienso y mirra, que ardían en el fondo musical de las hosanas y glorias que elevaba el coro. En el centro del altar, el santo patrono se regocijaba con tanta alegría y solemnidad que sus hijos hacían en su honor.

A la salida de la misa del día principal, la plaza hervía de gente que no alcanzaba. El repique de campanas y la quema de cuetes y ristras ensordecían el ambiente lleno de una mezcla de fervor y paganismo; en el quiosco continuaba la banda tocando marchas, valsos y pasodobles que hacían del deleite de los espectadores al escucharla con atención.

De esto me acuerdo desde que ya tenía uso de razón, unos cuatro o cinco años. Porque también más allá, dicen los dícicos, que la fiesta de nuestro santito se hacía adentro del templo nomás con misas, luego fue cambiando y lo sacaron en el entonces panteón que estaba donde hoy está el atrio, después que hicieron el panteón donde hoy está, quedó el atrio parroquial y por allí sacaban en procesión a la santa imagen, que porque las leyes de reforma prohibían sacar el culto a las calles.

Actualmente yo creo que ya no se usa eso porque es una de peregrinaciones a cada rato y en todas partes las que hay.

A las dos de la tarde del día principal se cerraban las puertas del templo, quedándose en su interior sólo los miembros de la Guardia de Honor.

Bajaban la imagen del altar hasta el final de la escalinata del presbiterio; allí la ubicaban en una base de madera con su mirada benevolente que dirigía hacia la puerta mayor de su casa, la casa que los hijos de su pueblo le construyeron.

Pero lo que más me llamaba la atención era el acto de la renovación del juramento y el regreso de la imagen al templo después de la procesión. Cuando el presidente municipal en turno leía el escrito del juramento, se percibía una sensible emoción en el ánimo de los fieles congregados en el templo. Era como si las voces del pasado y de los que hicieron esa promesa se volvieran a repetir en un latente recordatorio, y decimos que por ningún motivo olvidáramos ese compromiso que se firmó, no sólo con nombres y apellidos, sino con la misma sangre y el dolor de las lágrimas derramadas en esa época aciaga.

La lectura del juramento trae reminiscencias de un pasado remoto que cobra una mayúscula presencia en el sentir de todos los presentes en el acto. Tal parecía que se volvían a desanudar antiguas memorias de sufrimiento y lobrete, para embriagarnos de una sensación que no era consecuencia de ningún sentimentalismo, sino del mismo corazón. Por eso aquellas palabras nos llegaban y bien adentro, por eso encontraban acomodo en los recovecos de nuestra memoria.

Otro momento de mucha emoción se daba al abrirse las puertas del templo y dejar enmarcada la grandiosa y solemne imagen del Señor del Monte, en el preciso momento del inicio de la procesión.

La multitud dirigía sus miradas hacia la imagen que proyectaba mucha bondad, y al pasar, la emoción se acrecentaba y las lágrimas se soltaban ante los ruegos y agradecimientos de los fieles que lo miraban.

Cruzaba el amplio atrio parroquial para dar vuelta por la calle Hidalgo. El largo contingente se abarrotaba por Juárez, Matamoros, Morelos e Independencia, donde colgaban adornos multicolores en una especie de cortina movable al impulso del ligero viento de enero.

Pero el momento más impresionante acontecía cuando la imagen entraba de regreso a su templo. Repiques intensos de campanas acompañados del estruendo de los cuetes era el fondo de esta emotiva entrada. No recuerdo que otra cosa igualara en emoción a este instante.

Llegaban primero las danzas, la banda de música y la banda de guerra a dar gracias hasta el interior del templo y en las graderías del altar, para luego esperar al santo patrono en un sitio donde no cabía la gente.

Entre el olor de la cera y el incienso y los pabilos quemados irrumpían los sonoros aplausos cuando el Señor del Monte cruzaba el umbral de la puerta mayor. Los ojos brillantes dejaban escapar lágrimas de sublime fervor y las vivas estremecían al unirse las voces en una sola exclamación: ¡Viva el Señor del Monte! ¡Viva Cristo Rey!

Toda la intensidad del instante se reflejaba en los rostros que contemplaban a nuestro santito con un rictus de recogimiento y entrega. Así concluía la procesión en el preciso día de la Función en que el Patrono había sido paseado por las calles de su pueblo, ante la siempre conmovedora respuesta de los feligreses.

Ese momento era inolvidable porque al término de la procesión los vecinos y visitantes se reunían en el templo para recibirlo. Sólo que esto ya no se usa desde hace varios años porque la imagen es subida al foro que está en el costado sur del atrio y allí permanece, donde se celebra la misa.

En el transcurso de los días siguientes la imagen permanece en su base de madera y custodiada por el celo y cuidado de su guardia. Antes la besaban y tocaban con sus manos pero ahora ya no se permite.

Como comento, es muy largo contarle tantas cosas que se hablan de nuestro santito. Pero pregúnteles a los que les ha concedido alguna gracia, para que vea la luz de sus ojos como se iluminan de agradecimiento al contarle con todos los pelos y señales el misterio de sus milagros.

Sí, señor. Como le decía hace rato: no es raro que fulano o zutano haya visto a perengano que ya murió, hincado en el templo y rezándole a nuestro santito, o también que se confundan entre la procesión o bailando entre las danzas. De eso no se escapa nadie. De todos modos vienen a pagar su manda, con vela o sin vela, pero vienen.

¿Y sabe por qué regresan? Porque Dios les da licencia de hacerlo. Ya se lo dije desde antes. Nomás por eso. Vaya a Jocotepec. A lo mejor el Señor del Monte le hace el milagro que no le han concedido en otra parte. Es muy milagroso. Si no lo cree, nomás pregúntele a algunos de los que vienen a sus fiestas que se celebran por el mes de enero.



## FIESTAS DEL SEÑOR DE LA MISERICORDIA DE TEPATITLÁN

MARTHA PATRICIA AGUIRRE CORDERO

Cada que me encuentro fuera de mi tierra natal, los Altos de Jalisco, y por asares del destino escucho los acordes del mariachi interpretando «Las Altenitas», vienen a mi mente recuerdos de la infancia, que por necesidad me llevan a visualizar las procesiones del «Encueradito», como cariñosamente llaman mis paisanos a la sagrada imagen del Señor de la Misericordia, que año tras año recorre desde su santuario magnífico todos los templos, capellánas y capillas del Tepatitlán de ahora y del de ayer.

Indudablemente es una tradición viva, pero también sé que es cambiante, y por ello quiero recordar, para mi, y para los demás, las imágenes que aún conservo en mi memoria de aquellos abriles de los años sesentas y setentas cuando yo apenas era una niña y luego una jovencita. Entre otras cosas, esperaba con ansias locas, estas fechas que comenzaban, con todo ese bullicio de la fiesta tradicional de mi pueblo: ¡El regreso triunfal del Señor de la Misericordia a su santuario!, eso sí, desde que yo me acuerdo, se competía por presentar el mejor carro alegórico que acompañara a la venerable talla, así como poder obtener el privilegio de ser algunos de los niños y niñas que lo acompañaban en su carruaje.

Mis mayores me contaban que antes de la energía eléctrica automotriz el Encueradito se trasladaba a iluminación exclusiva de cera, velas y veladoras, cirios y antorchas que iluminaban la magnificencia de la figura del Cristo Crucificado tallado, según las crónicas, en una sola pieza de madera.

Pero continuando con la tradición del peregrinar de esta santa figura, también cuentan las crónicas que antes de la fuerza motorizada, era a base de carruajes jalados por caballos o bueyes como se transportaba el carronato

principal, que llevaba a la venerada talla por todos los confines de mi Tepatitlán querido.

Pero no sólo era, y es, la procesión por sí misma la que inspira tal regocijo entre los propios y los extraños (y los que regresaban del norte), sino todo lo que acompaña a este, de por sí, vistosísimo acontecimiento, como son las terrazas (bautizadas a últimas décadas con el ridículo nombre de una famosa cerveza ya desaparecida, «Las Kloster»), las corridas de toros, la pirotecnia, las callejoneadas, la feria ganadera y para mí, la inolvidable verbena popular, que se lleva a cabo, aun en estos tiempos modernos, en la plaza principal alrededor del kiosco, en donde, como era costumbre, las damas circulaban hacia un sentido y los caballeros hacia otro, lanzándose mutuamente, piropos, flores y confeti.

Otras actividades que con los años se fueron filtrando a la fiesta de Abril, han sido el Palenque de Gallos y el Certamen de Belleza que escoge a la representante más hermosa muy a la manera de Tepatitlán.

Todo esto acompañado de los tradicionales Juegos Mecánicos que antaño, se instalaban en los alrededores de la Plaza y que con el tiempo se fueron alejando, primero, al Jardín Morelos y luego a las «Instalaciones de la feria» como es conocido el lugar en donde actualmente se concentran muchas de las actividades que aquí recuerdo; por citar algún ejemplo, esta el caso de la Exposición Ganadera Regional que antiguamente se instalaba en la zona de la Española a las afueras de Tapa por la salida a San Juan de los Lagos y que ahora tiene sus propias instalaciones adecuadas y ubicadas en las afueras de Tepatitlán.

Es para dedicarle un especial espacio de estas remembranzas, a la colocación de las «Composturas» de papel de china en las calles más céntricas y principales de la cabecera Municipal, aunque también se colocaban monos y festones en calles de la periferia, siempre y cuando, el morador de estas casas se sintiera contagiado con el espíritu de la Fiesta.

Estos arreglos caseros y artesanales que se cruzaban de calle a calle por las azoteas o por los balcones, se cambiaban cada día y se retiraban al siguiente colocando otros de diferente diseño, comenzando a colgarse 2 o 3 días antes del inicio de la feria o sea el 17 o 18 de Abril ya que los «Días Grandes» de la Feria son el 27, 28 y 29 de este mismo mes, aunque los festejos dan inicio

oficialmente el 20, concluyendo con la entrada triunfal del Señor de la Misericordia el día 29 de abril.

Los trabajos de estos arreglos callejeros siempre estaban dirigidos por el párroco en turno, apoyado por un grupo de jóvenes entusiastas.

En el segundo día de los «grandes», el recorrido se realiza por la tarde-noche y es llamado la procesión de las antorchas, ya que todos, o la mayoría de los acompañantes peregrinos, llevan una tea prendida o cuando menos una vela en las manos. Este recorrido se da de la parroquia al templo de la Sagrada Familia, y es muy frecuente ver altares y arreglos especiales en los pórticos de las casas por donde pasará el cortejo, que por cierto, hay que mencionar, que cada año sufre pequeños cambios en cuanto a la ruta que recorre, esto con el fin de que la mayoría de las calles reciban cuando menos una vez la pasada frente a su vivienda de la hermosa imagen del Señor de la Misericordia.

Recuerdo el gran respeto que se tenía al paso de la comitiva y también cómo se respetaba a los vecinos que sacaban sillas y asientos para presenciar la procesión, ya que nunca persona alguna «tapaba» o estorbaba la visibilidad de estas sillas hogareñas apostadas en las salidas de los zaguanes desde varias horas antes del paso del grupo, sin mencionar, claro está, el profundo fervor con que se vivían estas procesiones por propios y extraños.

Vuelvo a recalcar, los tiempos han cambiado, pero la tradición continúa a pesar de la modernidad y de las vicisitudes. Confieso que ha perdido solemnidad, tal vez haya perdido colorido, indudablemente han cambiado el fervor y las muestras de fe, pero en la historia de esta fiesta del pueblo, existieron peores momentos, como los que me platicaban mis abuelos en tiempos de la guerra cristera, en que se prohibía por parte del gobierno todo tipo de manifestación pública callejera de la fe católica, y que sin embargo, la procesión de abril en Tepa se siguió realizando en aquellos tiempos, aunque fuera a deshoras de la madrugada o al amparo de las sombras de la noche.

Afortunadamente, en nuestros días aún es posible disfrutar del esplendor que conservan las fiestas que hoy se conocen con el neologismo «Tpabril», y que todavía siguen dando brillo a esta joya de los Altos de Jalisco que es Tepatitlán de Morelos.



## EL RITO DE LA SIEMBRA

SERGIO DÍAZ SANDOVAL

Una mañana fresca y apacible de verano, estando en el pintoresco y conservado pueblo de Navidad, enclavado en las altas montañas de la sierra de Mascota, observaba cómo la espesa neblina iba ascendiendo y a la vez despejando los densos cerros cargados de pinos y encinos que forman el espectacular escenario de la localidad; cerros legendarios, que denotan la presencia histórica de la riqueza minera de antaño.

Del sitio donde me encontraba caminé hacia la cálida casa de adobe y teja de una hospitalaria familia, no sin antes pasar por algunas de las angostas y empedradas calles y retorcidos callejones que forman parte de la traza del pueblo, admirando los portales y respirando el pulcro ambiente. Al llegar a la casa todo estaba listo para tomar los primeros alimentos, me recibió el jefe de la familia procurando me pasara al comedor para que así no se enfriara y agilizar el desayuno; frijoles guisados, tortillas, queso fresco y leche formaban parte del manjar que tan amablemente la señora de la casa me ofreció; todo estaba delicioso y mas aún se hizo con la manera tan peculiar de ofrecer lo poco que tenían, sin olvidar la cajeta de fruta hecha en casa que significa el término de cada comida.

Al terminar, los señores se veían apurados en sus actividades, por lo que pregunté qué pasaba, el señor respondió que los disculpara, puesto que habíamos desayunado rápido porque todo estaba listo para irse a sembrar; entonces pregunté si los podía acompañar, a lo cual respondieron que sí, con una sonrisa que parecía de admiración, pero que necesitaría unas botas de hule. Inconforme le contesté que así iba, que no me importaba, que traía sombrero y quería ayudarlos.

Nos trasladamos caminando al terreno que iban a sembrar, el cual estaba limitado por una gruesa cerca de piedra y en donde ya esperaban otros tres compañeros. El sol empezaba a calentar el templado ambiente; el señor, viendo la disposición que yo tenía, me explicó la razón del por qué se tenía que sembrar. Argumentó que desde hacía dos días había llovido bastante, la tierra de los terrenos que se pretendían sembrar era un poco barrosa y formaban parte de los pocos situados en valle que hay en la localidad, por lo cual había que aprovecharlos. El agua ya había penetrado en la tierra y por la posición de las nubes y lo despejado del cielo era conveniente actuar. Uno de los compañeros que esperaban fue por el fertilizante a una pequeña bodega que llamaba troja, cerca del terreno, y pronto regresó con el dicho en una costalilla cargada en una carretilla. El señor al que acompañaba me pidió fuéramos a la troja por la semilla, misma que ya había seleccionado de la cosecha anterior. Lo acompañé cargando él de regreso, semilla de maíz blanco o híbrido y yo una talega que él me encomendó. Al llegar al sitio donde empezaríamos a sembrar supe que era semilla de maíz rojo lo que cargaba, lo cual me causó admiración y sin preguntar esperé el momento en que él me indicara para dónde era esa semilla.

Mientras sonaba las nueve de la mañana el característico reloj entre las imponentes torres del templo capellán, aparecieron cuatro fuertes bueyes entrando por el portón del terreno, arriados por los otros dos compañeros que venían atrás de ellos, pregunté qué harían con ellos y el señor entreteniéndose me dijo que ellos sembraban como su padre y abuelo lo hacían, de la manera más antigua que conocían. Empezaron a llamar a los animales por su nombre, y ellos obedecían la orden a la segunda o tercera vez, los agruparon en parejas para uncirlos, no sin antes lazarlos del cuello para sujetar su cabeza. No me percaté de que una vez entrando los animales en el terreno, los compañeros habían traído el equipo básico para iniciar a trabajar: consistía en dos yugos, un arado de metal y otro de madera, cintas tejidas y dos bastones largos. Cuestioné por qué los animales entendían al llamado y el señor me contestó que estaban domesticados para desempeñarse en ese trabajo, para lo cual se requieren varios años.

Una vez puestos en parejas se procedió a uncirlos, es decir, sujetarle el yugo en la cabeza, las cornudas bestias eran ideales para este trabajo, puesto que las cintas usadas para sujetar el yugo apenas alcanzaban. Una vez puesto

el yugo me di cuenta que su conformación estaba bien diseñada, todo correspondía a cada movimiento de la cinta para sujetarlo; fue entonces cuando tomé conciencia que no es sólo un simple madero que se usa para decoración, sino que el valor de este elemento era incalculable por su fabricación y uso para las personas del campo. Con él se tiene la rigidez necesaria para hacer que dos bestias unan sus fuerzas para arrastrar el arado sobre la tierra; en él se encuentra la distancia para hacer caminar a las bestias sin problema.

«Añejo madero que del corazón de un fuerte árbol nació, seguramente algún ebanista campirano de una sola pieza formó, conteniendo dos cabezales curvos y salientes para sostén en las bestias, adornando la parte superior una moldura compuesta por rítmicas curvaturas formando entrantes inclinados y salientes triangulares portadores de punzantes anchas cintas que atan la cornamenta de fuertes bestias y al centro, rectangular orificio sujeta la cinta unida a la cadena que arrastra pesado metal».

Una vez uncidos los bueyes y atada la cinta al centro del yugo, se colocó el arado de metal a lo cual pregunté por qué uno de metal, y otro de palo o madera. El señor respondió que antes se usaban sólo de madera, pero que es más fácil usar el de metal al hacer los surcos, por la rigidez y mayor presión sobre la tierra. Todo estaba listo para iniciar; el señor tomó un delgado bastón de carrizo con la mano izquierda que contenía en sus extremos puntas de metal, en una de ellas la punta era similar a una coa, es decir, hacía punta en forma de cuña para penetrar en la tierra. Ésta siempre era la inferior y la otra tenía forma triangular, terminando en una punta achatada o redondeada; en el cuerpo del triángulo varias cinturas lo componían. Esta punta era realmente importante, ya que con ella se arriaba a los bueyes desde la posición del arado, obviamente era la superior. El señor empezó a llamar a las bestias para que caminaran colocándolas donde se iba a iniciar, y empuñando con la mano derecha el manubrio del pesado arado comenzó a labrar la tierra, abriendo surcos en ella; al terminar el primer surco se dio principio a la siembra de maíz, ya que no era conveniente ir sembrando tras las bestias y el arado, puesto que de regreso pisarían lo sembrado.

Uno de los compañeros traía consigo un morral hecho de costalilla y mecate de ixtle, mismo que llenó de granos para sembrar. Observé cómo de manera sorprendente los bueyes acataban las órdenes y poco a poco surca-

ban el terreno preparándolo para la siembra. Entonces, delante del sembrador, un colaborador con un recipiente metálico y usando guantes esparcía el fertilizante de manera uniforme sobre la hendidura hecha, disponiendo la tierra para recibir la semilla que colocaba el sembrador con cierto ritmo en la húmeda y removida tierra. Después de observar unos minutos la manera de sembrar, me dispuse a pedirle al sembrador me enseñara su labor; él era un hombre de experiencia; se desprendió el morral que traía colgando con la semilla, me lo dio indicándome que debía ponérmelo cruzado y cargado a la izquierda, después de hacerlo nos dirigimos al surco donde paso a paso la tierra iba penetrando en mis zapatos de trabajo, sintiendo así la humedad característica del terreno. Una vez estando en el sitio me dijo: «Con tu mano izquierda vas a tomar la semilla del morral y siempre deberás mantenerla llena, apuñando en ella las semillas, con esta misma vas a llenar la mano derecha con pocos granos, los que sientas poder manejar, ya que con tu dedo pulgar vas a dejar caer la semilla una a una a cada paso, a una distancia de treinta centímetros aproximadamente». Al empezar me sentí torpe, ya que quería hacerlo como el sembrador, pero poco a poco y surco a surco mis manos fueron habilitándose en la práctica hasta recibir un comentario del señor, preguntándome si antes había sembrado, lo que para mí fue halagador.

No tardó mucho tiempo en llegar caminando una mujer, era la esposa del señor, trayendo consigo un sartén repleto con jugosas y rojas ciruelas y una jarra con agua, a lo cual todos agradecemos. Ya sembrado un tramo del terreno entró en acción la otra yunta de bueyes comandada por el último compañero, el cual al iniciar la tarea tuvo complicaciones con las bestias, pues al parecer no estaban acostumbradas en su totalidad a ese trabajo, por lo cual le ayudó el señor de la primera yunta guiando enfrente a los animales. El arado usado en esta yunta era el más viejo, elaborado con madera dura como tepehuaje o enebro de corazón, que aparentaba tener la experiencia de varias generaciones. Algo que me sorprendió de este arado fue el manubrio, que estaba lustroso del uso brindado.

El trabajo que hizo esta segunda yunta fue tapar la semilla sembrada, ya que la punta del añejo arado era dirigida hacia un lado del montículo formado por la primer pasada del arado; al correr el arado a un lado de la semilla la tierra era arrojada para cubrir lo sembrado y fertilizado. Pronto pasó el tiem-

po laborando, sonando dos campanadas aparecía sobre una mula una mujer portando dos talegas o bolsas a los lados de la bestia, mismas que contenían la comida para nosotros; la mujer era la esposa de uno de los compañeros sembradores. El señor marcó el alto a los trabajos y llamó a comer, mientras la señora bajaba las bolsas y sacaba los alimentos; nosotros buscábamos un lugar cómodo en la sequía colindante y nos instalamos bajo un frondoso árbol. El estómago estaba listo para recibir los alimentos, ya que comenzaban a gruñir las tripas de hambre. La comida consistía en frijoles de la olla (cocidos y enteros), tortillas recién hechas, carne con chile y de beber, el tradicional atole blanco, hecho de masa, acompañado con piloncillo; ella se integró con nosotros a comer y estuvo al tanto de lo que nos faltaba. Todos agradecemos los deliciosos alimentos y en silencio valoré la acción de la señora al habernos llevado de comer; ella tomó los trastos y los sobrantes de comida, los introdujo en la talega y se regresó en la bestia.

Seguimos con la labor hasta agotar el espacio surcado del terreno, sin olvidar que los surcos del extremo, para finalizar, fueron sembrados con el maíz rojo que el señor me encomendó trasladar de la troja, pregunté por qué y solamente contestó que era una vieja costumbre, que al igual pudo haberse sembrado todo de maíz blanco. Una vez terminada la siembra, recogimos el resto de semilla y de fertilizante, quitaron los yugos a las bestias y trasladamos los arados, yugos y cintas a la troja para su resguardo. Los compañeros arriaron a los bueyes al corral para que así gozaran de la pastura que les depositaron en los comederos. Todos descansamos un momento en el corredor de la troja y estando ahí comenzó a correr un fuerte viento que anunciaba con la posición de grises nubes, la llegada de un ligero goteo de lluvia, lo cual agradeció el señor al creador por el tiempo justo en que permitió trabajar. Contemplé con orgullo el área sembrada, sintiéndome parte del grupo de trabajadores del pueblo y continuando en el corredor agradecí de todo corazón la gran lección brindada por todos los compañeros. Sin duda, la riqueza de cada una de las reglas o costumbres establecidas que forman en su conjunto esta labor hace majestuosamente un rito que supera culturalmente en mucho la siembra mecanizada.

«La conservación de este tesoro rural, tiene trascendencia en las tradiciones de un pueblo que vive en plenitud esperando una cosecha prominente».



# MEZQUITÁN: TRADICIONES Y LEYENDAS OLVIDADAS

CARLOS SALDAÑA CHÁVEZ

## PRESENTACIÓN

Según me contó mi abuela materna, Mezquitán significa lugar poblado de mezquites, árbol entonces abundante y del que hoy ya sólo queda el recuerdo. El lugar se pobló a principios del siglo XVII, por indígenas de Atemajac que al tener problemas con sus vecinos se establecieron en un lugar más cercano a la ciudad de Guadalajara, ya que los naturales de Mezquitán resultaron buenos canteros y alarifes, oficios muy solicitados en la entonces ya capital de la Nueva Galicia. Mezquitán, por lo tanto, nació como pueblo de naturales, no más de 300 vecinos, conservando esta cualidad hasta finales del siglo XIX, en que se convirtió en un barrio de la ciudad de Guadalajara, al ser anexada a la misma por acuerdo del cabildo.

Como pueblo de indígenas, Mezquitán desarrolló costumbres y tradiciones propias. Mi abuela solía cuidarnos cuando mis padres en peregrinación se dirigían a Talpa, una semana al año; para entretenernos nos platicaba de esas costumbres entre las cuales recuerdo la de «los tastoanes», que ella nos narraba como un sueño, ya que fueron prohibidos por la autoridad porque en su celebración había más de un muertito. Nos decía que la gente usaba unas máscaras y que se hacían en honor de santo Santiago, sin recordar otras cosas. Nos platicaba de su boda, que se celebró tal y como marcaban los cánones de esa época, de su noviazgo, hecho a través de cartas que escribía don Teodoro, por que tanto ella como mi abuelo no sabían leer ni escribir. Que su matrimonio se celebró el lunes de carnaval, que vino el padre Miranda de la capilla de Jesús a casarlos y que luego fue canónigo de la catedral; que sus padrinos fueron don Chon Salas y su hermana Conchita, que todavía vive.

Que en su boda hubo «topada» y tres días de baile y fiesta para todo el pueblo. Por cierto, mi comadre Mode me ha dicho que se casa su nieta el próximo mes con un sobrino-nieto de don Casimiro, que murió hace poco y que ustedes conocieron. Don Casi, como lo llamábamos, nunca se casó, yo digo que por amor a las tradiciones y no por otra cosa, ya que él fue el único que se empeñaba en conservarlas y que va a haber «topada», como antes. También les tocó ver el Zigiiri y la pastorela, que todavía se celebraron el año pasado; el Zigiiri es una representación de una boda del pueblo, de una boda de indios, como también se le conoce y se llevaba a cabo por tiempos de carnaval. Las pastorelas se representaban del 25 de diciembre al 2 de febrero y son muy parecidas a las de otros lugares, con la novedad de que aquí en Mezquitán tienen o tenían dos personajes especiales: «los inditos». También mi abuela nos contaba la historia de santo Santiago, que pasó cuando sus abuelos vivían, esto es a mediados del siglo XIX, por cierto que ellos se llamaban Florentino como mi primo y Juana como una de mis hermanas.

Ahora bien, se quejaba mi abuela, el pueblo o barrio como ustedes lo llaman, ya no es lo mismo, en el año treinta y tres vino el padre Manuel, al principio muy contentos ya que él venía de planta, luego se opuso a nuestras tradiciones, primero prohibió los matrimonios en carnaval; se opuso a la representación del Zigiiri, acusando a don Casi, no sé de qué cosas, lo bueno que la gente no le hizo caso y a pesar de sus sermones y regaños de cada año, se sigue celebrando. Luego los vecinos vendieron parte de sus propiedades a gente extraña, venida incluso de otros estados; otros vecinos optaron por irse a vivir a las tierras comunales y yo ya pronto me voy a morir, tengo más de noventa años; por eso tú que sabes leer y escribir, escribe y guarda estas cosas que te cuento y quizá algún día, unas personas se interesen en conocerlas y darlas a conocer, las cosas de lo que fue el pueblo y hoy todavía barrio de Mezquitán.

#### LAS TOPADAS

Esta tradición se llevaba a cabo durante la celebración de los matrimonios, concretamente en las bodas llevadas a cabo en fechas del carnaval. Existía la costumbre de preguntar a la novia en tono festivo lo siguiente (cantando): «En qué le haremos su guajolotorio?» A la que contestaba la novia: «En pipianorio» o «molorio», según su gusto.

En carnaval, es decir, los cuatro días previos al miércoles de ceniza, solían celebrarse tres o cuatro matrimonios, por la mañana, concretamente a las seis, hora en que se celebraba la única misa del día.

En los festejos de los matrimonios participaba prácticamente todo el pueblo y después barrio de Mezquitán. Concluida la misa, los nuevos esposos se encaminaban a casa de la novia, donde se servía un desayuno a base de tamales y atole blanco o bien de lujo, que consistía en chocolate y pan dulce. Al mediodía, también en casa de la novia se servía la comida, normalmente caldo de pollo, mole o pepián, acompañado de agua fresca de arroz, jamaica o chía. Es de hacerse notar que en casa de la novia no se servían bebidas alcohólicas.

Después de la comida, a eso de las cuatro de la tarde, comenzaba propiamente «La Topada», previamente llegaban los músicos y se arreglaba una carreta con flores y papel de china, un arco colocado en la carreta señalaba los nombres de los contrayentes. La carreta era jalada por un par de bueyes, así que el trayecto a la casa del novio se hacía en forma pausada, lenta para que se fueran agregando otros vecinos. Así es como me lo contó mi abuela. A principios de los años setentas, tuve la oportunidad de ver y participar en una «topada», con motivo de la celebración del matrimonio de un sobrino nieto de don Casimiro.

A eso de las cuatro de la tarde, como lo dijo mi abuela, me presenté afuera de la casa de la novia, ya estaba una calandria de ésas que están enfrente del museo, ya que según me contaron que no fue posible hacerlo en una carreta, «ya que la única que existe es la de don Chabelo y no se pudo arreglar y además no se consiguieron los bueyes». La calandria estaba adornada con flores y un letrero al frente que decía «Beto y Rosy» y un corazón flechado entre los dos nombres. En vez de los músicos, «que ya tampoco hay en el barrio», un mariachi estaba colocado al frente de la calandria.

Enseguida empezó propiamente «La Topada». Se colocaron los novios en la calandria, enseguida, detrás y a cada lado los parientes e invitados, así como los mirones como yo, separados los de la novia y los del novio, al frente encabezando cada grupo las respectivas madres de los contrayentes con una bandera.

Empezó la música con la marcha de Zacatecas, y el cortejo emprendió su caminata hacia la casa del novio. Comenzó «La Topada», en que ambos

grupos simulaban una batalla, en la que los proyectiles lanzados eran dulces o frutas. Las madres agitaban con furor las banderas; el mariachi seguía tocando marchas de tipo militar o deportiva. Al final, las dos consuegras se enfrascaban en una lucha personal, en la que salió victoriosa la madre de la novia, llevándose como trofeo la bandera.

Después continuó la fiesta en casa del novio, con el baile que se prolongó hasta la madrugada del día siguiente y en la que se sirvió la cena y bastantes bebidas alcohólicas.

### EL ZINGÜIRI

Bueno, tal y como le prometí a mi abuela materna, ahora paso a contarles lo del Zigiüiri, recordando que no era más que una representación como diríamos ahora cómico-musical que se llevaba a cabo en tiempos de carnaval, es decir, los cuatro días previos al Miércoles de Ceniza. Esta representación de una boda de indígenas del lugar, se efectuó por última vez cuando yo tenía 9 o 10 años, es decir, hace más o menos 50 años. Entonces las casas del barrio de Mezquitán no tenían luz eléctrica y el agua potable y drenaje apenas se habían instalado. La única calle empedrada era la llamada precisamente Mezquitán o calle real la entonces carretera nueva a Zapopan, hoy avenida Ávila Camacho, estaba recién inaugurada. El barrio en ese entonces contaba con aproximadamente 1 500 vecinos. La representación del Zigiüiri se efectuaba en un lugar baldío, entonces abundantes, al aire libre a eso de las siete de la noche; en el participaban hombres y mujeres del barrio, dirigidos por don Casimiro.

Por primera vez, los cinco hermanos estábamos de acuerdo en algo: Los cinco queríamos asistir a una representación del Zigiüiri, así fue que mi madre nos preparó cacahuates y semillas de calabaza para pasar el rato y los cinco nos encaminamos a la calle de Tamaulipas y Tabasco, donde se llevaría a cabo la representación. Recuerdo que al anochecer y después de un rato, que nos pareció eterno, se encendieron las lámparas de petróleo y apareció en el improvisado escenario Meche, la vecina de la calle de Durango, que interpretaba a María Antonia, la novia descuidada:

«Los cóconos y las gallinas se comieron el nixtamal, si se entera mamá Pancha, la que se me va a armar», lo dijo con voz fuerte y segura, ya que en ese

tiempo los micrófonos ni se conocían en el barrio. Luego apareció Pancho Salas, por cierto pariente de nosotros, que interpretaba al novio, que también con voz fuerte y segura dijo: «Pos vámonos *juyendo*, María Antonia», que responde entre sorprendida y asustada. «¿Cómo, *Juirnos?*, ni lo pienso ni lo quiera Dios», a lo que el novio insiste: «No metas a Diosito en esto, ándale, te digo que nos váyamos juyendo», te conviene y además, te va a gustar. Esto último lo dijo con cierta picardía. Convencida María Antonia, contesta: «pos ya dijites, Martiniano, vámonos *juyendo*». Se cerraba el telón y terminaba la primera parte.

La segunda parte empezaba con la presencia de mamá Pancha, personaje interpretado por don Casimiro, que previo a un fuerte aplauso, decía: «este gandalla, rufián o ratero o como ustedes quieran llamarle, se ha llevado a María Antonia, la hija de mis amores, tierna e inocente, un verdadero capullo de azucena; sabrá Dios dónde se encuentren, pero con la ayuda de estos policías, pronto daremos con ellos». En esto aparecen dos actores: Miguel y Daniel Martínez, panaderos del barrio; al verlos, doña Pancha dice: «Estos son los polecías?, yo creo que es mejor pedir la ayuda de algún vecino», y dirigiéndose al público grita: «Alguno de ustedes, me quiere ayudar a buscar a María Antonia?». En eso aparece el juez don Simoncito, que dice: «Calma, calma doña Pancha, estos muchachos, son más que suficientes, ellos son honrados, (el público hace una rechifla) serviciales, etcétera, etcétera». Enseguida hacían su aparición los coros de muchachas y de hombres que interpretaban una canción alusiva a la *juída* de los novios, las mujeres en son de condena y los hombres justificándola. Así terminaba la segunda parte.

La tercera y última parte empezaba con la aparición de Martiniano a quién traen esposado los policías, mamá Pancha y don Simoncito.

Mamá Pancha: ónde escondites al único tesoro que tengo, a la flor inmaculada de mis entrañas y qué has hecho de ella, desgraciado».

«Mire, mama Pancha», dice Martiniano.

«Ni que mamá Pancha, ni que ocho cuartos, pero síguele».

«Tá onde mis tatas», tan pura e inmaculada, como usted dice, ora que eso está por verse...»

«Cómo dudas de mi ángel, si ella es como una flor...»

«Ya mejor bájele, no sea, que no sea... Total, yo me caso con ella».

En eso interviene don Simoncito: Eso cambia las cosas, muchacho, yo sabía que tú eras un hombre responsable, sino ya sabes un buen rato a la sombra». Nuevamente aparecen los coros, que entonan canciones alusivas al próximo enlace de María Antonia y Martiniano. Algunas estrofas son las siguientes:

«Calabacitas tiernas, betabel y zanahorias; Chayotes y ejotitos...»

Al aparecer los novios, con traje de bodas, se entona el Zigiüiri.

«Zigiüiri, Zigiüiri, María Antonia, ja, ja, ja, Zigiüiri, Zigiüiri María Antonia, ja, ja, ja; Zigiüiri, Zigiüiri, padre, Zigiüiri, Zigiüiri, madre, se va a casar, se va a casar»:

«Silencio chiquito, Silencio Chitón, porque viene el viejo y se lo llevará... Zigiüiri, Zigiüiri... etcétera. Termina la representación y todos los actores lanzan flores y dulces al público. La representación duraba alrededor de 40 minutos.

#### LA PASTORELA

Me tocó la fortuna de ver las últimas pastorelas celebradas por habitantes del barrio de Mezquitán. La primera se llevaba a cabo en la misma tarde del 25 de diciembre y la última el 2 de febrero, día de la Candelaria. Los pastores, es decir, los personajes que intervenían en la representación, solían ser los mismos año con año; recordemos que la mayoría de los habitantes del barrio no sabía leer ni escribir; así que se aprendían de memoria su papel. No recibían paga alguna por su trabajo, lo hacían todo en honor del Niño Dios. La pastorela se realizaba en plena calle, a las afueras del vecino que los invitaba a eso de las seis de la tarde. Terminada la pastorela, se servían a los pastores y asistentes, por cuenta del vecino, tamales y atole. Según me acuerdo, la pastorela de Mezquitán incluía los siguientes personajes: tres parejas de pastores, que aparte de su repertorio, que incluía diálogos y cantos, se aventaban su bailada. Destacaban los papeles de Blas y Gila y Bártolo, el pastor flojo y descuidado. San Miguel, seguido de tres a seis ángeles, representados por niños; el diablo mayor y los siete diablillos o pecados capitales, representados por niños o adolescentes; el papel de la tentación siempre era femenino; el ermitaño que guiaba a los pastores y los inditos y el ranchero. Todos los participantes de la pastorela usaban trajes que ellos mismos confeccionaban y máscaras que guardaba don Casimiro, que además la hacía de diablo mayor.

La pastorela comenzaba con el anuncio de san Miguel: «Os anuncio una gran alegría, en Belén de Judá, ha nacido el Mesías, el salvador del mundo, rey y señor de todos nosotros, id a adorarlo». Y comienza el peregrinaje, guiados por el ermitaño y san Miguel. El diablo junto con los diablitos, intenta en vano desviarlos y distraerlos en su camino.

En el desarrollo de la pastorela se suceden los diálogos entre los pastores; peleas entre san Miguel y el diablo mayor. Cantos y bailes se van sucediendo. El ranchero fustiga a Bártolo, por descuidado y flojo. Canta: «Levántate, Bartolito, no te vaya a lazar, con mi soguilla de cuero y con ella te he de arrastrar».

En cierto momento de la pastorela empiezan los bailes de los pastores, siendo el más aplaudido el de Blas y Gila. Hacen su aparición don Felipe y su violín, acompañado de los hermanos Pedro y Rafael López, que cantan y tocan la guitarra. En otro momento los inditos, hombre y mujer, bailan un jarabazo en honor del Niño Jesús. La gente al final les avienta monedas.

Al concluir la pastorela, san Miguel, en compañía de sus ángeles, vence al diablo mayor y sus diablitos, retirándose éstos últimos de la misma. El ermitaño y los pastores llegan al portal. En algunas ocasiones la anfitriona sacaba sus imágenes de barro o yeso, o bien unos niños representaban a san José y a la Virgen María. Los pastores, los inditos y el ranchero ofrecen al Niño Dios sus regalos:

Dice el ranchero: «Aquí, mi Niñito, te traigo lo que produce mi rancho, un queso de pura leche, grande y bien bueno».

Dice el Bártolo: «Por andar de flojo y descuidado, se me olvidó traerte tu regalo, pero aquí me tienes dispuesto a limpiar el pesebre pa que estés más bien y contento» y empieza con una escoba a barrer.

El ermitaño, por su parte, dice: «Mi Niño Jesús, yo no tengo nada que ofrecerte, porque soy tan pobre como tú, lo único que te ofrezco es mi canto, que lo hago con todo mi corazón». Empieza una alabanza popular para que lo acompañen los asistentes.

#### SANTIAGO EL CHARRO

Según relato de mi abuela, esto sucedió a mediados del siglo XIX, cuando Mezquitán todavía era un pueblo de aproximadamente 500 habitantes. En

este relato la realidad se mezcla con la leyenda, esas leyendas de o sobre santo Santiago que circulan por varias partes del estado. Se habla de una imagen de santo Santiago, que vestía de charro, es decir, con el traje típico de los hacendados de esa época. En Mezquitán había dos festividades religiosas importantes durante el año. La del patrón san Miguel a finales de septiembre y la de santo Santiago en julio; a san Miguel se le festejaba con un novenario en que había danzas, música y castillo todos los días, para ello venía un sacerdote de la parroquia de Jesús y se quedaba en esos días. A santo Santiago se le festejaba con un triduo, había tastoanes, música y castillo durante los tres días.

Pero volvamos a lo nuestro. En ese entonces la imagen de san Miguel estaba representada por un ángel con espada, balanza y corona de oro y piedras preciosas, santo Santiago no se quedaba atrás, su vestimenta y su sombrero de charro estaban cosidos con hilos de plata y además tenía una espada y un revólver del mismo metal. La imagen tenía su propia leyenda, se decía que había aparecido en un lugar de las tierras comunales y que se le conoce con el nombre de mesa y sitio de Santiago, que esas tierras pertenecían a la comunidad de Atemajac, por lo que ellos reclamaron la imagen a los de Mezquitán. Los de Mezquitán les decían ahí está su imagen, llévensela, pero la gente de Atemajac no podía moverla, así que los habitantes de Mezquitán la llevaban al templo de Atemajac, pero al cabo de unos días la imagen volvía a aparecer en el templo de Mezquitán. Así anduvieron un tiempo hasta que por fin entendieron los habitantes de Atemajac, que santo Santiago quería quedarse aquí en Mezquitán.

Pues bien, en una noche del 25 de julio, después de quemarse el castillo y en la que los habitantes de Mezquitán descansaban de las festividades, unos ladrones planearon robar al templo. A eso de la medianoche, con una escalera llegaron a la ventana del coro, misma que rompieron, introduciéndose al templo por medio de unas sogas. Esto se supo ya que la escalera y las sogas quedaron en el lugar en que fueron colocadas por los ladrones. Se supone que lo hicieron con facilidad y que nadie se dio cuenta. Los ladrones llegaron con san Miguel a quien despojaron de espada, balanza y corona, vaciaron la alcancía que estaba repleta y se dirigieron a donde estaba santo Santiago, pero al llegar a su altar se dieron cuenta de que no estaba ahí. Lo buscaron en el

templo sin encontrarlo, por lo que decidieron irse ya que pronto amanecería. Se regresaron por donde entraron. A la vuelta del templo los esperaba un cómplice con unos caballos en los que emprendieron la huida. No habían cabalgado más de cinco minutos, cuando notaron que los seguían. El que parecía el cabecilla ordenó que se separaran, él se llevaría el dinero y las joyas y los otros dos tomarían rumbos diferentes; no acababa de dar las instrucciones, cuando frente a ellos se paró un jinete en un caballo blanco, que rápido los desarmó y en un cerrar de ojos los llevó ante el comisario del pueblo.

Al día siguiente, don Basilio, el encargado del templo, notó el robo, esto fue antes de las seis, ya que todavía no estaba el sacerdote y habría misa, fue a levantarlo para informarle. Todavía no acababa de hablar don Basilio, cuando alguien tocó a la puerta de la casa del templo, salió don Basilio y se encontró al comisario que llevaba un envoltorio.

El comisario explicó al sacerdote y a don Basilio, que en la madrugada una persona desconocida que montaba un caballo blanco había llegado con tres personas atadas de manos diciendo que eran unos ladrones que habían robado el templo de San Miguel y que para prueba le entregaba el dinero y las joyas y que sin decir más se alejó.

Don Basilio comprobó que eran la espada, la balanza y corona de san Miguel. Los tres se dirigieron entonces al templo. Al pasar por el altar de Santo Santiago, el comisario se detuvo de repente y gritó: «Él es, él es», cayendo de rodillas ante la imagen de santo Santiago. El sacerdote y don Basilio no sabían qué hacer. Una vez repuesto de la sorpresa él comisario explicó que fue santo Santiago el que entregó por la madrugada a los ladrones en la comisaría. Don Basilio se acercó entonces a la imagen y tocó al caballo, que estaba sudando, como si acabara de cabalgar; entonces también él en forma respetuosa se hincó. En misa, el sacerdote explicó a los asistentes el milagro que había hecho santo Santiago, invitando a que comprobaran el sudor del caballo.

El tiempo pasó y en otra festividad, santo Santiago desapareció de Mezquitán. El sacerdote explicó que la imagen se había quemado, sin embargo, en el templo no había rastros de ningún incendio. Un vecino dijo que el propio sacerdote se lo había llevado a su rancho y otro dijo que lo había visto en otro pueblo... Así acabó santo Santiago, pero yo espero que alguna vez regrese a Mezquitán y se quede aquí para siempre.



## LAGUNILLAS Y SUS TRADICIONES

FERNANDO VILLASEÑOR ULLOA

El rancho de Lagunillas, en el municipio de Ameca, es uno de los muchos poblados pequeños perdidos en Jalisco. Sus casas no llegan a cincuenta, buena parte de los jóvenes nacidos allí mismo se van cada año a Estados Unidos en busca de unos dólares que ayuden a la familia a vivir mejor, muchos nunca regresan, más que en forma de billetes verdes.

Mi padre nació en ese maravilloso lugar, y aunque yo soy tapatío, sé que mis raíces se encuentran entre los surcos de esa tierra morena. Lugar donde inevitablemente año con año pasaba mis vacaciones de verano y Semana Santa.

Quien crea que un lugar tan pequeño no es capaz de tener sus propias tradiciones se equivoca en serio, se necesita vivir en un lugar así y saborearlo, para darse cuenta de que tiene su propia alma. Sus casas de adobe, con techo de teja roja, son el mejor escenario para las costumbres que se cocinan en su interior.

Para comenzar a relatar las tradiciones, que mejor que empezar con la de los «Talpeños», gente que cumple sus «mandas» y promesas hechas a la Virgen del Rosario de Talpa haciendo el recorrido a pie desde distintos lugares del estado, incluso desde otras entidades, hasta su santuario.

Muchas son las rutas que se pueden seguir para llegar a esa famosa tierra, y Lagunillas es una de ellas. No se piense que es uno de los muchos ranchos que se miran por la ventana del camión, o por donde pasa uno sin más ni más, sino que es en ese preciso lugar en el cual el autobús baja a la gente, la última parada para iniciar el trayecto a pie; a partir de este punto inicia la ascensión al cerro del Obispo, uno de los retos más cansados de la travesía.

Esta es una de las rutas más socorridas por los fieles, que al bajar de su transporte respiran el aire del campo mexicano. Muchos aprovechan para comerse una tortilla «de a de veras», un taco de frijoles y hasta un plato con arroz que, según los comensales, saben a la misma gloria.

En el pueblo se espera con ansias la llegada del mes de marzo para recibir a esta gente. Se construyen a escasos pasos del camino, las enramadas, pequeños toldos hechos con troncos, hojas y ramas, en los que se instalan cocinas para venderle o regalarle a la gente, según sea el caso, la preciada última comida antes de internarse en la serranía.

Los niños corren tras los camiones cargando sus bules y burritas, buscando que alguien les compre el producto del trabajo de sus padres o hermanos mayores, que consiguen en los cerros cercanos.

Son muchos los viajeros que compran sus mercancías y aprovechan para llenar sus bules con agua del pozo de doña Amparo, cristalina y limpia, helada y fresca, además de conseguir un olote para utilizar como tapadera en su cantimplora mexicana.

Cuando los viajeros llegan tarde, y la oscuridad comienza a hacerse presente, se les brinda hospedaje en todas las casas sin cobrarles un centavo, para que duerman en un lugar seguro. Si la noche ha caído ya y alguien se empecina a seguir su camino, se le invita de forma muy amable a quedarse, y si aun así, el viajero decide partir, los ancianos, que cumplen un papel muy importante, entran en acción, contando cuentos y leyendas. Una de ellas, muy socorrida, es la del «arroyo de la viejita», que narra lo que le ocurrió a una anciana a mediados de los años cincuenta, que tenía prisa por llegar al santuario en Talpa y no atendió las invitaciones que se le hacían. Partió del rancho cerca de la medianoche y nadie la volvió a ver, ni en el camino, ni en su destino. Algunos familiares después de varios días fueron a preguntar a Lagunillas si no habían visto pasar a la señora, llevando inclusive un retrato, Obviamente fue reconocida por varios de los pobladores, que se pusieron a buscarla, sin resultados rápidos.

Jesús Díaz, *El Cuy* como todos se unió a la búsqueda sin buenas nuevas que contar. Uno o dos días después, cuando todo comenzaba a ser un mal recuerdo, *el Cuy*, que iba rumbo a su parcela, desmontó su caballo para dejar que bebiera agua de un arroyo, un fuerte olor ganó su atención. Buscó su

procedencia y encontró a la anciana, muerta a un lado de la pequeña corriente de agua. Informó a la autoridad y el mismo día cargó en su caballo una caja de madera, en la cual tenía la intención de guardar el cuerpo de la desafortunada. Sin embargo, su estado de hinchazón lo hizo imposible, y no quedando otro remedio, *El Cuy* tomó una rama de un árbol cercano y cuando iba a picar el cuerpo para provocarle la deshinchazón, éste se desinfló solo ante sus ojos, haciendo innecesario el uso de la vara. Muchos interpretaron esto como un milagro. A partir de ese día, a la pequeña corriente de agua se le conoce como «el arroyo de la viejita».

Después de escuchar historias de este tipo, incluso los más temerarios aceptan la hospitalidad y duermen en cuartos o pasillos según la cantidad de gente. A las cinco de la mañana se les invita una canela hirviendo y a los más exigentes se les obsequia con un café de olla con piquete o un pajarete.

Las mamás y las abuelas salen a despedir a los talpeños y no es raro que en más de una ocasión les den una bendición y le manden algún recuerdo a la Virgen de Talpa. Las ancianas y mujeres mayores se juntan en esta época para rezar el rosario todas las noches, pidiéndole a las ánimas del purgatorio y a santa Teresa por la buena fortuna de los caminantes.

Cercano en el tiempo es la llegada de Semana Santa, tradición seguida en el pueblo de manera particularmente hermosa. Se levantan altares y se cubre a los crucifijos con pequeños retazos morados, se rezan rosarios y se impide el asueto con música estruendosa. Sin embargo, esto no quiere decir que los pequeños y jóvenes no tengan forma de divertirse. Existe la tradición de colgar y quemar al «Judas», que sería una de muchas si no estuviera revestida por cierto misterio. Un día antes de colgar la representación del pecado y la traición, se reúnen los ancianos con algunos de los jóvenes del rancho y determinan quién se ha portado mal, o no ha extendido la mano cuando se requería su ayuda. Hecho esto, se castiga de forma simbólica al infractor sus-trayendo alguna prenda de su casa para decorar al monigote. Casi siempre quien ve sus cosas como parte del ajuar de «Judas» entiende el mensaje y trata de mejorar sus relaciones con los demás vecinos, sin embargo, existen aquellos que se empecinan en su actitud, e incluso la recrudescen.

Así pasó en los años setenta con un anciano, que al conocer el dictamen que lo marcaba como futuro donador de vestuario para la fiesta se apostó en

la puerta de su casa, escopeta en mano, vociferando cada vez que veía alguna sombra o escuchaba una voz. De alguna forma, ante la sorpresa de todos y del propio anciano, su escopeta amaneció en el hombro de «Judas», y a la fecha nadie sabe cómo es que esto llegó a suceder.

El malogrado apóstol se quema en la noche, ante la algarabía de chicos y grandes que con gritos y vivas celebran la victoria del bien sobre el mal. Aparecen las mojigangas, hombres disfrazados con atuendos a veces monstruosos, a veces cómicos, que realizan actos de danza y desorden o «cuerean» a la gente que los rodea, a pie o montados en burro; son una de las delicias de los niños. Posterior a su paso, entran en acción los «toritos», fuegos artificiales portátiles que lanzan los famosos «buscapiés» e iluminan las noches con el color de la fiesta.

Sin embargo, la tradición más importante y de mayor peso en Lagunillas es la fiesta de Santa Teresa, patrona del pueblo, a quien se le ha levantado una capilla. El 15 de octubre, día de su fiesta, la capilla amanece envuelta en flores, cortadas en el cerro, o llevadas desde Guadalajara. La gente que desde un día antes no duerme cuidando el sueño de la santa, reza y canta con fervor; se hacen turnos para estar cerca del altar. Muchos de los «hijos ausentes» que viven en Estados Unidos, llegan para esta fecha con la finalidad de darle gracias por su intervención para cruzar al otro lado.

Las lágrimas en las ancianas son frecuentes, y aunque culpan de su aparición al ocote del fogón, la verdad es que así dan gracias por el milagro de tener con ellas a sus hijos aunque sea sólo por estos días.

Un sacerdote llega desde Ameca para officiar misa y darle la mayor solemnidad a la reunión. El «padre», después de terminar con su trabajo, tiene una difícil misión, ya que reclamado por todos los habitantes debe de ir, de casa en casa, probando los alimentos que se le invitan y llevar «bastimento» por si le da hambre en el camino.

Los muchachos organizan un torneo de futbol el mismo día, en el cual participan equipos de los ranchos cercanos, incluso ha habido equipos que llegan desde Guadalajara a jugar. Lo más común es que el equipo de Lagunillas pierda, pero se ha dado el caso de que ganen el torneo y entonces la fiesta es doble y el trofeo obtenido no puede encontrar un lugar mejor que a un lado del altar en la capilla.

Cuetes y bandas de música e inclusive mariachis acompañan a santa Teresa todo el día, además de los aromas que se generan por los numerosos cazos donde los más rechonchos cerdos son convertidos en carnitas o cueritos, cocinados con leña, lo que convierte al ambiente en algo digno de disfrutarse.

Otra tradición que no tiene fecha fija y puede parecer extraña es la aparición de «jotes» en los enormes agaves pulqueros cercanos, los cuales son un ramificación que parte del centro de la planta y se eleva por varios metros. En el jote aparecen las flores que deben de auxiliar para la reproducción de su especie, sin embargo, en el rancho su aparición son un fenómeno hermoso.

Quién descubre uno en su parcela, avisa en el pueblo y organiza a la gente, que se reúne el fin de semana siguiente para cortarlo y cocinarlo en el propio monte asándolo con leña. Ya listo, se reparte entre los asistentes trozos de ese enigmático alimento; llegan tantas personas que pueden rebasar fácilmente la centena, y, por si las dudas, se carga con gallinas y «coconos» para que nadie se quede sin comer.

Los paseos a caballo son algo frecuente, sobre todo en días de fiesta, como el 16 de septiembre o el 20 de noviembre. El sonido de las herraduras al chocar con el piso puede remitirnos a otra época, en la que la contaminación no era un problema tan grande. Para muchos el «cuaco» sigue siendo el único medio de locomoción que les permite sacar de sus «cuamiles» el producto de la siembra, debido a lo accidentado del terreno.

Los ancianos, todavía en la actualidad, se turnan para contar historias en las noches, ante el beneplácito de niños y grandes, se reúnen en gran número (entre 15 y 20) para prestar sus oídos a la magia de las palabras de sus mayores, y que aunque hayan oído en otra ocasión la conseja, escuchan, preguntan y hasta intervienen recordando algún olvido o pidiendo más detalles.

La vida en Lagunillas podrá parecer sencilla pero no es simple. Su gente vive en un pedazo de Jalisco que se resiste a formar parte de la época de la contaminación y de sus males, los problemas son de todos y entre todos se solucionan como si de una gran familia se tratara. Sus tradiciones son el resultado del imperioso amor por el terruño y del deseo de conservar el tesoro de ese tipo de vida para sus hijos. Es un lugar digno de conocer, pero sobre todo, de llevar en el alma.



## LA SIEMBRA TRADICIONAL DEL MAÍZ EN EL SUR DE JALISCO

ANTONIO CAMPOS APARICIO

*El que siembra su maíz que coma su pinole.*

Refrán popular

La vida del hombre depende en gran medida de las actividades productivas que se practican en el lugar donde vive. El cultivo del maíz, desde nuestros antepasados, ha implicado una serie de rituales y aplicación de técnicas que con el tiempo han tenido una serie de modificaciones.

Las culturas de América han dependido de una dieta a base del maíz. Con la llegada de los españoles se implementaron otras técnicas y el empleo de herramientas y animales para su cultivo. Así, con el paso de los años el maíz sigue siendo el sustento de la alimentación de la gente de México.

En Jalisco, la gastronomía tan variada y nutritiva, no deja de considerar el maíz como un ingrediente principal, ya que el grano tierno o seco, la masa o la tortilla, cumplen la función de ser el complemento o la base de cualquier platillo típico del estado. Las distintas formas de como se puede consumir el maíz nos permiten obtener de este cereal energía y fibra para las actividades diarias.

Es asombroso reconocer los múltiples usos que se le dan a la planta entera, no sólo del fruto; pues de ésta se obtiene material para construir una casa, con la caña, combustible del olote, fertilizante de la raíz y las cenizas, forraje de las hojas para los animales, material para artesanías de todas sus partes, ingrediente para remedios; y qué decir de los variados guisos, dulces y bebidas que se preparan teniendo como ingrediente el grano de la mazorca.

El cultivo del maíz actualmente es primordial en la agricultura de Jalisco. La implementación de técnicas modernas y la aplicación de tecnología, han generado una producción considerable de este grano para satisfacer la demanda alimenticia. Mediante estas acciones se han modificado los procesos para su siembra, con lo que su cultivo tradicional casi desaparece. Sin

embargo se puede apreciar, en regiones apartadas o de difícil acceso para las máquinas, a campesinos con tiro de machos o mulas y casos muy raros con yuntas de bueyes labrando la tierra para sembrar el maíz.

Así, haciendo un recuento de tantas actividades que se realizaban para obtener los granos de oro, o ¿cómo se le pudiera llamar a una semilla tan valiosa?, ya que prácticamente somos un pueblo de maíz, describo cómo se cultivaba y todo lo que implicaba la labranza de la tierra para su cultivo.

Recuerdo cómo mi padre, al igual que los campesinos de diferentes comunidades, con sus esposas y sus hijos, iniciaban a partir del mes de abril los preparativos para la siembra, antes que se vinieran las aguas. El ciclo del maíz es el ciclo de la vida y de los hombres campesinos del sur de Jalisco.

#### LA QUEMA DEL RASTROJO, LA ARADA DE LA TIERRA Y LOS PREPARATIVOS

*Gocen su abril y mayo porque su junio se les va a llegar.*

Dicho popular

A finales de abril, se juntaba el rastrojo, la caña seca que el ganado no se comía, con una horquilla, un rastrillo rústico de rama de huizache u otro arbusto, que los hombres utilizaban para acordonar el rastrojo al que luego quemaban por la tarde, para evitar incendios de montes o cerros. Para esto se requería madrugar, levantarse muy temprano, tomar una canela, café de olla o un ponche de huevo que las señoras preparaban, al mismo tiempo que prendían fuego al comal para echar unas tortillas o sopes y hacer tacos de frijoles, con los que hacían el bastimento. Los campesinos llenaban su bule de agua, tomaban su machete, guango u guadaña, el bastimento y su bule, y partió a la labor muy de mañana, fuera en burro, a caballo o a pie.

Una vez que se había quemado el rastrojo, se comenzaba a arar con la yunta de bueyes, empleando el arado de fierro y el yugo corto. Para esta actividad el sol era el que indicaba lo que se tenía que ir haciendo; cuando salía, ya se estaba al pie del corte empezando la primera raya en la tierra. Al medio día era usual hacer una lumbrada para calentar los tacos de frijoles, comer y descansar un rato. Luego se retomaba la jornada y ya cuando el sol casi se

metía, se desuncían los bueyes y se les daba hoja de milpa seca; se les llevaba a tomar agua a una presa y se soltaban en algún corral o se amarraban en un poste para el siguiente día.

A mediados de mayo, las primeras nubes surgían entre los cerros, las chicharras cantaban en los mezquites, las pitayas ya habían madurado. Había entonces que tener los novillos ya capados, rentar los bueyes; la semilla del maíz desgranada se echaba en costales con un poco de ceniza para evitar que los gorgojos o palomillas la picaran; el frijol y las semillas de calabaza que se sembrarían entre el maíz también se seleccionaban; el arado de mariposa o de rejas se reparaba, se le cambiaban las piezas que ya no sirvieran, se aceitaban las rejas, las coyundas eran encebadas para que no se pudrieran con la lluvia; el yugo largo, el eyejón, la cuarta y el barzón también habían de ser revisados para tenerlos listos; se aceitaban los huaraches, se compraba un sombrero, se preparaba la china o el capote para protegerse de la lluvia en el campo. También era indispensable buscar uno o varios sembradores, que en muchos de los casos eran las esposas o los hijos de los labradores.

#### LA MISA A SAN ISIDRO LABRADOR PARA EL BUEN TEMPORAL

*San Isidro Labrador, quita el agua y pon el sol.*

Dicho popular campirano

Para el 15 de mayo, había que encomendarse al santo patrono de los campesinos, san Isidro Labrador, rezarle y pedirle con devoción un buen temporal, que protegiera a las familias y a los animales de las tempestades. Más emotiva era la misa que en su honor se realizaba. Se acudía a las capillas o bajo la sombra de un árbol de camichín donde se celebraban con peculiaridad. Un sacerdote oficiaba la santa misa. Los campesinos acudían con su yunta de bueyes y sus implementos de labranza; las mujeres con sus gallinas, guajolotes, puercos, burros u otros animales; los niños participaban llevando las semillas de calabaza, frijol y desde luego las de maíz en «chiquigüites» o canastitas. Tanto campesinos como animales, semillas e implementos tenían que ser bendecidos con agua que el sacerdote esparcía con una ramita, lo que daba confianza y acrecentaba la fe para iniciar la siembra.

## LA SIEMBRA DEL MAÍZ

*Esas tierras del rincón  
las sembré con un buey pando,  
se me reventó el barzón  
y siempre la yunta andando.*

Canción popular mexicana

Pasando el 15 de mayo, ya se veían las yuntas de bueyes y a los campesinos surcar la tierra en seco si no había llovido, o muy olorosa y mojada si las primeras lluvias ya habían caído dando la esperanza de un buen temporal. Poco a poco se abría el surco con el arado y depositaban los granos del maíz en el para taparse con tierra, que el sembrador hábilmente echaba con los pies. Se esperaba que nacieran las milpitas y que no faltara el agua. Durante esta etapa los implementos básicos eran el arado de mariposa, la cuarta o cadena, el barzón, el yugo largo, las coyundas y el ayejón que constaba de pichuaca, otate y gorguz; el sembrador con su morral con suficiente semilla, sus pies listos para cubrir con tierra suficiente los granos de maíz. Si durante el día llovía mucho la siembra se suspendía, pues la tierra se hacía lodosa y no se podía trabajar. Si llovía fuerte lo mejor era protegerse con las chinas y los capotes, evitando estar cerca de un árbol o alambre de los cercos que pudieran atraer los rayos, proteger a los niños pequeños, cuidar que la semilla no se mojara, rezar la magnífica para estar a la voluntad de Dios. Cuando la lluvia cesaba los abuelos o padres platicaban, narraban alguna leyenda o mito de la región eran comunes aquellas que se originaban a partir de algún cerro, arroyo o paraje que en ese momento se apreciara desde donde se había originado la lluvia.

Si la tormenta había sido muy fuerte lo mejor era soltar los bueyes, ensillar los burros y caballos para partir al rancho a cenar un café calentito con galletas de animalito, comer unos tacos de frijoles recalentados en las brazas del «nixtenco». En ocasiones, las mujeres torteaban y preparaban un chile de molcajete para dar de cenar a su esposo y a sus hijos que habían llegado cansados y hambrientos de la parcela; les preparaban un atole de masa y unos sopes para que cenaran; mientras se preparaba la cena se platicaba sobre lo sucedido en el campo. Una vez que cenaban todos, se rezaba el rosario para pedirle a la

Virgen de Talpa o a la de Guadalupe que intercediera ante Dios para que siguiera lloviendo y cuidara a toda la familia; se sacudían los petates, se acomodaban los tapancos y toldos de otate para dormir, se le prendía una veladora a San Isidro y se apagaban los aparatos de petróleo. Las ranas y los grillos cantaban arrullando a las familias de campesinos que descansaban para otro día de siembra.

#### LA ESCARDA DE LA MILPA

*La tarea de Govea, hasta que el sol no se vea.*

Dicho regional

Cuando se terminaba de sembrar, seguía la escarda, que consistía en dar tierra a la milpa y evitar que la hierba creciera. Se ajustaban las rejas del arado, a los bueyes se les cubría el hocico con bolsas para evitar que se comieran la milpita; la escarda consistía en hacer un surco en la loma del surco de la siembra, con el arado; el sembrador ahora era un alizador, pues con manos y pies sacaba de la tierra la milpa y la acomodaba para que creciera derecha, con los pies tapaba con tierra la hierba que nacía alrededor de la milpa. De esta manera se aseguraba que la milpa tuviera soporte, que se eliminara la hierba o zacate y que el nuevo surco almacenara agua para que la milpa creciera lo suficiente y sana.

Para estos días se empezaban a comer caldos de gallina o pollo, pues las largas jornadas de trabajo empezaban a enflacar a la gente, por lo que se tenían que alimentar muy bien para aguantar hasta que hubiera elotes, frijol y calabacitas. La escarda, al igual que la siembra, era también peligrosa, pues las víboras, alicantes, alacranes y capulinas salían entre la tierra y atacaban a los campesinos al momento de labrar la tierra. Los campos se empezaban a tornar verdes, los rostros de los trabajadores se ponían alegres, lo que daba pauta para entonar una canción con alegría, como «La milpa», «El barzón», el «Cielito lindo», «Bonita finca de adobe» o cualquiera que narrara la vida en el campo.

## LA PALETEADA Y EL ACABO

*Haz de cuenta que sembramos una milpa  
y esa milpa con la helada se secó,  
haz de cuenta que los dos fuimos basura  
todo fue un sueño y lo que pasó voló.*

Canción popular

A mediados de junio se terminaba de escardar, para luego iniciar con la última etapa del cultivo del maíz. La paleteada consistía en hacer más profundo y ancho el surco de la escarda, para lo cual a la reja del arado se le abrían las alas, se alargaba la cuarta; en esta etapa se aventajaba más, pues era más fácil; la milpa ya medían más de un metro, el trabajo se volvía más ligero para el alzador. Dependiendo de lo mucho o poco que se había sembrado, se terminaba de paletear pronto.

Una vez que casi se terminaba, había que estar pendiente de quiénes también casi acababan, pues era un privilegio ser el primero, para lo cual se dejaban algunos surcos pendientes. Con anticipación se compraba una docena de cohetes, se hacía un ponche de granada, con durazno o membrillo picado, se mataba un puerco o las mujeres preparaban un mole de gallina y un arroz con leche que se adornaba con flores de San Juan, que se servía en platos de barro o cazuelitas. El señor y los hijos se levantaban muy de mañana, se iban a la labor para paletear para antes del mediodía terminar la labranza; una vez que se terminaba el último surco, se empezaban a echar los cohetes, la señora ya estaba al pie de la parcela con la comida, el mole de gallina, las tortillas calientitas, el arroz muy dulce y los garrafones de ponche. Se invitaba a comer a la gente vecina que había sembrado cercas o a quienes pasaban por los callejones entre parcela y parcela. Los demás campesinos, al escuchar los cohetes, se apuraban para también preparar su acabo. Había buenos vecinos que se acomedían a ayudar a terminar a quienes les quedaba mucho por paletear. Una vez que se terminaba se hacía el acabo en grande, se invitaban a los ranchos a comer, en algunas ocasiones ameritaba un festejo con música de mariachi, unos chicharrones o calmantes y acompañarlos con el ponche de granada. Para estos días la milpa ya estaba grande. Las mujeres preparaban los tamales de ceniza que eran típicos en esta temporada.

## LA PASEADA DE SAN ISIDRO O DE LA VIRGEN

*San Isidro, san Isidro,  
te pedimos con amor,  
que nos des buenas cosechas  
pa que coma la nación.*

Alabanza a san Isidro

Entre mediados de agosto y finales de mes, si la lluvias se detenían, había que seguirle pidiendo a Dios para que lloviera mucho y la milpa espigara y jiloteara bonito. Por ello había que sacar a pasear a san Isidro, a la Virgen de Amilpa o la del Aguacate, que son la Virgen María en su advocación de la Purísima o la Asunción. Por los campos se veía peregrinar con las imágenes, había que hacer sacrificio y penitencia para que la santa madre de Dios intercediera por la labor, para que no se perdiera la cosecha; los nichos de las imágenes que se paseaban, se adornaban con milpa espigada y flores multicolores del campo, como: charagüezcas, estrellitas, maravillas, catalinas, hiedras, colorines y girasoles. Las alabanzas y cantos pedían, suplicaban con fervor, que la Virgen María hiciera llover a las nubes sobre los maizales. Así la virgen recorría los potreros y los ranchos, llevando la esperanza para que siguiera lloviendo.

Cuando las lluvias caían nuevamente, los rostros de los campesinos, de sus mujeres y de sus hijos, se tornaban alegres, sólo había que esperar unos días para empezar a comer las calabacitas y los primeros elotes tiernitos de maíz canelo o negro. La santa virgen y san Isidro habían hecho el milagro y la gente se alimentaría. Se podía pensar en ir a la función, en qué se compraría para enero o incluso pedir dinero prestado para comprar algunas cosas que hicieran falta.

Ya sólo se tenía que estar pendiente de algunos detalles, como chaponear los callejones, cuidar que no se metiera ganado ajeno a la labor e ir tanteando cuánto se debía a los patrones, si es que se habían rentado bueyes y parcela.

Así terminaba la siembra y el cultivo del maíz, todo un ritual, todo un proceso, toda una serie de acontecimientos, que nos han permitido seguir degustando este valioso grano, que nos ha dado el sustento a la mayoría de familias de las regiones de Jalisco, particularmente en el sur.

## LOS RECUERDOS QUEDAN

*Cuatro milpas tan sólo han quedado  
del ranchito que era mío, hay, hay, hay;  
ya no hay amapolas, ni hiedras ni aromas  
todo se acabó.*

Canción popular mexicana

Con las técnicas modernas que se han introducido, la siembra del maíz se ha vuelto más fácil para algunos campesinos, y para otros imposible de realizar por sus altos costos; sin embargo, la gente del campo añora y recuerda las épocas de la siembra. Para las nuevas generaciones, las palabras, las herramientas, las técnicas y los procedimientos resultan ajenas y extrañas, por lo que los tejabanos y corrales de las casas en el campo se encuentran llenos de instrumentos: arados, coyundas, yugos y bules esperando que los curiosos pregunten para qué sirvieron.

Con la introducción de semillas mejoradas, fertilizantes e insecticidas, la agricultura ha cambiado. Sería cuestionable qué tanto se mejoró y qué se ha perdido. Sin lugar a duda, la siembra tradicional del maíz siempre quedará plasmada en la vida de los campesinos y de quienes nos tocó vivir esa época llena de colores, sabores, olores, sonidos y texturas que se plasmaban desde el momento que se tenían los pies descalzos en la tierra soltando un grano de maíz, escuchar los cantos de los pájaros en el campo, los cohetes, las canciones, las alabanzas; ver y oír cómo cae la lluvia sobre la milpa, ver los campos y la tierra florecer... comer unas tortillas calentadas en las brazas, saborear un ponche de granada viendo las nubes y dormir escuchando a los grillos cantar.

Qué decir de volver a saborear los platillos que se preparaban tradicionalmente con maíz: pozole, enchiladas, sopos, tostadas, tamales, pinole, atole, tacos y tortillas de maíz nuevo; pero para eso hay que pizcar primero las mazorcas, y eso, la pizca del maíz, es otro boleto, que hay luego les cuento.

## PEREGRINACIÓN EN HONOR A LA VIRGEN DEL FAVOR

JOSÉ RAÚL ROBLES BAÑUELOS

El día 15 de agosto, todos los años, en el pueblo de Hostotipaquillo, se realiza un evento que no tiene igual en el estado de Jalisco, se trata de la peregrinación en honor a la Virgen del Favor, que tiene su punto de partida en el rancho llamado El Tequesquite, ubicado a nueve kilómetros de distancia, y que finaliza en la iglesia del pueblo.

La organización del evento se lleva a cabo durante varios días precedentes. Todos los habitantes cooperan con la parroquia en la organización y ponen gran empeño en ello; se puede apreciar en sus rostros la alegría con la que comienzan a adornar las calles y el regocijo que sienten al ver que la fecha se aproxima. El día de la peregrinación las actividades comienzan alrededor de las ocho de la mañana, cuando algunos hombres que cuentan con medios de transporte adecuados se ofrecen para llevar a las personas del pueblo que se reúnen en la plaza para partir rumbo al Tequesquite.

Desde la plaza del pueblo se puede mirar el tumulto de personas que desean participar en el evento que es esperado durante todo el año; de igual forma se puede apreciar a los visitantes, que contentos disfrutan del acontecimiento. También asisten hombres y mujeres que emigraron a otras partes del país y se dan la oportunidad de asistir al evento para agradecer a su patrona las bendiciones recibidas. Los comerciantes de todo el pueblo comienzan a cerrar las puertas de sus negocios desde una hora muy temprana, con el fin de formar parte de la celebración.

El pueblo de Hostotipaquillo es un lugar habitado por familias nobles, donde el vecino suele ser pariente, ya sea cercano o lejano, y donde todas las personas se conocen y se respetan.

En las afueras del Tequesquite, a un lado de la carretera que conduce al pueblo, el sacerdote de la parroquia celebra una misa, a la que todas las personas asisten con mucha devoción, en un pequeño altar que se ha erigido al aire libre exclusivamente para la realización de este evento tan trascendental. Los habitantes del rancho del Tequesquite también se unen al festejo y colaboran con la preparación del altar; asimismo, antes que la misa de inicio, se pueden apreciar a algunas personas vendiendo jugos, tamales y todo tipo de alimentos para los peregrinos que han salido de casa sin desayunar.

Todas las personas escuchan la misa de pie, y mientras ésta transcurre, siguen llegando personas de todas partes. Una vez concluida la misa, comienza a organizarse la peregrinación. Los hombres y mujeres integrantes de la danza se acoplan al frente para dirigir a la virgen vestidos con plumas y penachos que asemejan a las vestimentas utilizadas por los indios que habitaron aquellas tierras siglos atrás, junto con la banda de guerra, cuyos integrantes caminan vestidos con golpes en los hombros, guantes en las manos y boinas blancas reluciendo sobre sus cabezas, además de los acólitos y el sacerdote de la parroquia que, acompañado de un altavoz, va dirigiendo los rezos y los cantos en honor a la virgen celebrada, que será cargada por los peregrinos hasta llegar a su iglesia y se irán turnando para cumplir esta labor.

A pesar del sol que se posa radiante y que parece estar a punto de quemar los campos con sus rayos luminosos, la gente del pueblo prefiere caminar sobre la carretera sin hacer uso de gorras o sombreros, con el afán de no faltarle al respeto a la patrona de su parroquia.

La fila de hombres y mujeres que va tras la virgen parece no tener fin. Entre los integrantes se pueden apreciar a personas de todas las edades y condiciones físicas y sociales; pareciera que este evento sirve para estrechar y asegurar los lazos de igualdad y hermandad entre las personas que caminan como hermanos tras la Virgen del Favor.

A la vez, muchas personas aprovechan para cumplir sus mandas, promesas hechas a la virgen a cambio de algún favor que se le ha pedido en un momento de desesperación, como la recuperación de algún familiar enfermo o el restablecimiento en una crisis económica. Muchas personas hacen estas mandas; algunos prometen asistir al evento a pesar de todas las adversidades, sin importar la distancia o las limitaciones cotidianas; otras personas prome-

ten asistir y hacer algún tipo de donación a la parroquia o alguna aportación de caridad para las personas con menos recursos en el pueblo; hasta hay quienes prometen caminar descalzos durante todo el recorrido a manera de demostrar su fe y el agradecimiento para con la virgen.

Los campos se hallan verdes a ambos lados de la carretera, los sembradíos y la flora natural sirven de adorno para el evento, junto con las grandes montañas que se pueden divisar y que pertenecen a la Sierra Madre Occidental, pues en el pueblo la mayoría de las personas se dedican a la agricultura y algunas otras a la ganadería. Se aprecian, pues, los cerros llenos de nopales, guamúchiles, ciruelos, guayabas, entre otros grandes árboles, como el roble, que adorna una gran parte del trayecto que la virgen recorre, en un tramo que es bien conocido como La Roblada. También pueden divisarse algunos arroyos y se aprecian muchas especies de la fauna del lugar durante el recorrido.

En el trayecto de la peregrinación, hay nueve cruces que han sido distribuidas adecuadamente para el evento. Estas cruces son estaciones donde se detendrán a rezar y, de esta forma, tomar un breve descanso, pero nadie se atreve a sentarse en ningún momento.

Las personas del pueblo van al evento preparadas apenas con ropa ligera y calzado cómodo, además de un recipiente con agua, misma que se calienta a causa del clima que se vuelve excesivamente cálido al mediodía.

La banda de guerra de la parroquia, que se coloca tras la danza, también armoniza el ambiente con sus marchas, efectuadas con sus trompetas y sus tambores; los niños que la integran no son mayores de doce años, y sin embargo muestran gran resistencia ante el cansancio, pues son fieles a su pueblo y no están dispuestos a rendirse ante las adversidades. Es una gran muestra de honor y devoción ante la virgen.

Una camioneta avanza al frente de la peregrinación para custodiarla, así como otro vehículo atrás con el mismo fin.

A lo largo del trayecto se colocan algunas personas con sus carros y camionetas cargados de galones de agua para los sedientos peregrinos que llegan a un punto próximo de la deshidratación, así como también para ayudar en caso de algún accidente o emergencia, como una persona desmayada o demasiado cansada para seguir avanzando, como los ancianos del pueblo que, a pesar de su condición física limitada, no se sienten incapaces de asistir a

este evento que lleva décadas efectuándose en el pueblo y que para ellos tiene gran significado.

La gente se siente orgullosa de pertenecer a aquel pueblo tan pintoresco. La gente se siente una sola persona que tiene como único el celebrar esta fiesta y ser fiel a sus creencias, que les han sido inculcadas por sus padres y que han trascendido de generación en generación.

De esta manera es como realizan su trayectoria, deteniéndose en cada una de las estaciones, los danzantes bailando y la banda de guerra tocando y marchando, junto con toda la gente que canta y reza a la par que el sacerdote, que toma la batuta para el evento.

Los hombres toman a sus hijos y los cargan en hombros, aunque tampoco es raro observar a mujeres que avanzan entre las personas provenientes de todos los rincones del país con niños en brazos.

La duración del recorrido es de aproximadamente tres horas, las personas se aprecian sonrientes, felices, así como acalorados a causa del sol y en sus rostros se aprecia el bronceado que éste produce, empapados de sudor y con la piel y los ojos rojos como consecuencia del esfuerzo.

Aquellos que prometieron avanzar descalzos durante el trayecto en ningún momento dejan quebrantar su espíritu y aunque el pavimento de la carretera esté a punto de fundirse bajo el sol abrazante y sus pies comiencen a sangrar por el martirio, siguen avanzando al mismo ritmo que lo hace la demás gente del pueblo. En los corazones de los habitantes de Hostotipaquillo hay alegría, satisfacción y orgullo.

Cuando la peregrinación comienza a asomarse a las cercanías del pueblo, empiezan a escucharse los estallidos de los cohetes y las ristras de éstos, que son fabricados en el mismo pueblo; las personas que se vieron imposibilitadas a asistir hasta el Tequesquite para el evento se unen a la peregrinación cuando ésta aparecen en las orillas del pueblo.

La calle por la que avanza la peregrinación se llena de personas. Los cantos retumban en el lugar y las campanas de la iglesia comienzan a repicar con toda la fuerza del mundo, ejecutadas por el sacristán de la parroquia. Las calles que recorre la virgen antes de internarse en el templo han sido previamente aseadas y adornadas con papeles blancos y azules y con flores de varias formas.

Es así como la virgen se interna en el templo vestida con sus mejores ropas, en una peregrinación donde las personas se olvidan de sus diferencias y se convierten en hermanos, en medio del repique de las campanas, los cantos y los estallidos de los cohetes. Dentro del templo siguen retumbando los tambores y las trompetas, las personas no escuchan sus voces ante el ruido ocasionado por la banda de guerra con sus instrumentos y los danzantes con los cascabeles atados a sus pies.

La iglesia de Hostotipaquillo es un edificio de gran tamaño, construido por los indios en los tiempos de la Colonia. Sus amplias paredes están hechas con piedra de cantera y poseen grandes vitrales, con imágenes de la última cena, la crucifixión de Cristo y algunas ceremonias del pueblo. También existe un vitral de un sacerdote instruyendo a los indios en los conocimientos religiosos.

Las bancas de la iglesia se llenan de personas y aún se puede apreciar que sigue entrando más gente y que algunas personas, que también han venido al evento para cumplir su manda, entran de rodillas al templo y llegan hasta el altar, hacen una reverencia, se persignan y se levantan. Otras personas lloran de la emoción que el evento produce en sus corazones, mientras que algunos visitantes observan asombrados la ceremonia, agradecidos con Dios por haberlos dejado ser partícipes de aquella tradición tan solemne y exquisita.

Se toman cientos de fotografías por los visitantes al templo que es grande y maravilloso, con sus santos, sus pinturas y su decoración impecable, así como también toman fotografías a la virgen celebrada y a la gente que es muy devota. El templo se llena de personas y pareciera que ya no cabe siquiera un alfiler.

De pronto, los cantos se detienen junto con la danza y la banda de guerra, se escuchan una pequeña campana maniobrada por uno de los acólitos y todas las personas se hincan para escuchar la oración que el sacerdote dirige, así como las alabanzas y las súplicas que al pueblo le conciernen.

La virgen es postrada sobre una mesa adornada con manteles blancos y rosas, que se halla al alcance de todas las personas. Cuando la oración termina, vuelven a iniciar los cantos, mientras que toda la gente del pueblo hace una gran fila para avanzar hacia la virgen, observarla de cerca y darle un beso a manera de alabanza y agradecimiento por la vida.

Es así como la peregrinación termina, aunque la mayoría de las personas prolongan su estancia en la iglesia para rezar a la virgen y pedirle algún favor, que están seguros podrá concederles.

Sin embargo, no es aquí donde concluye el festejo, pues luego de la peregrinación, los habitantes del pueblo llegan cansados y hambrientos a sus casas, donde se celebra una comida en la que se reúne toda la familia y conversan en la sobremesa durante horas, pues en la mayoría de las casas hay visitas de familiares que vienen de muy lejos y tienen mucho que contarse.

Por la noche, la gente del pueblo y los visitantes van a la plaza para comer alguno de los antojitos que se venden en el lugar, como churros, buñuelos, papas, entre muchas otras cosas.

Es así como se celebra a la Virgen del Favor cada 15 de agosto en el pueblo de Hostotipaquillo, un lugar de grandes paisajes habitado por personas amables, que siempre esperan a los visitantes con los brazos abiertos para compartir con ellos su celebración.

## TENDIDO DE CRISTOS

MARTHA ELVIRA GARCÍA GONZÁLEZ

Gozaría de escasos 14 años, una adolescente inquieta con ideas, de esas que se llegan a la mente cuando estás en esta etapa de la tan llamada e incomprensible «adolescencia». Era un viernes santo por la tarde cuando yo, junto con mis papás y mi familia, nos preparábamos para ir a visitar «el tendido de Cristos», una tradición tan propia de mi pueblo, de mi pueblo, que hasta ese día había pasado como algo ordinario para mí. Salimos de casa e iniciamos un «recorrido mágico» (como lo llamo desde aquel día), el cual se convirtió en un recuerdo que quedó en mi memoria, y es que dicen que los recuerdos son los ojos del alma, y el alma es la esencia del ser humano. Puedo decir que aquella noche contemple, a esa edad, esa esencia, y que año con año desde aquella noche renace en el momento oportuno.

Así pues, mi familia y yo comenzamos a recorrer los hogares en los que se tienden los Cristos, imágenes del Cristo, en la cruz, en sus momentos de agonía. Estos crucifijos han logrado superar el curso del tiempo, y es que algunos tienen más de 300 años de antigüedad; algunos son pequeños, de unos cuantos centímetros; otros son obras majestuosas de metro y medio. La mayoría son de material de pasta de maíz.

Se ha dicho que esta tradición tiene su origen desde la época de la Colonia. Para los propietarios y para las familias de los Cristos es una tradición que se les ha heredado, que les ha permitido transmitir valores familiares y que han conservado en el correr del tiempo, cada generación ha aportado una muestra para preservar la tradición.

Toda la preparación de esta fantasía, de esta tradición del pasado, comienza desde aproximadamente dos semanas antes con la siembra de los na-

cidos, trigo en macetas de diferentes tamaños. El viernes santo empieza la preparación del gran día. Por la mañana, muy temprano el hombre mayor o en su caso el jefe de la familia procede a bañar (sólo limpiar) la imagen del Cristo con un tramo de tela suave; después procede a cambiar el sendal. Solo cada viernes santo el Cristo es bañado y cambiado su sendal, pues cada año algún integrante de la familia borda y cose el sendal. Este integrante de la familia lo regala porque ha pedido al Cristo un favor (milagro) y éste ha sido concedido y él retribuye el gesto con el regalo de dicho elemento. El Cristo está listo, ahora se debe preparar la habitación principal de la casa, que será arreglada para tender el Cristo y esa noche será visitada por propios y extraños. Se han traído ramas del árbol del laurel del cerro, también se han traído ramas grandes de sabino, que nace a orillas del río por tener una textura característica. También se han preparado varas de manzanilla para que su olor se esparza por la habitación. Las ramas del sabino y del laurel, así como la manzanilla, se colocan alrededor de la habitación y en el piso, y ahí se le agregan ramas de alfalfa fresca. Después se coloca el Cristo con toda su magnitud y dimensión en el piso, los nacidos son esparcidos en toda la habitación y posteriormente se colocan veladoras que significan la guía para encontrar el camino correcto después de la muerte o la luz que hay que seguir después de morir. Se ponen algunas plantas de col simbolizando la espuma de mar; así como el mar inmenso así es nuestra vida. Otro elemento importante son las naranjas agrias, a las cuales se le colocan clavos de olor (especies que se utilizan en la preparación de algunas comidas), se agrega incienso, que junto con las naranjas darán un dócil olor a la habitación y a la vez aromatizarán el lugar. Una vez colocado el col, las naranjas, los nacidos, el incienso y lo demás, se coloca a un costado del Cristo una imagen de la virgen dolorosa, que observa con dolor de madre a su hijo que yace muerto en la cruz. Se ponen dos palomas habaneras en una jaula para que con su canto triste, anuncien a cada visitante que es noche de silencio, de tristeza, de arrepentimiento y de luto, porque Cristo reposa en su cruz, en el piso y esta noche el salvador yace muerto.

Todo esto se prepara y se tiene listo en todos los hogares donde se tienen los Cristos alrededor del mediodía del viernes, porque durante la tarde y toda la noche en el pueblo las familias visitan a los Cristos y las calles se

convierten en un peregrinar de personas de todas las edades. Algunos hogares aún conservan teja, adobe, pero esta noche es el gran día, día de tender a su Cristo... porque será visitado ante el asombro de propios y extraños. Cada Cristo en su magnitud, en su lecho de hogar de familia, reposa cada año para esperar a cada visitante que llega ante el, pide un favor y le hace alguna oración. El visitante se retira con la convicción de que el próximo año... el viernes santo volverá a verlo...

Mi familia y yo recorriamos los Cristos uno por uno. No recuerdo exactamente cuántos habríamos visitados hasta aquel momento, cuando comenzamos a visitar los Cristos en el barrio de la flecha, el barrio donde vivo, donde nací y donde crecí. Este barrio que se afirma fue la zona de los primeros pobladores de mi pueblo, quizá por eso los Cristos más bellos y antiguos se encuentran ahí.

Entramos a la casa de mi Chayo (así llamamos de cariño los vecinos a esta anciana). Ella posee unos de los cristos más antiguos y más impresionantes. Éste se tiende en una morada humilde a unos pasos de mi hogar. Entré a la casa de mi Chayo y caminé a la habitación principal a la ya acostumbrada habitación que año con año yo visitaba. Esperé a unos cuantos pasos, ya que había personas que entraban y salían de la habitación silenciosamente. Alcansé a percibir el canto de las palomas habaneras, su canto triste, mientras caminaba acercándome a aquel altar en la habitación donde reposaba aquel Cristo portentoso, de casi un metro, rodeado de todos sus elementos y cada uno de ellos colocados en el lugar correcto. La habitación estaba en silencio, el aroma del incienso aromatizaba aquel lugar; en una esquina, en dos sillas pequeñas, sentados dos ancianos, los dueños del Cristo de más de 70 años cada uno. Ellos se limitan a sólo dos cosas: contemplar su Cristo con una mirada cansada por los años, por la vida, pero una mirada llena de alegría de gozo, de deleite, porque quizás se decían aquellos ancianos en silencio un año más y cumplimos con tender nuestro Cristo, un año más y estamos juntos para ver a nuestro Cristo en su gran día. Personas entraban y salían, algunas permanecían más tiempo que otras de pie contemplando al Cristo. Yo permanecía de pie como si el tiempo se hubiese detenido; de pronto alguno de los visitantes, con voz lo suficiente fuerte como para algunos escuchar, preguntó a los ancianos: ¿son ustedes los dueños originales del Cristo? Quizá su pregunta fue tan es-

pontánea por verlos tan ancianos y tan fieles postrados junto a su Cristo, contemplándolo. La anciana contestó: ¡No! Pasó a mí porque era de mi madre, ella me contaba que mi abuela se lo había heredado a ella, mi abuela no poseía cosas de valor y cuando murió en su lecho de muerte dejó el Cristo a mi madre por ser lo único de valor para ella. Dicen que quizá sea de cinco o seis generaciones con la mía, son los que ha permanecido el Cristo en mi familia.

Cuando la anciana relataba esto a la persona que le había preguntado, se me vino a la mente e imaginé cómo pudo ser cuando aquellos primeros pobladores de mi pueblo iniciaron esta tradición hace más de 300 años. Ellos sin saberlo o quizá sabiéndolo, comenzaron a formar y a escribir no su historia ni su identidad, sino nuestra historia y nuestra identidad. Me imaginé cómo ellos desde una dimensión diferente dieron nacimiento a esta tradición; imaginé cómo aquellas familias humildes realizaron algo tan insustituible como una herencia palpada en una tradición; cómo ellos lograron incorporar cada elemento, cada significado, cómo serían aquellos recorridos de cada viernes santo; cómo lo hacemos nosotros hoy año por año; qué pasaría por su mente al darnos a nosotros esta tradición, al heredárnosla, qué habrá pasado todas esas generaciones que para llegar a lo que hoy es tuvieron que superar nuestra tradición. Vino a mi mente que quizá tuvieron ellos la virtud de lograr y de darnos a nosotros una identidad propia, nos dieron un pasado, pensaron en nosotros como futuro, pensaron que así nosotros lograríamos amar nuestro terruño y finalmente no sólo eso acertaron, sino que nos dieron algo más allá, que es una tradición; nos dieron una integridad. En aquel momento, aquella noche, entendí que mi pasado se vinculaba ahí con mi presente y que esto marcaría mi futuro, que me marcaría como persona porque viví ese momento, porque vivo el resultado del esfuerzo de ellos por darnos un pasado. En aquel momento sabía que no entendía tantas cosas que pasaban por mi mente, pero que compartía la dicha de aquella noche de creer en mi esencia de ser humano, de valorar y amar a mi tradición.

Entendí que la conservación de esta tradición también es el resultado de la dedicación de la humildad humana, de las familias de mi pueblo y de la responsabilidad de todas las generaciones que una por una han logrado tejer la historia y conservar en toda su plenitud esta tradición de «Tendido de Cristos». Después de estos años vuelvo a vivir aquel «recorrido mágico» y

puedo admirar y me llena de satisfacción cada año ver a personas de todos los lugares que vienen a admirar esta nuestra tradición. Puedo ver familias con niños de todas edades, padres ya ancianos. Todos ellos año con año, formamos juntos la historia de mi pueblo, y tal como aquella noche que descubrí la importancia de mi tradición, hoy después de aquel día puedo afirmar que he vivido en un tiempo sin igual, vivo cada año mi tradición y lucho por aferrarme a ella como aquella noche. Puedo decir que soy testigo de ella, al pasar de los años entiendo y comprendo todo el ritual que se realiza para tender el Cristo, porque de alguna u otra manera, desde pequeña lo sabía pero no lo entendí hasta aquella noche y año con año nunca dejaré de aprender y mientras continúo aprendiendo debo permitirme vivirla y sentirla como aquella noche, pero lo que me llena de satisfacción es que percibo la siembra del reconocimiento de una tradición que atravesara tiempos y épocas como hasta ahora, pero sobre todo hoy me llena de orgullo decir que soy parte de esta estación del tiempo y la tradición de mi pueblo, que aún tiene mucho que dar para el mundo. De aquí de mi terruño, de mi pueblo, de este que ha luchado por quedarse en el tiempo, tengo la certeza que esta tradición tiene un destino brillante y espera ansiosa y en silencio el reconocimiento que no tardará en llegar, y espero que mi tiempo y que la vida me permita ver ese momento.



## LA MATINÉ

FRANCISCO RODRÍGUEZ PEÑA

Apúrale, muchacho de porra, tienes más calma que el mes de agosto. Cuando yo estaba de tu edad, nunca me cantaba el gallo en la cama, porque en cuanto Dios amanecía, tu abuelo que en paz goce ya nos traía al trote a todos los de la casa.

Quien esto así decía, era mi madre que apenas hace pasadito un mes Dios Nuestro Señor se la llevó a su santo reino. Hasta parece que la oigo con la misma letanía, y es que como cosa hecha adrede, los maestros de la escuela me escogían junto con mis dos hermanos para que saliéramos en La Matiné, que cada 15 de septiembre se celebraba en el Teatro San Juan de mi hermoso pueblo de Mascota. Dicho teatro está convertido hoy día en el Cinema Esther Fernández, una agraciada muchacha de por acá, que allá en los años cuarenta fue una refulgente estrella del celuloide, durante la época de oro del cine nacional.

Lo bueno para mí era que esa sería la última ocasión que saldría en aquella «mojiganga», como yo llamaba en tono burlesco a aquella celebración, ya que desde mi punto de vista, no tenía la importancia que los demás le daban. Como entonces cursaba el sexto de primaria, la mera verdad que ya me tenían hasta el copete con su dichosa fiestecita.

Pocos días antes de aquella fecha tan señalada, mi hermanita que andaba que no cabía en sí de gusto, porque era la primera vez que saldría en aquella festividad, le preguntó:

¿Oiga, madre, La Matiné a qué se debe y para qué sirve.

Ella, sin dejar de peinarla, le contestó:

—Mira, «mija», pues por lo que yo sé, es una tradición que según me

contaba mi abuelo Epitacio, viene de varios siglos atrás y sirve para honrar y rendir homenaje a los héroes que nos dieron patria y libertad.

Enseguida, mientras buscaba un listón con los colores patrios para adornar con él, aquel peinado tan bien hecho agregó:

—Hoy, desgraciadamente, esa y otras tradiciones empiezan a desmerecer año con año y no es nada remoto que algún día, si no se hace algo por conservarlas, se pierdan para siempre.

Era esta una celebración que llenaba de orgullo a todos los padres de los escolares y como el que se moja temprano tiempo tiene de secarse, desde un mes antes se empezaba a ensayar, con el fin de que todo saliera mejor que bien.

Poquito antes de que mi madre acabara de emperifollarla, la niña le hizo esta pregunta:

—Bueno, y a todo esto, ¿eso de La Matiné qué quiere decir?

—Pues según me han contado gentes con más escuela que yo, la palabra ni siquiera pertenece al idioma español, sino que viene del francés, y quiere decir obra teatral que se representa en un teatro en horas de la mañana. Pero no me creas a mí, mejor date una vuelta por la biblioteca pública y de seguro sales de la duda, porque has de saber, que mata más una duda que un desengaño.

Aquella tradición se había convertido con el pasar de los años en una reñida competencia entre las dos escuelas públicas del pueblo, una de niños y otra de niñas, y a cuál más de los maestros de dichas escuelas, hacían hasta lo imposible con tal de que sus alumnos quedaran mejor que sus competidores, dando por resultado que la famosa Matiné fuera esperada como agua de mayo por toda la población. Sabiendo que al que madruga Dios le ayuda, ese día era de levantarse temprano para alcanzar lugar, ya que como la entrada no costaba un solo centavo, el teatro se llenaba desde mucho antes que comenzara la función.

La fiesta daba inicio a las once de la mañana en punto, y desde una hora antes, un conjunto de cinco muy buenos filarmónicos, conocido como el «Quinteto Mascota», ya estaba alegrando a la concurrencia. Estar en aquel recinto era un verdadero privilegio.

Llegando el momento de comenzar, el señor presidente municipal, flanqueado por los regidores, la reina de las fiestas patrias, sus princesas, los cham-

belanes y embajadoras de los pueblos vecinos, hacía uso de la palabra, explicando el motivo de aquella celebración. Acto seguido, con un respetuoso silencio de parte del público asistente, los músicos y coros de las dos escuelas entonaban las estrofas de nuestro hermoso Himno Nacional y enseguida la famosa Matiné daba comienzo.

Ya dio muchas vueltas el mundo desde aquel entonces y como dicen por «ay» que recordar es vivir, yo añoro de vez en cuando aquellos años felices de mi infancia y veo con tristeza que muchas de nuestras tradiciones, tal como lo vaticiné mi madre, han pasado a ser cosas del ayer, y doy en parte la razón a los amigos que aún quedamos en pie, cuando me alegan que todo el tiempo pasado fue mejor.

Algo que tengo muy presente es mi última participación en aquella tradición hoy desaparecida, en la que los alumnos de ambas escuelas dimos lo mejor de nosotros, luciéndonos con las poesías, cantos y bailables alusivos a los bellos estados de nuestro México; pero lo que se quedó grabado en mi memoria y nunca olvidaré mientras Dios no me acorte los pasos, es aquella minúscula pero hermosísima poesía recitada por un pequeño alumno de párvulos, que asistía por primera vez a la escuela para aprender el «silabario», como se le llamaba entonces al alfabeto.

Aquella para mí inolvidable poesía decía así:

Augusta y generosa patria mía,  
hogar de todos los nobles mexicanos,  
hoy al unísono, en este hermoso día,  
reunidos en este recinto como hermanos,  
hinchidos de fervor y de alegría,  
a tus gloriosos héroes veneramos.

Al final, con una tierna voz que resonó en aquel hermoso teatro, exclamó:

¡Viva México!

A lo cual todos repetimos en coro:

¡Qué viva!



## LOS MOROS DE ZACOALCO

JOSÉ CASTRO GUTIÉRREZ

Zacoalco es un lugar pintoresco, como muchos de Jalisco, que tienen una antiquísimo origen prehispánico. Su nombre proviene del náhuatl: Tzacualco, que significa: «agua encerrada». Posiblemente nuestros antepasados indígenas eligieron ese nombre porque se establecieron cerca de una bella laguna, cuyo espejo de agua actualmente se encuentra en agonía: salvado milagrosamente cada año por el temporal de lluvias. En el lago se han encontrado restos de cerámica de nuestros tatarabuelos indígenas y osamentas fosilizadas de mamut y de otros animales prehistóricos.

Las tribus nahuas fueron las fundadoras de nuestro pueblo, hace tantos siglos, que ya no sabemos con precisión cuándo fue que llegaron a esta tierra tan bella, de la cual nos sentimos muy orgullosos, por sus hermosos paisajes, sus antiguas tradiciones y artesanías, que aun en este siglo XXI, continúan vivas. Esta sociedad es muy singular y lo más importante, estamos muy orgullosos de su gente: cálida, amigable, trabajadora, emprendedora y amante del progreso, pero ante todo respetuosa y conservadora de sus fiestas y tradiciones ancestrales rica herencia cultural de nuestros antepasados, que nos identifica como un pueblo *sui generis*, entre todas las poblaciones jaliscienses.

Los frailes franciscanos fueron los que realizaron la conquista espiritual a mediados del siglo XVI. Evangelizaron con amor y humildad a los naturales que vivían ya en este pueblo; la parroquia del pueblo está dedicada a san Francisco y fue construida de macizas paredes y bóvedas de piedra. Una sólida torre, edificada con cantera que impenetrable ha superado el paso de los siglos y las fuertes sacudidas de muchos temblores, que no han podido derribar ni una sola de sus canteras, vigila desde las alturas todo el pueblo.

En la actualidad se conserva una bella tradición, que tiene sus orígenes en nuestro orgulloso pasado indígena. Se relaciona con la fiesta del santo patrón san Francisco de Asís, que se celebra el 4 de octubre.

Existe en el pueblo una cofradía llamada de los moros, que en cuanto termina la fiesta del santo patrono, se comienza a organizar otra fiesta e inician otro novenario, durante el cual un grupo numeroso de fieles devotos llevan en andas una imagen antigua y pequeña del santo, llamado popularmente San Francisquito.

Durante el novenario, acompaña hasta la parroquia a mediodía a dar las 12 con la campana mayor, música y cohetes a la imagen; pasado este ritual, regresan la imagen hasta una casa, en la que una familia, diferente cada uno de los días del novenario, la recibe con especial algarabía, organizando una fiesta cada uno de los días.

Cuatro muchachos, montados a caballo y vestidos a una usanza morisca, flanquean en todo momento al santo; su atuendo consiste en una corona grande y esférica, elaborada con carrizo en su base, para que no sea un artefacto pesado y que pueda obstaculizar sus movimientos. La corona va cubierta totalmente de flores de papel en colores vivos: rojo, amarillo, azul, rosa, violeta o naranja; además, los carrizos van forrados de papel dorado o plateado; remata la corona una media luna o una estrella, quizás como una vaga reminiscencia de la invasión de los árabes a España. La cara de los moros va cubierta con un paliacate, sólo se les puede ver sus alegres y expresivos ojos color café oscuro, que nos comunican la felicidad que experimentan al haber sido seleccionados como moros aunque sea por un día. Sobre sus espaldas los moros lucen una gran capa de terciopelo rojo, llena de hermosas figuras bordadas con lentejuelas y que deslumbran con el sol de mediodía, la vista de todos los que con admiración y envidia observan el paso de la nutrida comitiva.

Acompañan al alegre convite una chirimía y un tambor, que son interrumpidos constantemente por el estruendo de los cohetes, que anuncian el paso del convite. La chirimía es una pequeña flauta prehispánica que produce un sonido agudo y monótono, e interpreta en forma incesante melodías tradicionales durante el recorrido diario de los moros, pero que a los zacualquenses nos parece muy alegre y bonito. La toca un anciano que gusta de preservar las tradiciones y que enseña las melodías a los jóvenes, para que continúen con-

servando, con gusto y con amor a las tradiciones populares de nuestra gente. El tambor acompaña a la chirimía con un ritmo repetitivo, pero que se acopla perfectamente a la melodía y que los de Zacoalco identificamos inmediatamente. Los niños, especialmente, gritan llenos de alegría cuando escuchan la música y los cohetes: ¡Ahí vienen los moros!, y salen corriendo a la puerta de su casa a observar con curiosidad y admiración el paso del convite. Los mayores, ya ni se diga, muchos se unen a la comitiva, en cualquier lugar de las calles, aunque ya casi se encuentren cerca de la ramada.

La familia que recibe en su casa la imagen del santo se ha preocupado especialmente por levantar un altar en honor a san Francisco. El altar se conforma principalmente de frondosas ramas de árboles de la temporada y se adorna con flores. Durante el mes de octubre se dan en el campo unas bellas flores silvestres de color amarillo, llamadas tacotes, con las cuales se adorna el altar, al que generalmente le agregan un espacio considerable de sombra bajo la cual se reúnen las personas que asisten a visitar al santo. A este altar se le llama «La ramada».

Los organizadores del festejo diario reciben amablemente a todas las personas que quieran asistir a rezar ante la imagen del santo. Durante todo el día se les recibe con unas «cuelgas» que constan de un collar de colaciones envueltas en un papel de color rosa mexicano y blanco.

Por la mañana se ofrece pan «tachihual» y atole de masa endulzado con piloncillo. El pan es un rico manjar de la cocina mestiza zacoalquense. Se elabora con harina de trigo y levadura. Al salir del horno se adorna con betún de color blanco y rosa o con piloncillo. Cualquiera de estos panes que elijas ¡es delicioso!

A la hora de la comida, se ofrece a los asistentes a la ramada el menú clásico y tradicional de la ancestral comida zacoalquense; primero se sirve un plato con sopa de arroz, adornado con rodajas de huevo cocido y rajas de chile jalapeño. A continuación se reparte un plato con picadillo. Éste es un guisado preparado con carne de res, verduras y chiles rojos, mismos que le dan un sabor y un color muy particulares. Todo esto es acompañado con tortillas de maíz recién hechas.

A los niños y jóvenes se les ofrece para beber agua fresca de diferentes sabores, como de jamaica, piña, horchata o refresco. A las personas mayores y a los moros se les invita desde que llegan unos vasos de ponche de granada,

tamarindo o guayaba, motivo por el cual algunos invitados, al considerar que la comida y el ponche son regalo de los anfitriones, tienden a caer en excesos, principalmente en la bebida alcohólica, lo que conlleva, por desgracia, a que este tipo de celebraciones tan hermosas por tradición, redunden y fomenten de alguna manera la embriaguez, por los abusos en el consumo del delicioso ponche.

Esta bella tradición es el motivo por el cual chicos y grandes se alegran al escuchar la chirimía y el tambor al paso del convite de los moros por las calles de Zacoalco, pues creen escuchar al ritmo del tambor; «atole con pan, atole con pan, atole con pan» y oyen que la chirimía canta: «picadillo y sopa, picadillo y sopa, picadillo y sopa».

## UNA JUDEA INIGUALABLE

NICOLÁS ARREDONDO CASTRO

Hace muchos años, en Zacoalco de Torres, Jalisco, después de la revolución cristera, según me platicaba mi padre, un entusiasta grupo de jóvenes católicos decidieron iniciar una costumbre armando una obra que se llamó «Una Judea», que no era otra cosa que la representación de la vida y muerte de Jesucristo. No se sabe el nombre de quien la dirigió, pero la organizaron en ese entonces varios jóvenes del pueblo, recayendo el papel del nazareno en el joven Eliseo Benítez.

Según me contaron, sólo se realizó un par de años seguidos, dejando de hacerla por un tiempo. Después de algunos años se volvió a presentar de nuevo en la plaza principal o Plaza de Armas, como se le llamaba. En esta nueva presentación el papel del nazareno lo realizó el joven Eufrosino Espinoza, pero sólo fue una vez y ahí quedó.

Mucho después, entre los años 1958 a 1960, el señor Daniel Castillo, originario del barrio de «Las Cebollas» y quien para Navidad preparaba las pastorelas con gente del mismo barrio, decidió en estos años organizar la Judea. La primera vez que la organizó sólo la presentó en su barrio, pero al darse cuenta la gente del pueblo acudió a presenciarla.

Para esta representación, el nazareno fue Manuel de los Santos. Lo que recuerdo es que entre la gente que participó en la Judea, había personas que no sabían leer, pero eso no les impidió prepararse, ya que los diálogos o parlamentos otras personas tenían que leerse para que se los aprendieran. De actuación no sabían mucho, no eran actores, pero tenían el entusiasmo. Sin embargo, el último año que la presentó el señor Castillo, no tuvo mucha respuesta de la gente.

Ante esto, ya para 1962, Eufrosino Espinoza, que ya había participado años antes, decidió retomar la presentación en la Plaza de Armas con algunos jóvenes y señores que ya habían tomado parte con Daniel Castillo en las Judeas anteriores, y también invitó a nuevos participantes. Para esta ocasión el papel del nazareno nuevamente lo interpretó Manuel de los Santos.

Es en este año cuando se invita a personas que ya entendían algo de teatro, como Andrés Beleche, que era un actor experimental y que realizó el papel del judío errante. Es también en este año cuando me invitan a participar, haciendo el papel de Caifás.

La obra estuvo mejor que todas las anteriores, asistió más público a presenciarla. Sin embargo, en lo personal no me quedé muy conforme porque sentí que algo le faltó a la organización y al vestuario que usamos, ya que no estaba muy acorde en algunos personajes. En mi caso, para esta representación hice mi indumentaria de acuerdo con imágenes de personajes bíblicos que fui buscando y me entusiasmó imaginar hacer algo totalmente apegado a lo que estaba viendo.

Me nació la idea para el siguiente año de preparar la organización dándole más realce y capacitar mejor a las personas, seleccionándolas además de acuerdo con la caracterización que harían, diseñando un mejor vestuario y con una escenografía más original.

Pedí apoyo a las autoridades municipales para la mejor realización y se me apoyó únicamente con el permiso verbal y condicionado de que si había destrozos en el jardín sería el responsable y pagaría los daños. Pero como no contaba con recursos decidí no presentarla hasta el siguiente año, por lo que en los últimos tres meses del año de 1963 comencé a reunir lo necesario y en enero de 1964 comenzamos los ensayos.

Primero se hizo la selección del personal según sus características para los personajes. Para ello invité a Andrés Beleche González para que me ayudara como director y con el papel de Pilatos y el del judío errante, quedándome como ayudante del director y con el papel del nazareno. Se les dio a los actores un breve curso de actuación, para mejorar la voz, la mímica, la postura. Se contrató un técnico de sonido para que se cubriera toda la plaza y se pudiera escuchar en todo el primer cuadro del centro.

Se hizo una cruz de más de cien kilos de peso y unas abrazaderas espe-

ciales para sujetar al crucificado, para que diera la impresión de estar clavado, pues contaba con una especie de cabeza clavo que sobresalía y era visible. La señora María Vázquez de Barragán prestó toda la utilería.

La organización se hizo sin entorpecer los actos religiosos en el templo, incluyendo los ensayos. El día del ensayo real se pidió una cooperación voluntaria para ayudar con los gastos que se originaron, pero no fue mucho lo que se reunió algunos barrios del pueblo cooperaron haciendo los tablados.

La escenografía la realicé personalmente tratando de hacerla lo más original posible. El día del ensayo el lugar fue insuficiente, de esa manera las personas que asistieron corrieron la voz de que esta Judea era diferente a las otras.

Se modificó el libreto, con textos más originales y apegados a la Biblia, desde el Domingo de Ramos hasta la Crucifixión. Esta Judea tuvo el nombre de «Vida, pasión y muerte de nuestro señor Jesucristo».

En esta presentación participaron más de cien personas. Lo que llamó la atención fue que los azotes al nazareno fueron reales. No sé exactamente cuántas personas asistieron a ver la Judea, pero mi satisfacción fue que esta presentación fue mejor realizada y mejor entendida por parte del público y con ella se contribuyó a que los cristianos se dispusieran mejor a la celebración de la Semana Santa. Tuvimos muchas felicitaciones y el comercio del pueblo se benefició por tanta gente que acudió.

Para el siguiente año no la presentamos, porque Vicente Chávez se adelantó para pedir permiso a las autoridades, él mismo fue el director y el nazareno. Pero algo pasó, no fue igual, tal vez porque ahora yo era espectador y no actor, no lo sé, sólo sé que no fue lo mismo. Sabiendo que el año anterior lo habíamos dejado muy en alto y se vino abajo, me hice el propósito de superarla en todos los aspectos.

Para esta ocasión me eché a cuestras la dirección de la obra, así como la escenografía y el papel del nazareno. Como ayudante de dirección tuve a Eugenio Sánchez Beas y a Andrés Beleche, que ahora sólo apoyó con su papel del judío errante. En el vestuario femenino y la utilería nuevamente nos apoyó María Vázquez de Barragán. Para esta ocasión los barrios ya no apoyaron con los tablados ni tampoco encontré a nadie que quisiera prestarnos tablas o vigas, y tuve que comprar toda la madera necesaria para hacer los tablados.

El personal me ayudó a elaborar los escenarios. Los hicimos con puentes de un tablado a otro, menos el escenario de la crucifixión, que fue independiente. Esta vez los escenarios lucieron mejor.

Para esta ocasión se mandaron hacer invitaciones impresas y se repartieron a varias presidencias municipales del sur de Jalisco; además, repartimos volantes no sólo en Zacoalco sino en Guadalajara, con los hijos ausentes, y se utilizó la radio para hacer más difusión en Ciudad Guzmán, Guadalajara y Ocotlán. Pegamos carteles con la intención de hacer una gran publicidad.

Para esta ocasión la organización y la gran responsabilidad que me eché a costas hicieron que mis ayunos fueran más notorios, pues perdí varios kilos de peso. Esto lo resentí al cargar la cruz, la misma que se utilizó la vez anterior, en 1964, ya que la sentí más pesada.

De esta última Judea que presenté, lo que recuerdo como si lo estuviera viendo fue el mar de gente en toda la plaza principal. Fue imponente ver a toda esa gente y su respuesta, incluso tengo en mi mente las imágenes de personas arriba de los árboles buscando un mejor lugar para presenciar el juicio de Jesús. ¿Que cuánta gente era? No lo sé, pero sí sé que mi propósito de superar la Judea anterior, tanto la que hizo Vicente Chávez como la que hicieramos en 1964, se estaba cumpliendo, ya que no eran cientos, me atrevo a decir que eran miles de personas las que en silencio, que era lo más sorprendente, presenciaban la representación.

Pero lo que tengo más grabado en mi cabeza es el peso de esa cruz, ya que en la escena del camino al Calvario la sentí demasiado pesada. Esta vez sentí que no llegaría con ella al lugar de la crucifixión, pero al ver tanta gente llorando de verdad, que veía el sacrificio auténtico que hacía, y el pensar en toda esa gente que hizo el sacrificio de acudir a presenciar la Judea, le pedí a Dios fuerzas para lograr la realización completa de la obra, ya que en lo personal quería que se diera a conocer mejor la vida de nuestro señor Jesucristo y acrecentar el fervor cristiano; de esta forma habría fructificado el pequeño esfuerzo de esta realización.

Llegué al escenario de la crucifixión muy agotado y me acostaron para ponerme las abrazaderas para sujetarme en la cruz. Al levantarme en ella escuchaba el llanto de muchas mujeres, así como de las que actuaron. María

Guadalupe Sánchez Díaz, que hizo el papel de María, realmente se veía que sentía el dolor de una madre.

Al ir levantando la cruz, sentí algo indescriptible que no sentí la vez anterior. Como que no era yo, y vino a mi mente el suplicio que padeció Jesús y me compenetré tanto que inmerecidamente me sentía él. Al contemplar aquella multitud, aquel mar de gente que llenaba toda la plaza sin dejar un solo hueco, escuchando el parlamento del judío errante pidiendo perdón a Dios por sus ofensas, me volví a rehacer para pronunciar las siete palabras.

De mis ojos también brotaban lágrimas incontenibles y con voz entre cortada pronuncié las palabras finales: «Todo está consumado», dando gracias a Dios mentalmente por habernos permitido cumplir a los más de 35 actores que nos preparamos y que todo nos salió bien. Al inclinar la cabeza en señal de muerte sólo sentí la lanzada en mi costado y ya no supe de mí. Estaba entumido y mi cuerpo quedó colgado de las manos presionadas por las abrazaderas.

Varios minutos después, hasta que terminó todo, me bajaron de la cruz y al ver que estaba inconsciente me llevaron de inmediato a la sacristía para darme auxilio. No pude presentar el cuadro de La Piedad que era el final después de bajarme de la cruz.

Me dijeron mis compañeros actores que la gente no se movía de su lugar porque se dieron cuenta de lo que pasó y esperaban saber qué sucedía. Cuando me restablecí acudí al escenario para hacer la presentación del personal que tomó parte poniendo todos lo mejor de sí mismos. Jamás había escuchado y presenciado y nunca más lo escucharé un aplauso tan largo y de tantísima gente.

Una vez más habíamos dejado muy en alto el nombre de Zacoalco, porque en los programas se decía: «Zacoalco de Torres invita a su Semana Santa a lo vivo».

No fui yo ni el cuadro de actores quienes invitaron, le dimos el lugar a mi pueblo, aunque económicamente salimos mal, pero eso fue lo de menos, la satisfacción compensó todo. Los que vivimos esos momentos de sinceridad jamás olvidaremos esa obra. Los nombres de José Luis Jiménez, Consuelo Rodríguez, Delia Castro, Juan Arredondo, Enrique Montes, Ramón Ortega, José María Esquivel, J. Refugio Becerra, entre otros, que representaron a los perso-

najes bíblicos, quedarán grabados en la memoria de aquellos que presenciaron esta Judea.

Se han realizado después de los años sesenta más Judeas con escenarios alquilados y de lujo que traen de Ciudad Guzmán o de Tamazula y con artistas de teatro local, muy profesionales, mejor preparados y con innovaciones al libreto, pero algo ha pasado y no han tenido el poder de convocatoria que nosotros tuvimos.

Es por eso que ahora a mis 74 años y recordando a algunos de mis compañeros actores que ya han partido de este mundo, pienso que no creo que mis ojos vuelvan a ver una plaza tan llena de público como la vi desde la cruz, cruz que apolillada aún conservo en mi casa como recuerdo de una Judea inigualable que sucedió y la hicimos posible en el año de 1966 en Zacoalco de Torres, Jalisco.

## LAS CRUCITAS

MARÍA DEL ROCÍO MANZANO HERNÁNDEZ

Seis de la mañana, un fuerte estruendo que se escucha en el cielo me despierta, casi logro oler la pólvora de los cohetes que uno tras otro y luego otro anuncian fiesta. Apenas logro quitarme la cobija de la cara y abrir los ojos cuando mis oídos se deleitan con alegres notas musicales, es de banda tradicional tocando «Las Mañanitas» que acompañan el amanecer del día. La sensación al despertar con estos sonidos me da la impresión de amanecer en el cielo, nunca he ido al cielo pero lo imagino como esta mañana: placentera, alegre, tibia y llena de luz. Más que el clima de esta temporada, la calidez simbólica de esta celebración es la razón por la que este es el único día del año en que no se me dificulta levantarme tan temprano.

¡Hoy es tres de mayo, día de la Santa Cruz! La alegría llega a cada barrio, hay que ver cómo se celebra esta fecha en Tlaquepaque. En las calles de San Pedro Tlaquepaque se respira ambiente de festividad, habrá música, carrera deportiva, comida, amigos, etcétera. Buscaré la mejor ropa para salir a celebrar y olvidar por un día todo lo demás.

Nadie sabe con exactitud cuándo dio inicio esta celebración, pero no importa, desde hace muchos, muchos años festejamos con gusto año tras año a las capillitas. Existe una en cada barrio y por ello en este día la plaza principal no es el centro de atención, sino cada capillita, llamadas popularmente crucitas; aunque hay quien señala que lo correcto es crucecitas, la tradición manda y hasta los más pequeños saben que su nombre es crucita.

Como es costumbre en Tlaquepaque, el día de la Santa Cruz comienza con una procesión a pie con representantes de cada barrio, acompañados con truenos de potentes cohetes y ancianos sonando instrumentos durante el re-

corrido desde cada crucita hacia la parroquia de San Pedro. Ya sea lunes, miércoles, sábado o domingo, los más devotos madrugan para acompañar a la Santa Cruz a la misa de celebración.

En cada crucita se escucha música para indicar que se está llevando a cabo el novenario, siempre a las 8:00 pm. En la crucita de Santa María, un melancólico tocadiscos interpreta «Las Mañanitas» y toda clase de música religiosa, hasta Pedro Yerena, Las Hermanas Huerta, Los Alegres de Terán, Hermanas Núñez, etcétera; son las mismas melodías que han puesto desde que tengo uso de razón. Mis padres cuentan que en su niñez y juventud, durante esta celebración el volantín de los juegos mecánicos se encargaba de poner este tipo de música con dedicatoria por el altavoz para los enamorados, para los amigos o para los familiares. Al escuchar estas piezas musicales que ya son características del día, mi espíritu se transporta a través del tiempo; es más, cuando en otra época del año las escucho, inmediatamente me remiten a recordar esta tradicional celebración.

Pero hoy es tres de mayo, habrá música en vivo y la noche el punto de reunión de los pobladores de Tlaquepaque es la crucita, durante todo el día y en especial por la noche habrá entre sus habitantes alboroto, agitación y entretenimiento.

Para todos hay dentro de esta celebración. Por la tarde viene para los deportistas la Carrera Pedestre de Las Crucitas, en la cual todos los participantes deben pasar en su ruta por cada crucita de cada barrio. Aunque esta carrera se lleva a cabo cuando el sol está en lo más alto del cielo, los atletas la disfrutan porque tienen la porra de su barrio, integrada por familiares, vecinos y conocidos que nunca faltan para apoyarlos. Quizá la gran diferencia hoy en día es que en este evento ya participan corredores profesionales, y años atrás, independientemente de los premios o de quién ganara, lo importante era la participación de cada barrio. En fin, no deja de correr el amigo de la cuadra, el maestro de física de la escuela, el primo, los amateurs y aficionados conocidos sólo por el gusto y la satisfacción de ser parte de la celebración.

Desde muy temprano, al ritmo del placentero sonsonete de banda, el aroma a flores refresca las crucitas y las viste de muchos colores: con el blando del crisantemo, el rojo de las rosas, el rosa de los claveles, y por supuesto el verde que las acompaña a todas. Por la noche todas las crucitas lucirán

como estrellas de cine, llenas a lo alto y a lo ancho de luces, de música, de algarabía y rodeadas de gente que se acerca para saludarlas.

Así, la fiesta continúa durante todo el día, hasta el anochecer, cuando se llega a la cima de la celebración. Los lugareños que tenían algo que hacer durante el día lo dejan todo y se van a las crucitas —creo que la viejecita que limpia, barre y pone flores a la crucita durante todo el año hoy tendrá más trabajo que nunca—, nadie puede faltar.

Existen cuatro crucitas originales: la de San Francisco, Santo Santiago, San Juan y Santa María. Hoy hay más de diez.

De las cuatro principales, la de Santa María es de las más antiguas. Se encuentra en la esquina de mi calle mirando, cual centinela vigilante y protectora, a todos los habitantes que corren a la escuela, al trabajo o al mercado. Cuentan que allá por los años cuarenta surgieron entre los organizadores de la crucita de Santa María algunos desacuerdos y un grupo de éstos decidió hacer su propia crucita, la crucita de Santos Degollado, por eso existen dos en mi barrio. Y aunque la crucita de Santos Degollado contrata mejor calidad de música no cambio la de mi Santa María, así, sencilla y humilde, en ella se toca y se escucha con el corazón. Eso sí, no se debe bailar, aunque la banda toque música moderna porque es música para celebrar un evento religioso. No dejar mover el esqueleto es tal vez la razón por la que la música se disfruta con mayor fervor.

Pertenecer a este barrio me llena de orgullo, me invade la nostalgia al recordar mi infancia y adolescencia, caminando y jugando por sus estrechas calles —vestigio de haber pertenecido a un pueblito—, puesto que no existían tantos videojuegos o programación infantil permanente en televisión. El juego en las calles nos permitieron socializar con los vecinos, conocernos, hacer amistades para toda la vida; en una palabra, convivir con personas reales, no tan virtuales como actualmente. En fin, a pesar de utilizar la modernidad de los sistemas de comunicación, es imposible pasar desapercibido el contacto humano que se llevaba a cabo en un barrio tradicional de San Pedro Tlaquepaque. Hoy poco a poco la urbanización y el incremento de tránsito vehicular se va comiendo estos espacios de convivencia.

Esta convivencia barrial me lleva a recordar la historia de mis padres. Mi madre nació en el barrio de Santo Domingo, un barrio alegre y tranquilo.

Ella cuenta que cuando era joven todos los barrios tenían miedo de los hombres del barrio de Santa María, y se recomendaba tener mucho cuidado con los hombres de ahí, decían que eran de cuidado. Pero quién iba a imaginar que en ese barrio conocería al hombre que hoy es mi padre. Lo mismo sucedió con mi abuela, que evitaba mezclarse con gente de ese barrio y terminó casándose con uno de ellos. Bueno, como era de esperarse, mi madre pasó a vivir a este barrio y ahí nací yo, soy del barrio de Santa María. En él respire aire de pueblo, de viejas costumbres, de pertenencia a una tradición, de que la tradición me pertenece, conceptos que los habitantes de las nuevas colonias no sienten respecto a su zona habitacional, creo que ya me estoy volviendo vieja.

Esta festividad la vivieron mis tatarabuelos, mis bisabuelos, mis abuelos, mis padres y hoy la disfrutamos mis hermanos, mis sobrinos y yo, aunque ya no se extendió hasta ellos la costumbre que mi madre me enseñó: que todos los días camino a la escuela debía persignarme en la crucita de Santa María para que me fuera bien, y cuando se pudiera, situación que era muy de vez en cuando, arrojar una moneda para mantenerla limpia y con flores. Esa crucita es tal vez la más pequeña de todas, pero es la de mayor respeto para mí y para mi familia.

Puesto que todos mis antepasados son de Tlaquepaque desde siempre, ha escuchado a mis abuelos y a mis padres contar historias que les sucedieron cuando eran jóvenes durante estos festejos. De entre las historias conocidas por toda la comunidad, la más famosas, es la de un hombre que se encontraba trabajando en lo más alto del templo. Este hombre cayó accidentalmente, al instante se encomendó a la Santa Cruz y al caer al piso no le pasó absolutamente nada, salió ileso de su caída. En los relatos familiares, sólo curiosos, cuenta que mi abuela en una ocasión, preocupada, le preguntó a mi mamá (cuando era niña) de dónde había obtenido dinero para comprar tantos dulces. La respuesta de mi madre fue que lo obtuvo de la crucita. «Le pedí a Dios en la crucita, ahí va mucha gente a recoger dinero de las canastitas». Mi abuela entonces tuvo que regañarla y explicarle que la gente no tomaba dinero, sino que lo dejaba como limosna para ayudar a su mantenimiento. Otra, que es más cercana, es la de un primo al que por andar cerca de los fuegos artificiales se le dañó un ojo y a pesar de ello hoy continúa sorteando los busca-

piés. No han faltado anécdotas que recordar, tal vez no trascendentales, pero que han sido parte de la historia de esta celebración.

Viene la mejor parte por la noche, después de la misa, por supuesto. Cierran la circulación a los autos. Esta noche las calles son de los peatones para que los niños jueguen sin ningún peligro, la ocasión perfecta para que los jóvenes de Tlaquepaque paseen luciendo su mejor ropa, ya que van a encontrarse con los amigos, con los novios y hasta con gente que ya no vive en el barrio pero que hoy viene exclusivamente a celebrar. Este día se rompen las fronteras de los barrios —y de las clases también— porque hay jóvenes, y no tan jóvenes, que recorren varias crucitas para ver cuál tiene mejor ambiente y de paso saludar a la gente de otros rumbos.

Las banquetas se convierten en largas bancas para sentarse y disfrutar de una buena plática, comer un elote con crema y queso, un tejuino bien fresco, una gelatina, o mejor aún, deliciosos sopes y tacos dorados de rajas, requesón, papas o frijoles, escuchar la música y ver pasar a gente del barrio. A diferencia del resto del año, durante esta celebración se «permite» ingerir bebidas alcohólicas en la vía pública, actividad que nunca ha faltado en una festividad mexicana, y bueno no deja de ser parte de la algarabía en cada cruce donde se encuentra una crucita; «van junto con pegado», diría mi abuela, lo triste es que esta actividad es la misma causa por la que algunas veces se ha tornado violento el ambiente.

Para los pequeños hay juegos mecánicos, serpentinas, máscaras y gorros de cartón. Para los jóvenes: música de banda, juegos de suerte, cascarones, ¡ah!, y también muchachos y muchachas. Para todos: música, danzas autóctonas que nunca pueden faltar, y lo más esperado del día: habrá castillo de fuegos pirotécnicos y quién sabe, tal vez habrá un torito arrojando buscapiés.

Después de que los músicos retoman energías del rico, calentito y delicioso pozole, que es ofrecido por alguna de las familias organizadoras (que cooperan económicamente), se disfruta de la quema del castillo. Este siempre se coloca en el cruce de las cuatro calles para que lo puedan disfrutar desde los cuatro puntos cardinales. Al unísono, castillo y música, con el retumbar de los instrumentos, los músicos sudan para concentrarse en las notas, pendientes de que un buscapiés no los alcance. A lo lejos las familias enteras observan las miles de luces que caen como cascada de estrellas multicolores del casti-

llo, brillando en la oscuridad al igual que los ojos de los pequeños, invadidos de asombro y admiración al contemplar los aros de luces girando cual rehiletes, arrojando chispas por todas partes. Los jóvenes más atrevidos se acercan al castillo para «torear» los buscapiés, ¡es divertido verlos «bailar» al son del buscapiés! Realizan los saltos más altos y largos que en otras circunstancias nunca lograrían, muchos terminan quemados pero felices de haber disfrutado esos momentos. Los más viejos prefieren tomar sus precauciones y mirar de lejos; aunque hoy ya no se acercan, no dejan de recordar que en su tiempo ellos se divertieron de la misma forma.

Para mí es conmovedor observar a mis abuelos sentarse en la banqueta, ver en el silencio de sus miradas la evocación de sus recuerdos en este ambiente. Esas miradas que evocan los recuerdos de sus padres, de sus amigos, de sus hermanos y lo que juntos disfrutaban de este día. De igual forma mis padres siempre se encuentran algún amigo de la infancia, se les nota la emoción de platicar sobre los recuerdos de sus barrios: «tantos años sin vernos», «éstos son mis hijos», «ya falleció fulanita», «te acuerdas de...» «como en aquel tiempo», «ya estamos viejos, ni hablar». Hoy vivo lo que mis abuelos y padres vivieron, he visto a mis amigos de la infancia con los que juntos conviví y compartí esta fiesta, después de algún tiempo, que no parece tanto tiempo, me los vuelvo a encontrar el día de las crucitas, en algunos ya asoman algunos cabellos plateados, en otros se empieza a evidenciar cansancio en sus ojos, algunos más ya felizmente casados y con sus hijos, me he encontrado jóvenes que apenas si reconozco la carita de los niños a los que les enseñé doctrina. La vida corre y el tres de mayor, me recuerda lo que la vida ha corrido.

La pólvora del castillo se consumió, los músicos enmudecen, la fiesta terminó. De regreso a casa el recuento de lo sucedido no puede faltar, «hubo buena música», «me encontré a fulanita», «el castillo estuvo mejor que el año pasado», «comí mucho», «los abuelos se divertieron», etcétera. Cansados de tantas emociones de este día, nos retiramos a dormir esperando la celebración del próximo año.

Finalmente, la crucita apaga su luz, su día terminó, mañana volverá a abrir su ventanas para saludarme y yo le devolveré el saludo santiguándome.

Tradición, religión, sonrisas, alegrías, gritos, niños, adultos, ancianos, familias, amigos, amores, música... es una fiesta hermosa de verdad.

## TRADICIONAL DÍA DE CAMPO

MARIO BERNARDO RODRÍGUEZ GARCÍA

Ayo el chico, Jalisco, es actualmente Ayotlán, Jalisco (decreto 10390 de 1980 indica su cambio de nombre). Situado en la Región Ciénega, una de las nueve regiones geoculturales del estado de Jalisco. Limita al norte con Arandas, al sur con Yurécuaro, Michoacán, al oriente con los municipios de Jesús María y Degollado y al poniente con Atotonilco y La Barca.

Según la tradición oral que surge de esta festividad, se cree que el tradicional día de campo inició hace muchísimos años. No se sabe con exactitud la fecha, pero se dice de esta fiesta pagana, que una familia de hacendados, teniendo a su servicio a muchos trabajadores (campesinos que sembraban sus tierras), un día al año les ofrecían una comida en el cerro del Caracol, para agradecer el esfuerzo de cada uno de ellos. Los campesinos llevaban a sus familias para festejar. Se realizaba una comida con varios antojitos y los trabajadores a su vez llevaban algo de la cosechas del temporal (calabaza, elotes, cañas, entre otros), para ofrecer y repartir a los demás. Como la población de Ayo el chico era pequeña y de muy corta dimensión, el lugar del cerro del Caracol situado al noroeste estaba retirado del asentamiento de la cabecera municipal y por ello los invitados tenían que trasladarse a caballo, burro o a pie.

Como nos menciona la tradición, hace ya cientos de años que empezó y ha ido creciendo. Anteriormente, la gente acudía al cerro del Caracol con sus colchas a cuadros de telas coloridas: azul, blanco, rojo, morado, etcétera. Con carrizos y mecate para su sombra y cubrirse del sol. Buscaban un lugar visible al toril (plaza de toros), la cual era muy rústica, cercada de piedras y troncos. Estaba situada bajo las faldas del cerro y a sus costados había unos veneros de agua naciente del arroyo que desciende en medio de dos cerros.

Surgió el famoso toro de 11, se presentaba una corrida de toros a las 11 de la mañana y las demás corridas serían hasta el atardecer. Mucha gente acudía para ver el acto taurino, otras más se iban más tarde y presenciaban las demás corridas de las 3:00 pm en adelante. Toda la gente de la comunidad acudía con sus cazuelas de comida, algunas ya preparadas, otras hacían sus alimentos en el lugar, con la leña de los árboles del cerro y su alrededor. La bebida era esencial en esta fiesta charra, se consume aguamiel, pulque, tequila, preparados de maguey o mezcal, aguas frescas, etcétera. Pero como toda fiesta sin música no es fiesta, se llevaban las tan sonadas vitrolas y los tradicionalísimos tríos norteños. El traje típico de este tiempo era usado por los pobladores (hombres), camisa y calzón de manta, sombrero grande de tres pedradas y ojillos, guarache de capellada. Las mujeres vestían a la usanza, vestidos de dos piezas blusa y falda circular (arriba del tobillo) de manta bordada por ellas mismas y tela de cambaya, reboso a rayas, guarache de correas de cuero. De igual forma, nos comentaban nuestros antepasados que en el pequeño poblado de Ayo, un hombre por las calles con una bocina a la boca, «daba los anuncios» de las festividades que se aproximaban.

Así surge esta fiesta, que poco a poco fue creciendo y hoy adquiere el carácter de «tradicional», y más propiamente, «el tradicional día de campo», de Ayotlán, Jalisco.

Hace unos cuantos años, el cerro del Caracol se fue transformando y las familias fueron adaptando un lugar o más bien apropiándose del pequeño espacio. Se fue acondicionando según las condiciones y posibilidades de la familia. Los lugares en la actualidad tiene material de construcción, el piso de cemento, arena y cal. Hay lugares con bancos, comedor, gradas como asientos, asadores y baños de fosas. Todos éstos fueron construidos con los materiales mencionados.

La entrada del cerro hoy se encuentra poblada y aunque parte de ella aún es cerro burdo y áspero, para hacer su bajada se hicieron unas gradas por la parte central del cerro. Son 176 gradas en las que trabajaron manos inexpertas, pues al descender se percibe algo, pues no son escalones normales, y al ascender se verifica ese pequeño detalle, ya que se hacen más pesadas una a una. O tal vez sea por la forma física de este cerro agrietado, o por estar todo accidentado y ser antes la ascendente de un bajante de agua en el tiempo de

lluvia. Se dice que mínimo debes de bajar y subir de una a dos veces, si no te pierdes de la verbena de esta fiesta charra. Claro que el principal objetivo de estas fiestas taurinas es convivir con la familia, con los familiares que nos visitan, con los conocidos y con los invitados, dándoles el mejor de nuestros recibimientos y haciéndolos partícipes de esta alegría.

En la actualidad, las fiestas han crecido, ya que de varios años a la fecha, se han unido a la semana cultural, evento que da realce a estas fiestas. Esta semana termina el viernes y para el sábado se realiza el tradicional baile del día de campo, donde se presentan agrupaciones del momento, bandas, grupos, conjuntos, solistas, entre otros.

Cabe mencionar que el domingo 1 de agosto se hace el primer anuncio del día de campo. Desde las 4:00 am empieza «el trueno», por medio de un cañón al que le almacenan con un cincel y marro pólvora, la cual hacen que truene prendiéndole fuego por una mecha. «El primer paseo», como aquí le llamamos, comienza a las 11:00 am, se trata del desfile de carros alegóricos, alusivos al día, a nuestras tradiciones; participan las mojjigangas, las bandas musicales, la Asociación de Charros de Ayotlán y sus invitados de los municipios circunvecinos. Los carros alegóricos entran a un concurso que es pagado por el H. Ayuntamiento. Otros más son los lúcidos carros de las candidatas a Señorita Ayotlán. Éstos parten de la calle La Soledad, haciendo el recorrido por las principales calles del pueblo. Cada año estos carros van mejorando. Al final de todos estos carros, desfila el carro del trueno, como se le suele llamar, aunque más propiamente sería el cañón. Al concluir el recorrido toda la gente acude a la Plaza de Armas para saber del carro alegórico ganador. Y ahí concluye, hasta el atardecer.

El segundo paseo es el último domingo del mismo mes de agosto en la víspera del día de campo. Éste se pone mucho mejor después de ver su recorrido de carros alegóricos, charros, entre otros. La gente acude a la Plaza de Armas, los jóvenes dan vueltas para el cortejo de una pareja, se hacen tres círculos por toda la parte que circula a los jardines centrales y al kiosco, mujeres hacia un sentido, hombres hacia el otro; se le ofrece flores, rosas o claveles a la mujer que se pretende conquistar, o se le arroja al pelo confeti. Otros acuden con la pareja y otros más con la familia. Para este día ya hay muchísimas bandas musicales, mariachi, conjunto, tríos, etcétera. Quien puede y quiere

se da ese gusto por dar la vuelta en la plaza con la banda o el mariachi. Algunos se quedan en un lugar determinado y a éste se le unen parientes, amigos, conocidos y comienzan a bailar y disfrutar de la fiesta con un buen trago, «un cantarito», bebida preparada con jugo de toronja en las rocas o refresco de esta misma fruta y sin faltar su tequila o alguna bebida preparada por ellos mismos, según el gusto.

Así, el lunes último del mes de agosto se celebra el tan ansiado «día de campo», en el cerro del Caracol, al que asiste toda la población ayotlense, sus hijos ausentes y demás personas de los alrededores de la región; asimismo con algo de alarde por mi tierra, se sabe claramente que nos visitan, tanto a nivel nacional como internacional, personas de Monterrey, Chihuahua, Sonora, Guerrero, Estados Unidos y Canadá, entre otros.

Cada año, en el mes de agosto, nuestra comunidad se viste de fiesta y algarabía con su tradicional día de campo, costumbre que ha pasado de generación en generación, dando alegría y folclor a esta bella tierra. Como dice su canción Ayotlán, eres jardín encantado de noche y día, te cubren flores y te aroman los azahares... Desde su actitud, fiesta taurina, charra, bravía. Su traje típico el vaquero (sombrero, camisa vaquera, jeans de mezclilla y botas o el traje de charro típico jalisciense), tanto para hombres como para mujeres.

La festividad ha trascendido hasta nuestros días, haciendo participar a las familias ayotlenses y de la región. La gente asistente el último lunes de agosto al cerro del Caracol, lugar en que todas las personas, a partir de muy temprana hora, colocan sus coloridas lonas, donde tratan de pasar un día agradable y de convivencia sin dejar de preparar sus ricos antojitos mexicanos, al lado de un buen mariachi y un excepcional trago de tequila, para así seguir rescatando la cultura de Ayotlán.

## ENTRE DULCES Y CONFETI

EFRAÍN RAMÍREZ CASILLAS

Ni el frío de las noches impide que la gente de mi pueblo, Tepehuaje de Morelos, salga a celebrar las fiestas de enero del Cristo, el Señor del Tepehuaje. Las señoras arregladas con sus mejores rebozos y los señores con su sombrero oliendo a nuevo, salen de misa de siete, haciendo fila por la banquetta hasta llegar a la plaza donde todos se riegan como el confeti de mil colores.

Los jardines lucen como nunca, las bancas están llenas de señoras del brazo de sus esposos, disfrutando del sinfin de antojitos que en muchos puestos se ofrecen. Los niños correteamos entre la gente aventándonos confeti y haciéndonos cosquillas en la cara con la plumita del espantasuegras, mientras se desenrosca y se vuelve a enroscar. A tía Toñita no le gusta el ruido que hacen las trompetitas de lámina, las matracas o los tambores, por ello, en cuanto la banda termina de tocar y se baja del kiosco, se va a dormir, o por lo menos lo intentan, porque vive en las primeras casas de la calle principal, donde cada año se pone la terraza. Este año pusieron una veintera, así dice mi abuelito que se llama la máquina que toca los discos, aunque los veintes ya no se usan, ahora funcionan con monedas de cinco pesos.

Las muchachas dan vueltas alrededor de la plaza, tomadas del brazo, mientras los muchachos en sentido contrario van buscando la que les gusta. Mi abuelita dice que así la enamoró papá Chuy, que ya otros esa noche le habían ofrecido una gardenia, pero sólo a él se la aceptó.

Desde la otra orilla de la plaza se escucha a don Chepe gritando la lotería. Con el frío que hace, cada vez que habla, parece que le sale humo por la boca, y mientras revisa la carta de Conchita que acaba de ganar, doña Petra le sirve una canela con «piquete», dice que así las grita con más ganas. Cada vez

que doña Petra quita la tapa de la olla de canela hirviente, se levanta una columna de vapor que se ve desde los portales, pero el olor llega hasta la carretera, recibiendo a los que de otros lados van llegando.

El año pasado estaba jugando con dos cartas, mi mamá me dijo que se me iban a pasar, pero yo puse mucha atención a lo que gritaba don Chepe...

¡No te arrugues cuero viejo que te quiero pa' tambor! «El tamborrr».

¡Cúidate, Valentín, que por «ai» te andan buscando! «El valienteee».

¡Del corredor no pasa! «La macetaaa».

¡La cobija de los pobres!...

—¡Lotería! ¡Lotería! ¡Buenas con el sol! —pegué un gran salto, que hasta aventé los maíces con los que estaba apuntando.

—No, Fermín, te falta la campana —decía mi mamá.

—¡Sí, señor, sí ganó! Yo tengo la campana y fue de las primeritas que salió —contestaba Pedro, el de la frutería.

Todavía tengo la alcancía que me gané, allí guardo los domingos que me da mi papá.

Estoy arriba de los hombros de mi papá, viendo cómo se quema el castillo. Siempre lo ponen a un lado de la estatua de Morelos. Nosotros preferimos verlo desde adentro del templo, porque al quemarse la parte de arriba, esa que da vueltas y forma figuras, avienta tantos buscapiés, que nos hacen bailar y brincar mientras chiflan revoloteando entre la gente.

—¡Mira, pá, la coronita que alto voló! —grité de gusto.

—Sí, Fermín, pero ya tenemos que irnos, acuérdate que mañana madrugas a la escuela.

—Papá, déjame ver el convite de los gallos.

—Eso ya no es para que lo vean los niños —dice mamá Lolita, mientras se tapa la cabeza con el rebozo en señal de partida.

Los galleros ya se pasean en la plaza presumiendo sus animales en el brazo, mientras al lado los acompañan las cantadoras, muy bonitas ellas, luciendo sus vestidos brillantes de lentejuelas, cantando al son del mariachi tras de ellas. Nomás dan dos o tres vueltas invitando a la gente que los acompañe, para luego llevárselos al palenque.

No sé entonces a qué hora duerme la gente. Mañana es el día de los jóvenes, después de la misa de gallo de las cinco de la mañana, los jóvenes del

pueblo y los hijos ausentes comienzan «el alba», se pasean con la banda por las principales calles. Salen de la plaza, mucha gente se va integrando durante el trayecto, hasta terminar nuevamente en la plaza a las diez de la mañana, y a las doce comienza «La Mojiganga». También recorren las calles del pueblo, bailando y con la banda tocando, y regresan nuevamente a la plaza, donde en el kiosco se hace la premiación al mejor disfraz.

Mi papá me cuenta que hace algunos años se acostumbraba «el toro de once». A las once de la mañana hacían una corrida gratis, jineteaban dos o tres toros en el lienzo charro para invitar a la corrida de las cuatro de la tarde.

Mañana es el último día de la fiesta, me da tristeza cuando se acaban, aunque no son las únicas en el año. Hace un mes, el 11 de diciembre, afuera de la casa prendimos «la luminaria» en honor a la Virgen de Guadalupe. Mucha gente ilumina las calle con las fogatas hechas de cañas secas de maíz, para recibir así el día 12 de las Lupitas y los Lupes. Por cierto, en la capillas de la virgen se le hace su fiesta, que dura el novenario, juntándose con las fiestas navideñas. En esas fechas pedimos posada por las calles, a cada calle le toca un día. Las señoras se organiza para preparar los tamales con ponche y chocolate calentito.

Ya se acerca la Semana Santa los jóvenes realizan «La Judea». El profe Toño, como todos los años, se deja crecer la barba para representar a Jesús. En las pasadas fiestas ya nadie quería salir de Judas, porque cuando salió Roberto, el que cobra los impuestos en la delegación, la gente se enojó tanto cuando entregó a Jesús con los soldados romanos, que hasta lo apedrearon. Una viejecita, creo que es la abuelita de Pepito, le dio duro con la sombrilla. Una semana antes, el mero viernes de Dolores, se acostumbra poner los incendios o altares de Dolores. Se ven muy bonitos con sus sabanas blancas adornando los pasillos y corredores de las casas, con la Virgen de Dolores al centro rodeada de ramas de sabino, alfalfa, trébol con florecitas amarillas y otras ramas olorosas. Las señoras rezan el rosario y cantan alabanzas... A mí lo que más me gusta cuando vemos que pusieron altar en una casa, es preguntarle a los dueños: ¿Sí lloró hoy la Virgen? ¿Sí pásale mijo, sí lloró, hoy hicimos agua de tamarindo! A veces en una sola tarde tomamos hasta de cuatro sabores. El Domingo de Resurrección por la madrugada, antes que la gente se levante al mandado o a misa, ya está colgado el «Judas». Los muchachos hacen

un mono de trapo parecido a algún personaje polémico del pueblo, acompañado con un cartel de versos que describen al sujeto en cuestión. El año pasado sacaron a don Chon el de la tienda con unos versos que decían lo siguiente:

Ahora que se quedó viudo  
a las solteras está asechando  
está agarrando parejo  
nadie se le está escapando.

Ya intentó con las de quince  
siguió con las maduritas  
tratando está con las quedadas  
nomás le faltan las viejitas.

Será que está en su segundo aire  
y no hay ni quién lo detenga  
o será que está ya cansado  
y buscando quién lo mantenga.

—¿Ese es don Chon el de la tienda? —decía Juana la de las tortillas.

—También le queda a Ramón el carnicero, ya tiene tres años de viudo —respondía Inés.

—Ja, ja, ja, ese pobre no puede ya ni con su alma —reía Jacinto.

—Pos por eso mismo, está buscando quién lo mantenga, verdad Juana.

Para terminar con los festejos, ya por la noche se hace una serenata en la plaza y a las diez queman un Judas de pólvora.

Para el 15 de agosto la gente saca sus sillas para ver pasar a las paseadoras. Las muchachas se visten de charras, luciendo sus vestidos amplios, paseándose en sus caballos de calle en calle y de pueblo a pueblo. Dice la tía Luisa que se celebra la ascensión de la Virgen María.

En las fiestas patrias, todo se viste de verde, blanco y rojo; hasta María, la que vende pepitas de calabaza, ese día hace tres garrafas de agua: de limón, de arroz y de jamaica. Cuando el delegado da el grito, frente al monumento de Hidalgo, el cielo se ilumina con las luces de colores, y los cohetes revientan a

la par del repique de campanas de la iglesia. La plaza está adornada de banderitas y flores de Santa María, esas amarillas que sólo se dan por esas fechas, y el Kiosco se convierte en un hermoso trono donde coronan a la reina.

También las fiestas de noviembre de San Martín son muy bonitas. Como es la cabecera municipal, llega gente de todos los pueblos. Mi papá cuenta que su tío Marcelino los llevaba por las tardes, tenían que caminar los dos kilómetros para llegar, los subían a los juegos y tenían que regresar otra vez caminando antes del anochecer.

Tengo unos primos que viven en Puebla y unos amigos que vienen de Michoacán. Cada vez que nos vemos, nos platicamos de lo que se festeja en nuestros pueblos, hasta las mamás se comparten dulces y comida de lo que se acostumbra por allá.

—Oye, papá, ¿cuando eras niño ya había estas fiestas?

—¡Hay, miijo, estas fiestas tienen muchos años! Aunque también recuerdo otras que actualmente ya no se hacen. Para el día de los Muertos, tu abuelito me acompañaba, junto con otros niños, a pedir calabaza...

—¡Ánimas de esta casa que salga la calabazaaaaaaaa! Así gritábamos, y la gente nos pasaba a la recámara o al corredor, donde estaba el retrato del familiar que había muerto, le rezábamos y al final nos daban calabaza cocida con piloncillo y leche.

Ya hace mucho tiempo que se perdió esa tradición, aunque todavía se acostumbra visitar en el panteón a los familiares que ya murieron. Papá Chuy todos los años le lleva flores al tío Genaro y el mariachi le toca en su tumba por más de una hora.

—¿Te acuerdas, pá, cuando nos llevaste a Guadalajara, a las Fiestas de Octubre, con mi primo Felipe, y el mero día 2 de noviembre fuimos al Parque Morelos a comprar calaveritas de dulce y mascararas de cartón.

—Yo sí me acuerdo —dice Rosita mi hermana—, todavía tengo la muñeca de cartón que me compraron con mi nombre escrito. Ese mismo día fuimos al Panteón de Belén a ver los altares de muertos. ¡A mí me dio mucho miedo.

—No hay que tenerle miedo a la muerte —dice papá Chuy—. Hay que quererla, así pensaban mis antepasados.

¡La siguiente semana es mi cumpleaños!... Mi madrina me está haciendo tres piñatas, y mi papá ya les puso dulces a las canastitas de tule que hace.

Ahora estoy en mi cama, papá Chuy ya me contó, como todas las noches, una de sus historias de revolucionarios, aparecidos, tesoros y de más.

—Ya déjate de cuentos —le dice mamá Lolita—. Ya tenemos que rezar para dormirnos.

¡Qué bonitas son las tradiciones de mi pueblo! ¡Qué bonitas son las costumbres mexicanas!

—Y tú, muchacho, déjate ya de alborotos que mañana vas a la escuela.

## LA DANZA DE LOS SONAJEROS

ISIDORO JIMÉNEZ CAMBEROS

1.

—«¡Ya llegó Mares!» Corrían la voz quienes se encontraban en el crucero, sobre la vía del tren. Los hermanos Martín y Juan Mares eran los músicos-piteros de la Cuadrilla de Sonajeros Guadalupana, de Huescalapa, la que año con año baila en la explanada, al pie del «Cerrito», en cuya falda se encuentra una pequeña capilla donde cada 12 de diciembre se celebra a nuestra señora de Guadalupe.

Previo acuerdo entre los encargados de la cuadrilla y los músicos-piteros, a mediados de noviembre, al atardecer, llegaban al patio del ensayo y se sentaban sobre unas piedras recargadas en la pared de la casa de Félix Pérez e inmediatamente empezaban a «apretar» las cajas, unos tamborcillos de doble membrana. Allí se les veía meter la punta del vareador entre los amarres que hacía la soguilla alrededor del aro del tamborcillo e iban jalándola hasta conseguir apretar el instrumento: táca, táca, táca, táca..., golpeaban con el vareador una de las membranas y, por el lado contrario, jalaban o aflojaban la cuerda que se encontraba sobre la otra membrana, hasta hacer vibrar el tamborcillo de la manera adecuada... A Martín Mares, que llevaba la voz primera con el carrizo, le gustaba que el tamborcillo «tronara» durante la ejecución de los sones; no le gustaba que quedara mal «templado» y sonara «como si le estuviera pegando al ala de su sombrero». Juan siempre hizo segunda al tocar. ¡Hacían estos hermanos al tocar, tal pareja de músicos-piteros, que era un gusto sólo oírles!

Empezaba a pardear cuando empezaba la llegada de los sonajeros —lo que se hacía notorio por el característico ceceo de las carracas en las largas

sonajas y que se dejaban escuchar entre las pláticas de los que se hacían presentes—, aumentando poco a poco el número de personas, sobre todo niños, en el patio que se formaba en la calle donde se realizaba el ensayo. Como no había luz eléctrica, de una de las casas cercanas sacaban brazadas de leña y encendían una hoguera a un lado del parejo; de otras casas vecinas sacaban cubetas de agua y regaban el suelo, para que no se levantara tanto la tierra.

Los Mares se levantaban de donde estaban sentados, y dirigiéndose a la vía, se colocaban sobre ella en el crucero con la calle Cuauhtémoc, poniéndose enseguida a tocar el son de invitación por un buen rato; después tocaban dos o tres sones. Lo anterior apresuraba a los vecinos, ya que el crucero era un lugar alto respecto de las demás calles, lo que hacía que se escuchara con claridad la tocada anterior, que era el aviso del inminente inicio del ensayo. En un abrir y cerrar de ojos llegaban adultos y jóvenes, hombres y mujeres, sin faltar niños.

Al ritmo de uno de los sones interpretados por los hermanos Mares empezaba el ensayo, con los capitanes punteros al frente de las dos filas: eran los mejores para bailar, por eso eran delanteros; los de experiencia hacia la mitad y los aprendices al final de las filas. Salían de atrás hacia adelante con gran aplomo y firmeza en las pisadas y al llegar al extremo del patio, que era tomado con frente, hacían una vuelta con reversa para regresar hacia atrás a iniciar una nueva entrada: avanzaban ambas filas al unísono, haciendo los sonajeros movimientos de adentro hacia fuera y de afuera hacia adentro, marcando con firmeza los pasos sobre el piso acompasadamente, llevando al mismo tiempo el ritmo con los ceceos de la sonaja, de manera acorde con la música del son interpretado con las flautas de carrizo y tamborcillos de doble membrana.

En otros sones, estando los sonajeros de una fila de frente y sus compañeros de la contraria, avanzaban al unísono, cruzándose en el centro, dando vueltas en los extremos y avanzando de nuevo hasta volver a cruzarse al centro... y así de manera continua, todos al mismo tiempo, acompasadamente y sin dejar de rematar fuertemente en el piso, alternando con uno y otro pie. En el ínterin de los cruces, los punteros empezaban a engarzarse de adelante hacia atrás con la pareja que les quedaba inmediatamente de frente, continuando así hasta la parte de atrás hasta la cabecera, por fuera de las filas, reco-

rriendo las laterales sin dejar de bailar hasta regresar de nuevo al frente, con lo que se consideraba el término de la pieza. Entonces tocaban los músicos-piteros el característico estribillo que va entre son y son, al que responden al unísono todos los integrantes de la cuadrilla con un corto y fuerte grito en dos tiempos —uno por cada tiempo—, sobre la mano enconchada.

Mientras los sonajeros bailaban concentrados en los sones de la danza, haciendo retumbar el suelo con sus pisadas y remates al compás de la música de los sones, los viejos y los apaches andaban a su alrededor en una batalla sin tregua. Los viejos de la danza eran el deleite de los jóvenes y adultos y el terror de los niños, que al verlos, se aferraban fuertemente a las faldas de sus madres o a las piernas de sus padres; si algunos de los niños o niñas alcanzaba a asustarse, alguno de los padres lo levantaban en brazos y consolaba. Disfrazados de manera estrafalaria, los viejos de la danza portaban máscaras elaboradas con mitades de balsa o con madera de copal, con horadaciones para ojos, nariz y boca, adosándolos con mechones de ixtle, crin o cola de caballo. No faltaba quien les colocara unos cuernos de chivo o torete. Implemento infaltable en los viejos era un machete o cuchillo de madera —que les servía para provocar a los apaches—, o una tuza o ardilla disecada, que colocaban en un bastón, enarbolándola, o bien traían terciada, amarrada sobre la espalda, o en una de sus manos.

Cuando uno o varios de los viejos de la danza se disfrazaban con ropa de mujer, exageraban los atributos femeninos y eran unos consumados atrevidos, que no dudaban en ofrecer «sus atributos» al primer conocido que indentificaban de entre quienes presenciaban el ensayo, contoneándose delante de ellos u ofreciéndoles generosamente uno de los pechos. Recibían constantes cargas de los apaches, los que al unísono de su característico grito, los hacían caer y, con puntapiés cortos, los hacían rodar, con las consecuencias inevitables de que, al levantarse, tenían que acomodarse los postizos, causando la hilaridad de los presentes. Los «apaches», cuando no andaban persiguiendo a los «viejos» por las laterales y/o cabeceras de las filas, se colocaban delante de los capitanes y bailaban los sones a la par de los punteros.

Llegado el último de los ensayos, el día 11 de diciembre, los integrantes de la cuadrilla y la comunidad se disponía al «ensayo real». En esta fecha se reúnen los sonajeros en el lugar de costumbre. Una vez que están todos, los

músicos-piteros tocan un solo son, y a su término, bajo las notas de una «caminata», avanza por la calle toda la cuadrilla, marcando el paso y ceceando la sonaja acompasadamente. Entonces los vecinos se asoman en puertas y ventanas de las casas al paso de la cuadrilla u ocurren a las calles por donde van a pasar: van al templo a bailar.

A pedido de los capitanes delanteros, los músicos-piteros tocan al son de «la culebra» y entonces los sonajeros «toman la calle»: cada fila, capitaneada por su correspondiente puntero, a paso veloz y sonajeando acompasadamente, avanza o retrocede de manera zigzagante y serpenteante de manera errática, sin distanciarse mucho de los músicos-piteros y sin separarse mucho una fila de la otra; los viejos y los apaches acompañan a la cuadrilla, aunque sin mayor actividad. Es un momento de gran alegría, en el que la comunidad toda queda incluida en la dinámica de la danza. Y así avanza hasta el templo.

Una vez en el templo, la cuadrilla ejecutará los sones de la danza en la explanada frente a la puerta. Los integrantes de la comunidad se congregan esta vez en el lugar para presenciar la danza; algunos han seguido la cuadrilla por las calles, otros vienen a presenciar la bailada. En ocasiones la cuadrilla es recibida por el sacerdote, otras solamente les abren la puerta de la parroquia. Si está presente el sacerdote, los «viejos» que se disfrazan con atributos femeninos no se acercan a la cuadrilla: con sus cortos y entallados vestidos y sus exuberantes pechos y sentaderas esperarán detrás de quienes presencian el «ensayo real». Desde donde se encuentran divisan al sacerdote y éste los mira desde la puerta del templo. Los demás viejos se acercan porque es una tradición que se baile el son de «los viejos», en el cual los sonajeros se toman de las sonajas, haciendo un semicírculo, quedando en el centro los viejos y los apaches. Estos últimos atrapan a los primeros, haciendo de ellos un amontonamiento en el centro del semicírculo; en ocasiones son tan hábiles los viejos de la danza, que les cuesta algo de trabajo a los apaches el atrapamiento. Terminado tal, los apaches pasan al montón a «destazarlos» con sus propios cuchillos o machetes; los viejos se convulsionan mientras los «destazan». Concluido el destazamiento, los piteros tocan uno de los sones característicos de mariachi y viejos y apaches bailan por parejas o tríos, tomados de los hombros, en el centro de semicírculo.

Termina la ejecución de los sones, la cuadrilla pasa al interior del templo, hasta colocarse frente al altar de nuestra señora de Guadalupe, donde bailan bajo los acordes de algunas alabanzas; se inclinan, se santiguan y salen hacia atrás, sin dar la espalda a la imagen. Terminada la ejecución de la danza en el templo, la cuadrilla regresa al compás de las caminatas y con las evoluciones zigzagantes y serpenteantes del son de «la culebra», hasta el domicilio donde habrán de cenar.

Después de una cena —donde el pozole, agua fresca y ponche de granada no faltarán—, los sonajeros se retiran a dormir a sus casas y a las cuatro de la mañana del día siguiente, 12 de diciembre, se reúnen en el lugar de costumbre en torno de una pequeña hoguera «para quitarse el frío». Algunos de ellos, siguiendo antigua costumbre, no han dormido, sino que han estado en vigilia en la casa de uno de los organizadores de la cuadrilla, platicando mientras consumían jarros de canela o café con mezcal.

Reunidos al menos un buen número de ellos, se dirigen hasta el «cerrito», subiendo por el sendero hasta la capilla, donde todavía oscura la madrugada, bailarán delante de la imagen pintada en la roca y cantarán algunas alabanzas. Regresan a sus casas al clarear el día, disponiéndose a almorzar y revestirse, dado que a las once del día se reunirán de nuevo para regresar al cerrito toda la cuadrilla.

Llegada la hora de la cita, van llegando los sonajeros revestidos: camisa y pantalón blancos y sobre estas prendas, el vistoso y multicolor chaleco —elaborado con pequeños pliegues de listón—, adornado con collares de perlas y la calzonera adornada con lentejuelas; ambas piezas salidas de las manos de madres, esposas o hermanas. La sonaja, pintada de amarillo con sus conyunturas de color rojo, adornada con su mota de estambre rojo o magenta (aunque poco a poco se va dejando de traer por los sonajeros). El pantalón con su «polvera» de color rojo en el extremo de la pierna, bien adornada con espiguilla. Todavía algunos calzados con huaraches, otros preferirán zapatos... cada quien según sus posibilidades.

Así, revestidos se dirigirán a la explanada del «Cerrito» a cumplir con la tradición de bailar ese día en honor de nuestra señora de Guadalupe.

2.

—Mares, ya se cansa... la cuadrilla está grande. Y luego solo, ahora que falleció su hermano...

—...

—¡Oiga! ¿Es trabajoso tocar?

—¡N'mbre! Nada difícil. ¿Te gustaría tocar?

—Pues, ¡sí!

—...

—Qué bueno que lo encuentro! Por «ái» le hice una caja, está un poco chueca por el aro, pero suena bien, para que pase a la casa por ella... ¡Ah!, y también un carrizo...

—...

—¡Oiga!, ¿Y ahora, cómo le hago?

—Pos nada más toque...

—¿Así nomás?

—Mnhmm... «Ai» canciones que le gustan, ¿verdad? Y luego se acuerda de ellas y las chifla... ¡Es lo mismo con el carrizo! Nomás que en vez de buscarle con los labios la tonada, lo hace con los dedos en los boquetes del carrizo...

—Está bien: le voy a grabar un caset con piezas. Véngase el domingo a la casa... ¡Ah! Y como va a tocar, tiene que aprender a hacer el carrizo y el tambor, aparte los domingos siguientes para que aprenda cómo: yo le voy a decir. Porque nadie se los va a andar haciendo...

—Sé que ha estado ensayando... ¿qué le parece si me acompaña el próximo tres de mayo, muy tempranito, para tocarle «Las Mañanitas» a la Santa Cruz que está arriba del cerro? Lo espero muy tempranito en la casa, para que en cuanto amanezca ya estemos al pie de la Santa Cruz.

—...

—¡Oiga! Ya que tocamos las alabanzas, ¿me acompaña para que toquemos unas piezas?.

—No, pos ya sabe tocar... ya está listo para tocarle a la cuadrilla... ¿Qué le parece si me acompaña en octubre, en las fiestas? Me invitaron a acompañar a una cuadrilla de Cuidad Guzmán. No tienen pitero.

—¿Listo? Orita nos vamos... A ver, mujer: ¡Hazle un jarro de ponche de huevo, porque nos espera una buena trabajada!

—...

Estoy emocionado porque he venido a acompañar a mi maestro y le tocamos a la cuadrilla «Josefina», que es una de las dos que acompañan al «Trono» de señor san José, durante el recorrido del 23 de octubre en Ciudad Guzmán. Estamos en el intermedio de la bailada del día anterior, 22, que se realiza fuera de la puerta principal de la catedral, al mismo tiempo que se desarrolla en el interior la Misa de Función. Las ristras de cohetes y el tañer de las campanas durante los repiques me embriagan...

En este descanso me he comprado una bolsita de trocitos de caña y mientras voy masticándolos para extraerles el jugo, me dirijo a mira Los voladores de Papantla... Qué curioso: el carrizo y el tambor que toca su músico-pitero se parecen a los nuestros, sólo que son más pequeños...

Me convertí en el hijo «dancístico» de Mares (de sus hijos sólo dos fueron sonajeros; pero respecto de la tocada, sólo uno de ellos está practicando la ejecución de los sones). Martín Mares me fue compartiendo cada uno de los saberes que todo músico-pitero debe conocer. Es como si hubiese estado esperando a alguien para entregarle el legado que posee; llegué yo, consideró que soy un buen alumno y me entregó ese legado. Me parece que está tranquilo: cuando le llegue el momento de «partir de comisión y no regresar» (como decía mi padre, en paz descanse), no acabará, sino que continuará la tradición, nuestra tradición, como hasta ahora... compartiendo con otros lo sabido.



LOS *PAIXTES*:  
UNA DANZA INSÓLITA, EXTRAÑA

ISIDRO JIMÉNEZ CAMBEROS

—¡Ya viene el santo patrón! nos alertó mi padre a Sergio y a mí, que teníamos entonces entre nueve y diez años de edad, respectivamente. Por primera vez habíamos venido desde Huescalapa hasta San Andrés Ixtlán, el pueblo («mi pueblo, decía mi padre) donde naciera mi abuela María Cristina Guzmán Eusebio. Ese domingo papá nos llevó a mirar el desfile de los carros alegóricos. De pronto, por encima de las cabezas de las personas que presenciaban el desfile cerca de nosotros, empecé a mirar el meneo y los gritos de un conjunto de «abanicos» adornados con flores de diversos y llamativos colores, rematados con pequeñas medias lunas de papel metálico. Poco a poco se empezó a perfilar un grupo de personajes que, en dos filas, venía por la calle moviéndose pausada y pesadamente, con lentos balanceos y giros.

Lo que más me llamó la atención fue el amplio resplandor, en forma de abanico, que tan singulares personajes traían colocado sobre la cabeza. El multicolor arreglo acaparó mi atención, dejandome absorto. De pronto me sentí transportado a un mundo extraño, misterioso, a un tiempo y a un lugar al que mi imaginación no tenía referente, pues acompañados de los sonidos tenues y quejumbrosos de las notas de un violín, enmarcadas en los rasgueos de las cuerdas de una vihuela, se desplazaban con pequeños saltos y giros estos seres sigilosos, cubiertos totalmente de *paixte*,<sup>1</sup> y emitían de vez en vez — después que el capitán lo hiciera—, un gutural grito que repetían en cascada, al continuarlo cada personaje uno tras otro, a lo largo de las filas. Fue tal la

<sup>1</sup> En náhuatl del centro de México: pachtle, pachtli: planta aérea parásita que crece en las ramas de algunos árboles de las zonas montañosas altas.

impresión, que en un abrir y cerrar de ojos, cuando me di cuenta, frente a nosotros había pasado el conjunto de danzantes.

Ni siquiera reparé que, inmediatamente detrás del conjunto de irreales personajes, iba el carro alegórico con el santo patrón; solamente recuerdo con vaguedad un pescadillo que sostenía la imagen en una de sus manos: «¿Un pescadito? Si en San Andrés no hay laguna ni río, sólo parcelas para sembrar. Por lo menos el Santo Niño de Huescalapa (mi pueblo) trae un pequeño bule y una canastita (agua y comida), más relacionado con la vida del campo, pensé.

Pasó el tiempo y llegó el día en que me empezaron a interesar las danzas autóctonas de mi región de origen. Deseando rescatar algunos sones antiguos de la Danza de los Sonajeros, investigué en lo que fue el archivo del Fonadan (Fondo Nacional para el Desarrollo de la Danza Popular Mexicana) en la Ciudad de México, en las grabaciones hechas por el maestro Mario Kury-Aldana. En esta búsqueda encontré que de la Región Sur de Jalisco había también archivos con los sones de la Danza de los *Paixtes*. La cortedad de recursos me hizo dejar para otra ocasión el rescate de estos sones antiguos; sin embargo, al continuar buscando datos relacionados con los sonajeros, me encontraba, de vez en vez, algo relacionado con Los *Paixtes*, la danza que me impresionó en mi infancia y que continuaba siendo un interesante misterio para mí, que invitaba y llevaba cada año a su padre, con algunas excepciones, a la fiesta de «Mis Pueblos».

Dado que no existe información concreta relacionada con esta danza, empecé a indagar. Obviamente el primero fue mi padre. Orgulloso de la tradición del pueblo de origen de su madre, me refirió lo siguiente:

«El *paixte* es «¡Utlá chihuiló!»! ¡Ora por un lado, ora por el otro, cuñado!

Ay van los *paixtes* bailando; se «bornean» por un lado, por otro.

Anteriormente traían una «china»<sup>2</sup> forrada con pixte y usaban una mascarita y en una

<sup>2</sup> La «china», antes del uso masificado del plástico, era un capote hecho con tiras de hoja de palmera, entretejidas para protegerse de las lluvias; una especie de capa que se sujetaba sobre los hombros y llegaba hasta las rodillas. Las puntas de las tiras de palma resaltaban, dando un aspecto curioso a quien la portaba, como el de un erizo.

mano el cascabel, con su mulita de otate en la otra. No me acuerdo bien, se me hace que a las máscaras les ponían hilos de ixte,<sup>3</sup> como barbas...

Los de Tuspa<sup>4</sup> no sé, no los conozco.

El paixte, como era natural,<sup>5</sup> no tenía voz ni voto; nadie les daba bandera, nadie los seguía, nadie los reconocía.

Cuentan que muy antes andaban sin arreglar. Ellos cuentan que los más antiguos no se ponían espejos ni medias lunas: era natural, nomás natural; nadie los seguía.

Cuando se pusieron espejos y medias lunas atraieron a la gente y los empezaron a seguir. Ya les dieron voz y voto, porque lucían; hasta los llevaron a Guadalajara —siendo candidato a la presidencia de la república Miguel Alemán—, junto con los sonajeros.<sup>6</sup>

Antes de continuar, haré un breve recuento de los elementos de esta danza: un grupo de individuos pertenecientes a una comunidad que se reúnen, por lo menos anualmente, para participar en una danza ritual de mucha antigüedad y que ha pervivido, a través del tiempo, como herencia cultural que se ha transmitido de generación en generación, esto es: de padres a hijos.

La música que acompaña la ejecución de esta ancestral danza está compuesta por diversos sonos, interpretados con instrumentos de cuerda: un violín y una vihuela. La ejecución de la danza se realiza en dos filas de danzantes; al llegar las filas a la cabecera del sitio donde se interpreta la danza, no se cruzan, solamente pasa una fila al lado de la otra en sentido contrario, haciendo una curva, para volver a encontrar en el extremo opuesto, repitiendo el desplazamiento de ambas filas.

Encabezando las filas van «Los monarcas»: en la fila de la derecha «La vieja»,<sup>7</sup> y en la fila de la izquierda «El viejo».<sup>8</sup> Después de estos van los paixtes,

<sup>3</sup> Ixte: las fibras en forma de hilo que se obtienen después de machucar las pencas de cierto maguey (lechuguilla).

<sup>4</sup> Tuxpan, Jalisco.

<sup>5</sup> Natural: habitante nativo, autóctono.

<sup>6</sup> Entrevista con Toribio Jiménez Guzmán. Ejido 5 de Noviembre. Zapotiltic, Jal.; julio 23 de 2005.

<sup>7</sup> Quien la representa es un individuo de género masculino, revestido con falda (*cueitl*) y cubriendo la parte superior del cuerpo con vistoso *huipil*; de la ... >

en una cantidad variable, integrando la fila hasta dos docenas o más de danzantes, que se desplazan con pequeños saltos terminados en un fuerte remate sobre el piso con uno de los pies, de manera continua. Van agitando de manera pausada el cascabel que traen en su mano derecha y, mientras realizan el desplazamiento, alguno de los capitanes de cada filo lanza un grito con la palabra: «¡Utlá!»,<sup>9</sup> interjección que caracteriza a los paixtes y van reproduciendo en cascada, al repetirla cada uno hacia atrás, mientras se trasladan y giran.

Cada uno de los participantes en esta danza, incluidos los monarcas, traen sobre la cabeza un tocado amplio, en forma de abanico, que llaman «resplandor»; está compuesto por un armazón de varas sobre el cual van colocadas flores de papel de colores vistosos. En el extremo superior colocan algunas estrellas y «medias lunas», y en el cuerpo del tocado pequeños espejos y la imagen del santo patrón; aderezan este tocado con delgadas tiras de papel que cruzan en diferentes direcciones del mismo.

cara solamente dejan al descubierto los ojos, el resto lo cubren con el tradicional pañuelo.

<sup>8</sup> El «Viejo» lleva la tradicional camisa y calzón de manta utilizados por los campesinos de nuestra región hasta las primeras décadas del siglo pasado; sobre la espalda, inmediatamente después del cuello, lleva un pañuelo de color rojo. Otra de las fechas donde participan «El viejo» y «La vieja» es en la fiesta de *Corpus Christi*. En esa fecha, el mayordomo de la festividad sale de su casa, acompañado de una banda de música o de un pitero (músico que interpreta sonos y piezas musicales con flauta de carrizo y tamborcillo de doble membrana), dirigiéndose hasta los domicilios de «El viejo» y «La vieja». Una vez recogidos estos personajes, acompañan al mayordomo y familiares, primero a la casa del mayordomo del año siguiente —para pasar por él y su familia—, y después hasta la puerta de la iglesia, donde se efectúa la misa de función de este día, bailando por las calles, al compás de las piezas que interpretan los músicos. Al término de la misa vuelven a acompañar al mayordomo saliente hasta el lugar donde ofrece una comida para los invitados.

<sup>9</sup> Como lo expresamos líneas atrás, el grito estaba compuesto por las palabras «¡Utlá chihuilo!», que ha devenido en la actualidad solamente en el uso de la primera palabra del enunciado.

Bajo el tocado colocan una máscara<sup>10</sup> sobre su cara y, bajo la misma y para cubrir el cuello, llevan extendido un pañuelo de uso común en la región, que por lo general es de color rojo.

En la mano derecha llevan una flor de papel.<sup>11</sup> Algunos de los danzantes todavía usan huaraches, pero la mayoría calza zapatos tenis o de baqueta.

<sup>10</sup> Antiguamente las máscaras eran pequeñas, de madera finamente trabajada, cuyo probable origen era alguno de los pueblos de la rivera del lago de Pátzcuaro. En fechas recientes se estableció el uso de máscaras elaboradas a partir de la base del maguey, las raíces son utilizadas para que formen el bigote y las barbas de la máscara. Hoy día en Tuxpan siguen utilizando pequeñas máscaras de madera finamente tallada.

<sup>11</sup> Que ha venido a sustituir a la mulita de otate en la tradición de los *Paixtes* de San Andrés Ixtlán.



## ¡AL RATO LLEGA EL JUDAS!

FRANCISCO JAVIER VELÁZQUEZ FERNÁNDEZ

Una de las más entrañables tradiciones que existieron en Huejotitán, pequeña localidad del municipio de Jocotepec, fue el tradicional robo del Judas. Lamentablemente, esta tradición como otras tantas, se ha ido diluyendo con el pasar de los años hasta perderse por completo, gracias a la «modernidad y el progreso» de los pueblos.

Muchas son las personas que aún viven y cuentan, con un dejo de nostalgia, aquellas aventuras juveniles vividas en la noche del viernes santo. En mi familia, tanto mis abuelos como mis tíos tuvieron activa participación en este evento, de ahí que nunca faltan las anécdotas al respecto en esas reuniones en que nos juntamos todos, y que terminan prolongándose hasta altas horas de la noche.

Como en todo nuestro país, en Huejotitán se vivía la semana mayor, al menos hasta principios de los años ochenta del siglo pasado, con profundo respeto y ambiente verdaderamente fúnebre. Desde el mediodía del miércoles, por una añeja costumbre del lugar, se dejaba cualquier actividad. En los campos los hombres soltaban las yuntas de bueyes con que se araban las tierras y dejaban de montar a caballo. En casa, las madres de familia ya debían tener preparada la comida de los siguientes días, pues ni eso podían hacer. Las niñas eran trenzadas con nejayote para que les durara el peinado «hasta que se abriera la gloria». Los niños dejaban de jugar, so tremenda reprimenda por violar dicha orden... Vamos, la gente ni se escuchaba silbar y pareciera que hasta los animales comprendían la importancia de esos días, pues ni los burros rebuznaban.

Toda la vida del pueblo estaba consagrada a las actividades religiosas propias de esos días. Sin embargo, la noche del viernes santo esa tranquilidad

y profunda espiritualidad se veía trastocada por «el Judas», es decir, una persona que se metía a las casas a robar todo cuanto pudiera, con el único fin de mofarse del profundo sueño de quienes habitaban ese hogar.

Pero el robo del Judas era todo un ritual. Desde semanas antes se veía reunirse a los jóvenes en pequeños grupos de cuatro o cinco. Todos esos equipos se coordinaban con el delegado municipal y el comisario ejidal para dar legalidad al juego y, de paso, distribuirse el pueblo por equipos, de modo que en una sola noche se intentara entrar en todas y cada una de las casas.

No se conoce de dónde vino ni cuándo llegó esa tradición a Huejotitán. Se sabe que existía en otros pueblos de Los Altos de Jalisco. Lamentablemente allá no faltaba algún baleado por alguien que no empatizara con esta diversión.

En Huejotitán, según dicen, «todo era con orden y respeto». Es decir, se robaba y se burlaba de la gente con respeto y aceptación de todo mundo, de modo que aquellos que tenían armas de fuego en casa, nunca las llegaron a utilizar en contra de los Judas, pues estaban conscientes de que se trataba de una tradición del pueblo, por lo que a lo más que llegaban era a estar alertas toda la noche para evitar el saqueo y/o la burla pública.

Así pues, llegada la noche del viernes santo, pareciera que en todo el pueblo no había jóvenes, pues todos se reunían en las afueras del poblado y se alistaban para el ataque de los Judas. Estos muchachos esperaban con ansias que le llegara el sueño a la gente, mientras en casa todo mundo tomaba precauciones porque «al rato llega el Judas», se decía.

Si avanzada la noche los Judas veían gente ajena a los grupos organizados, los corrían con una suave incensada. Para ello, elaboraban un rústico incensario con un bote de hojalata sostenido por un alambre. En él echaban brasas de olote, «para que echaran más humo», las cuales aromatizaban con heces de puerco y chiles secos, de modo que una sola incensada provocara en los trasnochados un fuerte absceso de tos y asco provocados por el irritante olor de los chiles quemados y el nauseabundo aroma de los desechos de los marranos.

Penetrar a una vivienda era cosa sencilla, pues se trataba de aquellas típicas casas tan sólo divididas de las contiguas por un pequeño cercado de piedra, en el mejor de los casos. La parte fincada se ubicaba al centro de un enorme terreno. La mayoría eran hechas de adobe y teja. Al fondo, el corral con animales domésticos y al frente un amplio patio. El acceso a esos hogares

generalmente era la cocina, la cual solía no tener puerta, de manera que se podía entrar con la mayor facilidad. En ellos había uno, dos o hasta tres cuartos, eso sí, bien asegurados con rústicas puertas de madera.

Las reglas para los «ladrones por una noche» eran muy sencillas. Si encontraban comida, se la podían comer o hacer con ella cuanto quisieran. Si a la mujer de la casa se le olvidaba ropa en los tendederos, se la llevaban para exhibir en público al día siguiente su descuido. Trastes de cocina o cualquier otro utensilio o herramienta de casa eran sustraídos, y para recuperarlos, los dueños debían cubrir una pequeña multa. Es decir, aparte de la burla pública, los descuidados todavía tenían que pagar una simbólica sanción.

Por tanto, todo hace indicar que la noche del viernes santo era en la que peor dormía la gente de Huejotitán. Aparte de ser una fecha en que generalmente se recibía la visita de parientes que venían a pasar los días santos en el pueblo, lo que ya representaba hacerse bolas para dormir en los pequeños cuartos; además, había que encerrar la comida, trastes, herramientas y todo tipo de utensilios también en las habitaciones para evitar el robo del Judas.

Muchos, con un poco de ingenio, se ataban uno de los pies a la puerta de entrada de los cuartos, de suerte que si el Judas intentaba entrar aprovechándose del sueño profundo, la puerta jalaría el pie del hombre de la casa. Pero los Judas, conociendo esa vieja maña, siempre estaban prevenidos para todo, de modo que no les resultaba difícil desatar el lazo de la puerta, con lo que podían entrar con toda tranquilidad, mientras que el velador dormía de igual manera pensando en que su alarma era efectiva.

En las casas donde de plano se hacía imposible guardar todo, no quedaba de otra más que quedarse el hombre a velar las cosas para que no fueran sustraídas. Sin embargo, los Judas eran jóvenes, ligeros, ingeniosos y habilidosos. De modo que cuando se encontraba a alguna persona cuidando, los cuatro o cinco que integraban el grupo se distribuían para hacer ruidos por distintas partes de la casa para distraer al vigilante, y cuando eso pasaba, en un «santiamén» un par de ellos corrían con las casuelas de comida o utensilios, ante la imposibilidad del centinela para hacer algo, pues la única luz con que se contaba era la de la luna.

Entretanto, los burlescos muchachos ya iban por el camino comiéndose los guisos propios de esos días: tortas de arroz, de papa, de camarón con

nopales, caldos de pescado, capirotada, calabaza enmielada, etcétera, pues la noche era larga y había que mitigar el hambre originada por las constantes carreras que tenían que emprender en cada huida.

Había ocasiones en que la gente, inocentemente confiada, no tomaba previsión alguna y dejaban todos sus haberes como cualquier otro día. En esos casos los Judas, sabedores de que difícilmente alguien se levantaría a espantarlos, aunque no por ello perdiendo el sigilo, molían toda la comida revolviéndola en los metates y molcajetes, haciendo asquerosidad y media con lo que se habría de recalentar al día siguiente. No contentos con eso, embarraban las plastas de la molienda hecha en las paredes y las puertas, como señal de burla, ante la vergüenza e indignación de los habitantes de la casa, que descubrían aquella vagancia a la mañana siguiente.

Pero no siempre las cosas eran sencillas. Si bien es cierto que nunca nadie intentó agredir a los Judas, bien sabido es que había quienes se iban a «dormir a pata tirante», confiando en la fiereza de sus perros, que celosamente vigilaban la casa. Ese era un obstáculo difícil para los «rateros», mas no imposible. Con el tiempo se les ocurrió darles de comer pan remojado en alcohol, de modo que antes de acabarse un par de birotos, el bravío can ya había caído en un profundo sueño, y en ocasiones los propios animales fueron parte del botín de los Judas.

No fueron raros los casos en que los «ladrones» eran jóvenes que venían de visita y se involucraban en el movimiento, saqueando por la madrugada la misma casa de sus parientes, sabedores de cómo se organizaban para dormir y dónde guardarían todas las provisiones.

Se conoce el caso de un par de jóvenes que cada año venían de visita esos días y se metían a «la robadera». En una ocasión venían caminando por el camino que comunica a Huejotitán con la carretera a Morelia, cuando pasó una camioneta y le pidieron «un aventón», pero poco amable el conductor, lejos de llevarlos casi los atropella. Por la noche, ya cuando andaban haciendo de las suyas como Judas, por mera casualidad —ya que el reparto de barrios era por sorteo— llegaron a la casa del dueño de la camioneta. Uno de ellos, en venganza por no darles «raite», abrió la camioneta y la empujaron hasta llevarla a un arroyo. Sobra decir la sorpresa que se llevó en la mañana el dueño del vehículo, al creer que el Judas se había llevado su camioneta.

Pese a lo que se pueda suponer y a lo pesadas que en ocasiones eran las bromas y robos, todo mundo aceptaba esta tradición y respetaba el secreto en que se mantenía la identidad del Judas que hubiese entrado en su casa. Además, en caso de alguna inconformidad, tanto el delegado municipal como el comisario ejidal intervenían para conciliar y hacer notar que era mera diversión de la gente.

Al amanecer del sábado santo, según se acostumbraba en Huejotitán, a las ocho de la mañana se abría la gloria. Todo mundo de inmediato revisaba sus pertenencias para ver que todas hubiesen amanecido como las dejaron por la noche. De no ser así, la respuesta estaba en «el zalate», gigantesco árbol ubicado a un lado de donde hoy se halla la plaza. Al pie de dicho árbol se reunían todas la pertenencias robadas, que podrían ser recuperadas luego de cubrir una pequeña multa, que serviría para cubrir los gastos de la banda de música que más tarde amenizaría las quemas de Judas, estos sí eran de los tradicionales monos de pirotecnia. Del árbol pendían monos vestidos con la ropa robada de los tenderos. Todas las prendas eran recuperadas, salvo cuando se trataba de ropa interior de mujer, ya que, por vergüenza, casi nunca se presentaba la afectada a recogerlas. La comida sí era pérdida total, esa no se recuperaba, pues o se la comían los Judas o la desperdiciaban en sus juegos.

No era raro encontrar estufas de petróleo, máquinas de coser, baúles con tiliches, puercos, gallinas y perros amarrados al pie del zalate. Lo que sí resultó extraordinario fueron las camas que llegaron a amanecer entre las cosas robadas, claro está, con sus respectivos ocupantes, quienes, como resulta lógico, fueron presa del escarnio público, pues a pesar del movimiento ocasionado por el traslado de varias cuadras, nunca despertaron. Incluso cuentan que en uno de los casos tuvieron que inclinar un poco la cama para poderla sacar por un estrecho pasillo. De más está decir la sorpresa que los durmientes se llevaron al amanecer a la intemperie y en medio de las burlas de varios mirones.

Una vez que los propietarios habían recuperado sus pertenencias sustraídas, se retiraban todos a sus casas a prepararse para el desfile carnavalesco que se hacía por la tarde. En una carreta adornada se paseaba al Judas que se habría de quemar, mientras que una persona disfrazada de sacerdote iba diciendo versos improvisados en cada esquina. Uno de los más célebres versistas

de quienes se tenga memoria fue Vicente Machuca, persona de impresionante habilidad mental e ingenio, pues tardaba en componer versos tan sólo en lo que se lo pedían.

El punto final del recorrido era de nuevo el zalate. Ahí se leía el testamento de Judas, que no era otra cosa que un recuento burlesco, en verso, de sucesos chuscos que a lo largo del año les habían pasado a los habitantes del pueblo. Inmediatamente después se procedía a la quema del Judas, la cual terminaba con el inconfundible y ruidoso estallido de la cabeza, que era amenizado por una banda de música en medio del jolgorio de la gente.

Todo terminaba ya entrada la madrugada del Domingo de Pascua, día en que Huejotitán volvía a ser el mismo pueblo de siempre, con la esperanza, al menos de los jóvenes, de que el año próximo se mejoraran las estrategias para «robar» y poder hurtar algo de alguna casa que se les hubiese escapado.

Muchos años han pasado de aquellas desveladas por el Judas. Desde que la «modernidad» llegó y la gente comenzó a fincar casas bardeadas, se hizo casi imposible la entrada de los Judas. El mundo rural trató de imitar al urbano, olvidándose de su propia cultura en aras de un progreso mal entendido. La mentalidad de las personas ya no era la misma, muchos se sentían agraviados y ya no les parecía que se burlaran de ellos. Y, por qué no decirlo, los Judas comenzaron también a desmedirse en las bromas y robos, cosa que generó constantes descontentos que acarrearón la decadencia de esta bonita tradición que por tantos años entretuvo a varias generaciones.

Actualmente todavía se quema el Judas, ahora la noche del Domingo de Pascua, pero aquel ambiente típico pueblerino de entonces ya no existe. Los Judas ya no salen a robar. Son tiempos idos que nunca volverán, pero que siempre estarán presentes en la memoria de aquellos a quienes les tocó vivirlos, haciendo o sufriendo esas inocentes vagancias.

Hoy muchos sabemos de esa tradición sólo de oídas, gracias a los relatos de nuestros mayores, pues en nuestros tiempos resulta impensable una tradición similar sin consecuencias, como era entonces. Ya no son los mismos tiempos, ya no somos las mismas personas.

Ahora es tarea nuestra rescatar esos pasajes de nuestra historia, que fueron parte esencial para forjar nuestra cultura e identidad regional.

## RELATOS Y TRADICIONES DE MI PUEBLO

MARÍA DEL ROSARIO MORALES MORALES

Lo que voy a narrar es la procesión que se hace el día 10 de marzo de cada año desde que yo tengo memoria, donde se congrega gente de casi todas las rancherías de alrededor de este pueblo que se llama San Juan del Monte, municipio de Cuquío, Jalisco, y también de muchos jóvenes radicados en el populoso barrio de «El Retiro» en la capital del estado, Guadalajara. Los jóvenes se iban a pie, por la barranca de Huentitán pasando por el famoso Puente de Arcediano (recientemente desaparecido). Era impresionante porque venían los ríos Verde y Lerma que a veces traían mucha agua, y el puente se movía al pasar tanta gente caminando; también transitaban burros que llevaban las mercancías a todas las poblaciones de alrededor. En esos tiempos este camino era el único (hoy existe la majestuosa carretera que va a Saltillo, Coah.). Estoy hablando de los años treinta y principios de los cuarenta. Para entonces yo tenía unos ocho años de edad, y tanto de Guadalajara, como de San Juan del Monte, llevaban y traían mercancías como azúcar, panocha, jabón, sal, latería, así como piezas de manta y otras telas, zapatos, medias y algunas otras cosas que encargaban las amas de casa, como muebles y casi todo lo pagaban con huevos de las gallinas que ellas criaban; y de allá para acá traían tomate, maíz, frijón, chí, manteca, chiles y algunas frutas de la temporada.

Las personas que íbamos de aquí de Guadalajara para allá también pasábamos por la barranca pero en burro o a caballo, y los dejábamos encargados con los arrieros que llevaban sus recuas. Se cruzaba la barranca por angostos caminos o callecitas en zigzag, pasábamos por tramos denominados como la Peña Blanca, y después por un balneario; enseguida estaba una huerta; después, al llegar al puente vendían comida, y ya pasando el puente se tomaba un

tiempo para ver el paisaje. Se veían preciosos los ríos que se juntaban, volteaba uno para todos lados y era una cosa impresionante ver tantas flores y árboles de ornato y frutales como guamúchiles, guajes y uno que otro árbol de ciruelas, pero sobre todo, muchos árboles de mangos (los muy famosos mangos de la barranca o barranqueños); había muchas flores silvestres (no la de Antonio Aguilar, aunque para esas fechas ya había nacido), como mirasol, árnica, ojo de gato, gordolobo y en junio, de «San Juan», para el arroz con leche. Por todo el camino tanto para bajar la barranca como para subir, para todos los lados se veía el verdor de la hierva y los caminos en zigzag imprimían una estampa muy singular hasta llegar a la primera población grande, Ixtlahuacán del Río, y luego Palos Altos, El Cerrito de Tierra, Los Chilares, Agua Rica.

Pasábamos por la orilla de Tlacotán, que fue el primer asentamiento de Guadalajara; enseguida La Higuera, Arroyo Seco; después seguían Las Trancas, y así llegábamos luego luego a Los Pericos y en seguidita San Marcelo. Ahí era un descanso obligado, porque los burros ya estaban cansados de la caminata, la carga y el sol, y también los arrieros; pero después de descansar y hasta pasar la noche en ese lugar, seguía uno a Mazcuala. Todo el camino era de una belleza tal, que ni el cansancio le hacía a uno de ver tanta vegetación por todo el camino, hasta llegar a tan esperado y querido pueblo de San Juan del Monte.

Siguiendo con las tradiciones de mi pueblo ésta romería era el preámbulo del novenario al Cristo patrono de San Juan, conocido en el rumbo como La Preciosa Sangre de Cristo, que el día cumbre de su fiesta, es el 10 de marzo. En un punto señalado con anterioridad, se juntaba la gente para empezar la peregrinación, como a tres cuerdas de la Iglesia, todos con velas encendidas y flores para dejar en el altar, cantando alabanzas. Todos seguían al sacerdote, que encabezaba los rezos hasta llegar al atrio, y comenzada el repique de campanas con un tañir muy bonito, ya que las campanas tienen algo de oro, metal que se utilizó al fundirla (según contaban las personas mayores que estuvieron en la fundición de la campana mayor). Al terminar los rezos la bendición se hacía con el Santísimo. Todo el novenario era de música, de vendimia o feria con puestos adornados de comida, aguas frescas; se mataban puerco y se hacían ricos chicharrones, juegos de lotería, carreras de caballos, sortija, el

gallo enterrado, concursos en los que participaban la mayoría de los jóvenes y no tan jóvenes que tenían caballos unos muy bonitos y otros no tanto; unos finos, otros criollos. Así transcurrían los días de la fiesta para nosotras las mujeres, viendo a los que venían, de aquí o de allá, bien parecidos, guapos, gallardos, «güermosos» (decía mi abuela). Así eran los hombres de antes, bien vestidos, más respetuosos, porque eso sí, había respeto, para todo, como tratar a sus mayores, a las mujeres, para ir a la iglesia, a misa o al rosario. En la noche, en la plaza, las muchachas estrenaban sus vestidos, de buena clase, con colores discretos portaban chal o hermosos rebozos de bolita de Santa María, la prenda más mexicana, decía Octavio Paz (si se tuviera que cambiar de bandera en México, se haría por un rebozo), de los que se anunciaban en las revistas como *La Familia* que era de esa época. Las de mejor posición económica usaban medias de nylon, que eran la gran novedad; el calzado de tacón, dando vueltas para un lado. Los hombres también estrenando sus buenas chamarras, sombreros, al lado contrario para poder verlas bien a la cara, y la que le gustaba a cada uno le daba flores, ahí comenzaba el cortejo. De estas fiestas salieron noviazgos y luego fueron matrimonios. Acto seguido habría un baile, y así era todo el novenario o «La Fiesta», como se conoce o se refiere uno a esas festividades. Al salir de la última misa, la solemne, el mero día de La Sangre de Cristo, en algunas casas le daban de comer a los músicos y los señores que tenían comercios les pagaban. Comenzaban con Las Mañanitas desde muy temprana hora y hasta muy entrada la noche seguía la música. Otras personas venían de otros lugares como mis hermanos y yo, que íbamos de Guadalajara, que éramos invitados de los que radicaban ahí, ya fueran parientes u otras personas. Gustábamos de esas festividades, ya que había pocas diversiones en esos años. Se ponía un teatro improvisado (para los días que duraba la fiesta) con unas cuantas tablas y mantas que servían de cortinajes, haciendo de escenario, y ponían en escena alguna comedia en la que los protagonistas eran la misma gente del pueblo. Era una auténtica fiesta de rancho.

Los varones disfrutaban estas fiestas con actividades propias de la gente del campo, como sus carreras de caballos, donde podían presumir de sus destrezas y capacidades en la formación de bestias; a la mansedumbre comúnmente llamada rienda, o de su belleza, en la sortija, juego ya desaparecido. Este juego consistía en que los muchachos a caballo, en un marco de gran

altura, colgaban argollas con listones de vivos colores y al pasar por este arco a gran velocidad, montados en sus caballos, tenían que tomar una de estas argollas a cada pasada (se señalaba con anterioridad el número de pasadas que cada competidor realizaría). El que más argollas acumulaba, era el triunfador y era galardonado por la reina de los festejos.

Otro de los eventos también ya desaparecido que causaba mucha expectación por lo arriesgado era El Gallo Enterrado. Participaban los más diestros en ese menester. Se llevaba a cabo en un lienzo largo y a determinada distancia, 60 metros, aproximadamente, en línea recta y al final de ésta en línea horizontal enterrados a distancia simétrica tres gallos, de los que sobresalía únicamente su cabeza, para que los jinetes a toda carrera en mucho mayor número, recorrieran la distancia y al pasar sobre la línea atravesada, tomaran un gallo. El que lo hacía en menor tiempo se proclamaba vencedor. Era campeón para todo el año o hasta el próximo evento.

Así transcurrían las fiestas en mi rancho, donde yo nací, San Juan del Monte, municipio de Cuquío, Jalisco.

## CAMINO A LAS TINAJAS

JOSÉ LUIS BRAVO ROTH

El día anterior había llovido demasiado, con ese sonido que adormece un arrullo de crecientes espumosas y achocolatadas, como se acostumbra decir por estos rumbos. Una tormenta a cántaros, donde no nos queda seco nada, así que los arroyos venían desbordantes, con una fuerza descomunal de la naturaleza. Después de la creciente, las aguas se tornaban limpias, transparentes, toman la calma de quien se arrulla al ritmo de la música clásica de la naturaleza.

Ese domingo por la mañana del mes de septiembre, allá por los años de los sesenta, toda la familia y unos amigos, íbamos de paseo a tomar un chapuzón en las aguas que corrían por el lecho mismo del arroyo conocido como «Las Torcasas», ahí pegadito al potrero del limón, donde servía de guarida al ganado de agostadero.

La salida ya formal, la habíamos programado justamente en el predio del panteón municipal. Allí nos reuníamos e iniciábamos la caminata, que serían las vías de ferrocarril que diariamente cubría la ruta San Marcos-Guadalupe, teñida de arrebol, alrededor de las 17:00 hrs. Como olvidar esa gritería de la chiquillada, del vuelo de sus fantasías y de sus hazañas, armados con sus rústicas resorteras y llenas las bolsas delanteras de su pantalón con piedrillas escogidas y seleccionadas previamente, para preparar la cacería, para tirar resorterazos, a los pajarillos silvestres comestibles, ranas, iguanas o cualquier objeto que se atravesara en el camino o simplemente botellas que tiraban por la cuneta los que pasaban por allí, colocándolas de blanco en las competencias de tiro.

A pesar de que la vereda está señalada a un costado de las vías, todos los niños y las niñas caminaban saltando, acortando o alargando el paso. Había

quienes jugaban competencias, incluyendo las niñas, a ver quién duraba más caminando sobre el riel otros servían de apoyo en esa competencia sosteniendo con su hombro la mano insegura que se aferraba para ganar la distancia; otros contemplaban el fenómeno físico de la dilatación que sufrían los rieles, pues al parecer con el calor generado por el sol se extienden o se acortan, pues se observaba que se unían más, a diferencia del tiempo cuando hace frío, que se encogen un poco más.

Habíamos alcanzado el rancho de los Siordia, y ya se escuchaban gritos de vencedores, los de mayor distancia en caminar sobre los rieles. Unos con los pies descalzos, otros con sus huaraches, esos de vuelta y vuelta. Las niñas también competían, sus gritos ladinos hacían voltear a los mayores; no sabía si eran de alegría o si las hacían llorar por sus burlas, ya que se resbalaban y caían, llenándose de lodo el vestido.

Otros ya presumían su caza con la resortera, el que ya una lagartija, el otro un par de sitios y otro por allá una rana, el gordito de Jairo con un tamañón de sapo, derrochaba en carcajadas su alegría.

A todos lados de las vías, era una delicia contemplar esa hermosura, ese manto multicolor de flores de diferentes tamaños y especies, que sobre salían del verde oscuro que reposaba en la cuneta, hacían contraste con las espigas amarillentas de las milpas y se respiraba un olor a polen, o bien el agua aceda, ésa que se queda encharcada, que da vida a los tepocates y ajolotes, larvas ligeras que se deslizan al primer contacto de nuestros dedos sobre la superficie verdosa de la charca.

Alcanzamos a dos «vales», con sus bicicletas ponchadas, antes de que llegáramos al puente de fierro y al llegar allí, en ese momento, comenzaba el delirio del baño, pues justo bajo el puente, pasaba el arroyo del «Cocolisco» atascado de gente bañándose de todas las edades, gritos por todos lados: ¡niños!, ¡niños, no se vayan tan lejos! Se dejaban los gritos escuchar y otros reprochaban a sus hijos: ¡que se estén quietos, con un caramba! Nosotros hacíamos caso omiso a lo que decían y seguíamos nuestro camino, máximo veinte minutos y ya estábamos en el otro puente, el de «palo», pues se sostenía en base a puros durmientes y por debajo de él fluía el arroyo de «Las Torcasas», pero nosotros íbamos más hacia arriba porque conocíamos el lugar que se esconde en el verde oscuro del follaje. Allí, la fuerza del agua ha formado pilas

donde el agua hace remolino y nos cubre hasta la cintura, allí se establece una lucha de fuerzas, ahí había muy poca gente en recreo, por eso no nos detuvimos a «chismologiar».

Ya nos faltaba muy poco para llegar a la curva de «La Gavilana», donde el tren cargaba el concentrado que bajaban de la mina «La Vencedora»; polvo finamente molido, que al toque de las partículas de luz brillaba como tesoro aurífero que pedíamos tener en las manos y simplemente subir y bajar hundiéndonos hasta los tobillos en un polvo metalúrgico; teníamos conocimiento de ciertas cantidades de oro, plata, fierro y zinc, esas partículas quedaban pegadas a nuestra piel para lucirla como tesoro que caminaba al ritmo de nosotros. Ahí justo en la curva dábamos vuelta a la izquierda, que es donde entronca el callejón carretero, mismo que nos lleva hasta las verdaderas «Tinajas». Ese callejón carretero va al costado del arroyo, adelantito hay un vado que hicieron para que pasaran los volteos y trocas de la mina y no se atasgaran. Ahí pasando el vado el camino a Las Tinajas queda a mano derecha.

Ahí en el vado comenzaba el festín de los bañistas. También se ponía muy bonita, una fogata por ahí, otra más allá y otras más acullá. Ahí mismo se vivía la romería en familia, música, juegos como la roña, fajo escondido, encantados, la traes. Como olvidar el tambuche, unos bailando, los mayores echándose la copa y jugando al dominó, la baraja y la pulla (juego de palabras con doble sentido).

Las mujeres calentando la comida en las fogatas, otras asando la carne, otra más cuidando la sorrasca, ya que habían sembrado manteadito. Mas al fondo están preparando sándwiches y en otro lado todavía olía a sardina preparada con cebolla, cilantro, crema y chile, que comían con tostadas al igual que el ceviche que al instante preparaban. Se dejaba escuchar el llanto de los niños, que resbalaban en las piedras; otros que al pisar descalzos se enterraban las espinas de los huisaches, y los ladridos de los perros apechados porque les habían ganado la carne en un descuido.

Esa gente de Ahualulco, hacía un día de campo a la falda de esa pequeña loma, donde nacía la flor de Santa María, los nardos, los cacomites, el anís, el limoncillo, adornadas de girasoles, acautes, cempasúchil, al igual que la fresadilla y la aceitilla, todo con sus colores vivos, muy vivos, que dejan escapar el aroma exquisito del perfume verdadero.

Al fin llegamos a las verdaderas «Tinajas», empotradas entre dos cerros, donde la exquisitez de la madre naturaleza abre sus brazos dándonos la bienvenida, mostrando el panorama que pone a nuestros pies para que disfrutemos de su mundo, donde el río corre lentamente entre esas rocas que forman albercas naturales y que el agua es mucho más fría a la corriente de abajo, ya que la cubren esos cerros que se unen al murmullo de su canto sin igual.

Y aquí comienza el festín que describí allá en el vado al regreso, cuando el sol cae en el ocaso. Se vive otro sueño sublime de fantasía, el recuerdo del compartir con la dama, la novia, aquel momento diferente entre la naturaleza y el contacto con ella. El contacto con la naturaleza humana nos va adentrando y nos transporta a una noche muy oscura, donde el sueño se convirtió en una amorosa ilusión pasajera, una noche de eclipse de luna. Las estrellas alrededor tiñen el cielo con su esplendor, sueño irreversible que quedó en la nada y sigue con la esperanza de reencontrar la figura femenina y aunque el canto de los grillos y el suave murmullo del viento y destellantes estrellas del cielo acompañan estos tristes momentos, el candor de la mirada cautivadora, de «Lore», sus latidos inherentes musitaban en mi cuerpo. La soledad estalla en mi pecho, por la ausencia de aquello que amo. Alegre y apasionado, nunca volverá a ser sin sus besos en mis labios que no puedo tener. Desespero y lanzo un grito al cielo. ¡Te quiero!, resuena en mi garganta, sintiendo el letargo del amor en mi sueño perenne, ¡oh sueño sublime, que despertaba en mi alma triste y desnudo! que acabó con la esperanza inútil. ¡Siento un escalofrío en mi cuerpo! ¡Mi corazón está cada vez más frío! pero me parece oír su voz a los lejos, eterno sueño que me atrapó con el encanto de sucesos imaginarios.

El hielo en un instante se vuelve fuego. ¿Será ella? ¿O mi mente me ha confundido?

## UNA EXPERIENCIA

ELVIA RAMÍREZ ZEPEDA

Los molinos fueron y son de gran desarrollo social para las familias de nuestros pueblos, ya que son otra fuente de empleo para la mujer de fuera de las urbes. Los molinos juegan un papel importante y trascendente, son las mujeres las únicas que pueden trabajar en este negocio y sólo un varón, quien es el que pica las piedras de los molinos al terminar la faena del día, se llamaba picador, cuyo sonido se propaga a distancia por las tardes. Cuando yo era joven, recuerdo que mi mamá me levantaba temprano para mandarme al molino y por las calles alcanzábamos a las mujeres y nos íbamos platicando. En ratos contemplábamos el amanecer tan hermoso y nos deleitábamos con el trino de los pájaros, los pichones que salían en parvadas de los huecos del campanario de la torre de mi pueblo.

En una ocasión, recuerdo que estaba sentada en la banca del molino esperando mi vasija, cuando la señora Mercedes dice: Les voy a dejar mi balde de nixtamal y esta vasijita de barro que aunque está un poco vieja, tiene derecho a que la traten con cuidado, ahorita regreso, pero no me vayan a robar la masa, he. Y la señora Mercedes se fue a su mandado y yo seguía observando cómo la gente se decía de cosas, bromeaba con las molineras, otras gritaban ¡yo sigo!, ¡yo sigo!, ¡ándale! muévele porque voy a mandar el lonche, hay nanga, ya despachaste a Inés, si yo llegué primero, pues sí ¿verdad? La atendiste antes que yo, como ella te trajo tamalitos de cuala, ¡ándale, despáchame! Dame mi vasija y yo mañana te traigo tamalitos de elote y pinole que me moliste ayer. En eso llega Mercedes por su masa, y se enoja al ver la vasija de barro muy vacía y le dice: ¡hey! ¡Ramona! ¿Por qué me diste tan poquita masa? Y contesta Ramona: me traías, y agarra Mercedes la ollita, le saca la masa, la

pone en el balde y nomás voló la ollita de barro a la cabeza de Ramona, golpeándola. La ollita se hizo tepalcates. Atarantada, Ramona con enojo y con su dolor le grita grosera, majadera, y se sale Mercedes con su balde diciendo en voz alta: ándele, para que se le quite y no me ande robando la masa. Todas nomás se pelaban los ojos, otras se reían y una gritó ¡No, Ramona, yo que tu me la deschongaba; y yo me salí corriendo asustada.

Para el siguiente día mi mamá me vuelve a mandar al molino, pero ahora fui a otro llamado «El Azteca». Sin dejar de cuidar mi vasija de nixtamal y hay voy. De lejos divisaba que las trabajadoras del molino estaban afuera paradas en la puerta haciéndole señas a un señor que se iba acercando; era alto, moreno, bien parecido, con una talega al hombro. De pronto se meten dos de ellas y una se quedó afuera y el señor más se acercaba. Yo me adelanté y él como si se quiere regresar, pero de un de repente ya estaba en la puerta del molino y las compañeras le dijeron ¡páseese! y el señor se va acercando hacia la molinera que estaba en un rincón tapándose la cara con sus manos. Ella grita sin descubrirse aún la cara: ¡muchachas, muchachas, ya se fue el viejo, y él contesta muy cerca de ella: no, aquí estoy, y el señor avergonzado, se sale y todos soltaron su risa. Ya vez, Chavela, por andar de volada, diantre de bribona, primero enséñate a limpiar los mocos y después vístete de coqueta, resbalosa.

Había poca gente en el molino, estaban esperando que se juntaran más vasijas para empezar a moler. Algunas se reían, otras decían ¡mira tú! A la siguiente semana mi mamá me manda al molino llamado Las Quince Letras. Llevaba maíz tierno y trigo porque nos ibna a hacer gorditas de trigo y tamalitos de elote y el rico colado. Al llegar al molino estaba platicando Anastasio que el otro día había ido al molino del Sol y que le habían hecho enojar porque en su balde le pusieron en el fondo unos mangos verdes y encima la masa para que pesara más: como siempre me quejaba que me daban de menos cómo ves, las cabronas lo que me hicieron, para que ustedes no se vayan a hacer igual, eh.

Cuando le tocó ir a mi hermana la mayor al molino de la estación, nos platica que enfrente del molino había unos trojes, donde almacenaban cacahuete y que una de las empleadas estaba diciendo: hay qué ricos cacahuates se me están antojando; y como estaba a da y da lata, las compañeras, sin que ella se diera cuenta, tomaron un balde, le dibujaron una mona coqueta y le

pusieron un letrero que decía soy Cande y quiero cacahuates. Mandaron a un niño a que llevara ese balde con los señores que estaban cargando el cacahuete. El señor toma el balde, ve el letrero y le llena el balde. El niño regresa y sin que se diera cuenta Cande, las compañeras le borraron el letrero y la mona y le dicen mira, Cande, lo que te mandaron; ¿quién, quién? Y todas empezamos a reírnos.

A la siguiente semana me tocó llevar maíz tostado, semillas de calabaza, cacahuates tostados al molino de la Garita y me sorprendí ver a Matilde con un gorro blanco y delantal blanco. Le pregunté ¿por qué traían esos gorros grandes?, y me dice: Pues el patrón quiere que vengamos así y una mujer grita así se ven bien, se parecen al viejo del taquero de la Vega. ¿Quién es ese?, y alguien responde: es un señor gordo, panzón, con un sombrero blanco, y le contesta diantre de vieja guanga. De regreso me encontré a Macaria y me comenzó a platicar que ella había trabajado hace muchos años en el molino y que le había tocado ver cómo algunos individuos acosaban a las molineras y jovencitas que se encontraban o las espían cuando pasaban; algunos hombres hasta se las robaban, otros las lazaban y se las llevaban en los carros. ¡Bueno!, con decirte que había un señor que les ayudaba a robárselas, le apodaban «El relámpago» porque no sabían ni a qué hora desaparecían.

Se fue creando fama que las molineras en su mayoría eran madres solteras. Recuerdo también que algunas molineras cuando madrugaban para irse a trabajar, las acompañaba el novio, y mientras era hora de abrir el molino aprovechaban para estar más rato platicando. ¿Ve tú a saber qué hacían?, a esa hora, solos, eso cuentan ¡a mí no me creas!

¡Mira, muchacha! te voy a platicar cómo mi tía Anacleta nos crió, Ella vendía tamalitos de cuala, guayabate, pinole, morelianas, arrayanes cocidos, cacahuates y semillas tostadas, calabaza y camote enmielado, tejocotes enmielados, pirulines de limón y de arrayán, gorditas de horno, de natas, de trigo. Gracias a los molinos de nixtamal la mayoría de las familias torteaban y comían tan rico esas tortillas infladitas como sapos y los ricos frijolitos chinitos acompañados de queso o panela y un jarro de atole blanco con un molcajete de Chile martajado o unas pellizcadas o las gorditas de manteca con ceniza, las gorditas de asientos de chicharrón. Cómo añoramos esos tiempos donde la masa era cien por ciento maíz.

Ir diario a los molinos era muy rutinario, pero ya le tanteábamos la hora de la molida, algo muy indispensable para comer sabroso.

Sabes, la hija de doña Petra siempre quiso trabajar en un molino, su mamá diario la mandaba con su vasija de nixtamal. Ella decía que se le antojaba ayudar a vaciar la masa a las vasijas, que se le hacía algo muy divertido, pero no se le concedió ese oficio, pero vieras qué bonitas tortillas hechas a mano, llena un tecomate grande para que coma toda la familia.

Recuerdo mi niñez cuando iba a llevar la vasija de nixtamal, el buen rato que se esperaba para que te despacharan la masa, se me pasaba el rato sin sentir viendo tantas cosas que sucedían, unas agradables y otras no tanto.

Había una jovencita que la mandaban a vender rábanos y lechugas a un lado de la puerta del molino, que la mitad se le vendía y la otra mitad la regalaba para terminar más pronto.

En ese tiempo disfrutamos de los amaneceres y atardeceres contemplando al sol, esto nos llenaban de recreación cuando salíamos a dar la vuelta a las orillas del campo por los alrededores del pueblo.

## EL MAÍZ Y LA PEREGRINACIÓN DEL HAMBRE

GEORGE PÉREZ SOTELO

El grano de maíz ha tenido el papel más importante en el alimento diario de todos los habitantes de la región. Sin este grano se puede desequilibrar toda la región.

Se puede decir que en Huejúcar sólo en tortillas lo come la gente. En 1916 fue el año del hambre, debido a que la mayoría de la gente andaba en los quehaceres de la guerra, no había cultivos, no había alimentos. Si una persona sembraba algunos surcos, pasaban las tropas de un bando o de otro, como dice el dicho se metían a lo sembrado y no quedaba ni rastro de ello.

La mayoría de los habitantes espían a ver qué chimenea humeaba, para llegar a ver si de suerte les regalaban una tortilla para llevar a sus criaturas, pero los caseros a la vez espían a los vecinos para contestar que tenían la lumbre lista por si el hombre conseguía algo en alguna comunidad.

Diario había casos de gente que sufría por esta carencia del maíz, como el caso de un matrimonio, Mateo y Chole. Sucede que durante la noche, cuando el señor oía las tripas de la compañera, eran un solo rechinido, que se levanta y le dice a Chole: voy y vengo. Agarró camino a la estancia de San Pascual, que son siete kilómetros. En ese entonces el señor no tenía burro. Después de tocar las puertas logra que le den un litro de maíz. Ya para el amanecer ésta de regreso. Ponen el maíz para el nixtamal y a las 500 está. Luego a moler el nixtamal para hacer las tortillas para empezar a comer. Chole se acordó que en un agujero del adobe tenía siete semillas de chile y con eso acompañaron las tortillas y un jarro de agua porque eso sí había y siempre habrá. Otro caso es el de Ramón y María, que de pronto se enferma Ramón y le dice la curandera: aliméntenlo, sino se le pela. Como pudo María consiguió

dos tostadas con manteca y que se pone a comer Ramón. En el último pedazo de tostada, al llevárselo a la boca, se le resbala hasta el suelo y Ramón, al tratar de agarrarlo, se va de cuernos y se da un fuerte golpe en la sien y muere. En el velorio decía la viuda: vieran que de alimento son las tostadas, hasta se quiso levantar.

También está el caso de Juan García que duró tres años en la agencia de correos esperando contestación de su hijo, en donde solicitaba le enviara dinero para comprar poquito maíz y un piloncillo. Por éstos y cientos de casos comenzó la peregrinación del hambre.

Sucedió que por la noche llegaron soldados y abrieron las trojas porque hay que decir que mucha gente siempre ha tenido de todo y con un cañón en la cabeza cualquier se vuelve muy dócil. Entonces, por la calle Santuario hicieron de comedero para los caballos y los animales eran igual de animales que los dueños. Amaneció una plancha pisoteada. Para eso la tropa ya había agarrado camino, entonces la gente se dedicó a juntar maíz y lavarlo para nixtamal. Hicieron sus gordas, tomaron camino al sur, estas gordas les duraron tres días, iban para el sur porque platicaban que para el norte fusilaban a todos los desconocidos. Era el tiempo en que los villistas andaban chicoteados. Como sea ese Fierro era muy nervioso y no se andaba con rodeos, de aquí salieron decenas de familias en distintas fechas. Llegaban, donde había tropas ahí se acomodían a traer leña, los hombres y las mujeres a preparar el maíz para las tortillas y estaba bien, pero no todos los soldados pensaban igual, los demás querían a las mujeres como pago, así que varias ocasiones esperaban que se fuera la tropa para ver qué dejaban tirado por las prisas en que salían. En ocasiones les iba bien porque dejaban bastante comida: carne seca, maíz bueno nomás, pero bastante. En otras ocasiones sólo pedacitos de tostada. Estas personas se quedaban a esperar con la ilusión de que volvieran para que les dieran, no le hace que poquito. A varios días de este hecho seguían caminando hasta encontrar otro campamento de soldados. Era común que la gente masticara pedazos de cuero, si es que encontraban alguno, lo masticaban como ahorita cualquier chicle.

Por el Teúl, un oso les rondaba los nixtamales y la olla de frijoles a los que tenían. Luego se puso una recompensa al que lo atrapara: cinco litros de maíz. Una persona se dio a la tarea de velar el rancho, porque fue en una

comunidad del Teúl. Con tan buena o tan mala suerte, se lo encuentra en una esquina, y le suelta un garrotazo, pero resulta ser don Pedro con un cuero de borrego y no hubo recompensa. Aquí es donde la gente empezaba a divagar sobre la comida. Una niña le decía a su mamá: cuando nos haces tejuino. Para esto ya iban en un lugar que se llama Huizila, decía la mamá, cuando lleguemos a Huejúcar. Esto era que no había para cuándo porque llevaban de peregrinar 16 meses y le preguntaba la niña a la mamá, que más se puede hacer con el maíz, hija, infinidad de cosas, de las que me acuerdo, como tortillas gordas, tamales, pinole, condoches, esquite, ponteduro, panochas, gordas de cuajada, gordas de maíz crudo, tostadas, teguino, jocoatole, pozoles, elotes. Hija te voy a decir cómo se hacen dos cosas, con el maíz, pon atención, porque me muero mañana o pasado y después no hay quién te diga. El tejuino se hace en tiempo de calor, el maíz se pone a remojar en un rinconcito de cualquier cuarto, bien arropado, se le rocía con agua todo el día hasta que nazca, pero que no crezca la cañita, para que no se haga amargosa. Después de tres días, se tira un costal en el piso, se le pone poquito del maíz nacido, luego que está extendido se le pone agua caliente. Luego otra capa y agua caliente y así otro costal y más agua caliente, hasta que se tiene acomodado el maíz nacido. Se arropa bien con servilletas, como no hay suficientes se le pone pencas de maguey, encima piedras pesadas para que se aprende bien, al día siguiente se mueve y se pone en el caso, se cose con raja de vaca, se menea 24 horas. Este no tiene peligro como el jocoatole, que le hacen ojo y se corta. Y cuando sale queda un atole muy espeso color cajeta guayaba, se come con cuchara, se hace también agua fresca, sólo se le agrega azúcar y a veces así sin más fermentado emborracha.

El jocoatole en tiempo de frío es trabajoso porque a veces se corta, le llaman el atole con estrellas porque se bebía muy temprano cuando todavía había estrellas antes que amaneciera. Ingredientes: maíz colorado crudo, se pone en una olla con agua y sal cerca de la lumbre, nomás se bornea la olla hasta que se hace agrio. Después se muele y se cuela, se ponen unos olotes abajo en el asiento de la olla y cuando están los olotes morados, ya está listo el jocoatole. Semillas tostadas, chile, sal. Se muele todo esto y se llama panile, se sirve el vaso de jocoatole con un chorro de panile y queda como las nubes cuando se mete el sol, color naranja y morado.

Esto está muy bien, lo único que en esta peregrinación no había con qué hacer todos estos antojos, más que en la imaginación, dicen que del cuerpo y de la mente. Estos son los sufrimientos más duros e intensos, porque amanece y anochece y esa sensación de vacío y aislamiento en el estómago no se quita, más que comiendo, y como no hay qué, es un trauma que los marca para toda la vida y parte de su descendencia, al grado que los hace hacer cosas fuera de orden como robar o matar. Dice un dicho popular y nada vulgar: un niño pobre, no quiere ser hombre pobre.

Volviendo a la peregrinación, esta gente ya iba para 30 meses y no llenaban la panza. Después de Huizila encontraron por la sierra fruta medio rayada y a pegarle, que fue un contento y de rato que les pega una disentería, que no atinaban como restablecerse. Un muchacho nomás pelaba los ojos, observando el corredero de gente para una ladera, los pelanguches, y para la otra ladera, las mujeres. En eso le dice un señor: ¿Qué, tú no estás enfermo? No señor, yo no estoy enfermo. Acaso tú no comiste fruta. Si comí, pero sólo la que estaba comenzada por los pájaros. Dice el señor, lo menso nomás lo tienes por fuera. Al primer rancho que llegaron les dieron una cordial bienvenida, eso fue por la noche. Por ahí les prestaron un rincón, porque eran muchos. Les ofrecieron agua y la señora de un chiquigüite le dio un pan a cada uno, que le supo mejor que un pipián con papas o un arroz con leche, por el hambre tan añeja y porque muchos hasta ese día supieron lo que era el pan, pero sólo uno por piocha. Ya recostados, empezaron a comentar: los señores se ven gentes, pero te fijas, que se ven un poco económicos, que tal si vamos a pedirles más agua y en la menos nos regalan otro pan, siquiera uno para ti y otro para mí. Mejor a tratar de dormirnos, no los conocemos y pueden tomarla por otro lado, mejor mañana dios dirá, y verás que mañana dios seguirá viendo por nosotros y ves cuánto tenemos que salimos de nuestra casa y no nos ha pasado nada grave, siempre a cuidado de nuestra familia y de nosotros.

Y en otra parte los dueños de la casa tampoco dormían. Dice la señora: ¿te fijaste que ésta gente que llegó hoy, vienen más fregados que todos los demás que han pasado? ¿Desde dónde vendrán? Quién sabe, lo que sé es que el hambre los ha empujado hasta estos lugares por los remanentes de la guerra. Pobre gente nomás pelaban los ojos al chiquigüite del pan, pero no les podían dar más porque venían muy vacíos del estómago, iba a estar peor el

remedio que la enfermedad. De cualquier manera, van a quedar dormidos tranquilos, sabiendo que aquí hay que comer, y luego por la tarde se les aumenta la ración y así poco a poquito a los cuatro u ocho días, ya van a comer, la mayoría ya bien. A mí me dio mucha pena ver a las mujeres, a niños y a los hombres con esa estampa, tan conmovedora, y los rostros tan demacrados, vamos durmiendo. Otro día les dieron a escoger qué comer: elotes, calabaza, frijoles, queso, chile, jocoque, leche de vaca y chiva y al mes ni su sombra de cuando llegaron, hasta brillaban de robustos y alegría. Y así pasaron desde que de Huejúcar salieron desde hacía 50 meses. Muchos ya no regresaron, unos porque quedaron en el camino, esto es que fallecieron, otros no quisieron volver, ni tenían a qué pero muchos sí les llamó la tierra. Estas personas desde el primer día que partieron no iban muy convencidos, pero no había de dónde escoger más que para adelante.

Pues ya empezaron a prepararse para el retorno, primero pensaron en cargar poquito maíz, de hecho lo hicieron, pero el poquito que pudieron cargar, se lo comieron por el trayecto hacia el norte. Lo único que trajeron fueron unos granos de maíz para sembrar aquí en Huejúcar. Ya establecidos comenzaron a hacer su vida, ya sin menos hambre. Consiguieron avíos para el cultivo del maíz, yunta rentada de bueyes o burros; caballos, no había o no los prestaban los soldados. A una persona normal sembraba de tres a cuatro hectáreas, de ahí se mantenían si no bien, sí regular, porque en ese tiempo el maíz era dinero al portador.

Que se ocupaba sal, manteca, chile, tomate, fideo, ir al cine, a la emborrachaduría, se vendía el puño de maíz en cualquier tienda y no le hacían el feo. Pero luego se creó la Conasupo, y ya no sirvió sembrar, porque no tiene precio, y no tendrá, mientras sigan dando limosnas al campesino en Procampo. Con este programa lo que hicieron es a la gente inútil y atendida a las dádivas y así como vamos con el maíz regalado por el gobierno, no hay para cuándo.

Ahora lo poquito que se siembra se muele para los animales, porque no es costeable de otro modo. Las tortillas las llevan a domicilio, por el mismo precio, y luego que los agricultores de Estados Unidos siembran con maquinaria moderna, los de aquí de México siembran con yunta de burros, mientras que los de Estados Unidos en promedio tienen tres tractores.

Por Zacatecas capital, a las 11 pm, llegan 270 vagones de maíz, trigo y sorgo. Por ese motivo está a punto de desaparecer el cultivo del maíz aquí en México, para consumo humano, lo único bueno que los chinos no han acatado en mandarnos tortillas piratas, si hubiera quien le interesara realmente este tema haría un escrito más profundo al respecto. Tan, tan.



Lic. Emilio González Márquez  
*Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco*

Lic. Fernando Antonio Guzmán Pérez Peláez  
*Secretario General de Gobierno*

Arq. Jesús Alejandro Cravioto Lebrija  
*Secretario de Cultura*

Arq. Francisco José Belgodere Brito  
*Director General de Patrimonio Cultural*

Arq. Santiago Baeza Sánchez  
*Director General de Actividades Culturales*

Sra. Patricia Griselda Gutiérrez Navarro  
*Directora de Publicaciones*

Lic. Ignacio Bonilla Arroyo  
*Director de Culturas Populares*



TRADICIONES DE MI PUEBLO

se imprimió y encuadernó en abril de 2008  
en Zafiro Editores, S.A. de C.V., Carteros 86,  
colonia Moderna, 44190, Guadalajara, Jalisco.  
El tiro constó de 1 000 ejemplares.

*Diseño editorial:* Avelino Sordo Vilchis ~ *Composición tipográfica:* RAYUELA, DISEÑO EDITORIAL ~  
*Portada:* Leopoldo Méndez (1902-1969) *El Carrusel* (1948) grabado en linoleo ~ *Imágenes interiores:*  
José Guadalupe Posada (1852-1913) *El jarabe en ultratumba* [p. 4] y José de Jesús Guerrero Galván  
(1910-1973) *El templo de La Soledad de Tlaquepaque* (1931) óleo sobre tela [p. 150] ~ *Cuidado del texto:*  
Víctor Arroyo Domínguez ~ *Fotocomposición:* EL INFORMADOR





Lo de acá es otra cosa, es el sentir claro e ingenuo, es la esencia viva, es el latido cálido de la sangre, es el recuerdo o la vivencia, es la narración de aquellas cosas que se hacían en los pueblos, los que se sombreamos en el vigor de una gallarda vegetación, los que se esconden en la hondanada de unos cerros, y los que se tienden en la llanura infinita golpeada en el azote del sol o de la helada.

Aquí está la gente de Jalisco, en todos los escenarios que presta nuestra ancho, hermosa y variada geografía; aquí está el correr de los tiempos con todas las peripecias que pusieron una señal en la comarca, aquí está el paso de la gente por los polvorientos caminos que se entrecruzan de un pueblo a otro, aquí está Jalisco en fuerza, sangre y aliento, el más vivo que puede traerse de los jaliscienses.

Son los temas de acá, los que se escaparon a la búsqueda de la solemnidad académica o de la investigación de los historiadores, de los requilquios de sociólogos, psicólogos y políticos; son los temas, los hechos, las vivencias que componen esa otra parte de nuestros pueblos y de nuestra vida, la parte más sutil, más escondida, más honda: latir de la vida, temblar de las fibras escondidas del ser jalisciense.

Y aquí están hoy las aportaciones recogidas en voz de jaliscienses que en sencillez y verdad, en gracia y emoción, dibujan en íntimo decoro el alma de Jalisco y de los jaliscienses [Luis Sandoval Godoy].